CESAR AIRA

EL BAUTISMO

(novela)

GRUPO EDITOR LATINOAMERICANO
Colección ESCRITURA DE HOY

Colección ESCRITURA DE HOY
212.249
1ª edición
ISBN 950-694-140-8

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina. Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición tipográfica: Linotipia San Martín. Armado e impresión interior: Del Carril Impresores. Impresión de tapa: Imprenta de los Buenos Ayres S.A. Películas de tapa: Fotocromos Rodel. Encuadernación: Proa S.R.L. Se utilizó para el interior papel Obra Editorial de 80 gs. y para la tapa cartulina grano fino de 240 gs. provistos por Copagra S.A.

De pronto, en medio de la noche de invierno más oscura y borrascosa que pudiera imaginarse, con un viento que además de traer fríos lamentables y sacudir el aire en todos los sentidos aullaba de un modo francamente incomprensible, entre nubes que pasaban rozando la superficie estremecida de la pampa, un animalito subterráneo levantó vuelo involuntariamente arrastrado por las ráfagas. Su terror en ese momento, y en los que siguieron, de más está decirlo, fue supremo. Era puro terror, en el que se entrechocaban sus pobres sentimientos de criatura mínima y desprotegida. Lo perdía todo al elevarse, si es que eso era elevarse; su deseo de sobrevivir se teñía de espanto al perder apoyo. Habría preferido estar agazapado en su agujero de la tierra, la cabeza entre las patitas, ovillado, inclusive dormido. ¿Por qué no estaba allí? ¿Qué hacía fuera de su refugio? No podía explicárselo, ni tenía tiempo de hacerlo. Ahora no tenía tiempo de nada. ¿Acaso había salido de paseo, a esta hora, sin hacer el simple cálculo instintivo de su peso y la gran fuerza ascensional de esta gran noche móvil de glaciares negros? Imposible. Todo era imposible. No podía creer que esto le pasara justamente a él. Probablemente había habido un "toro" tectónico, y lo interior de la corteza terrestre se había vuelto externo, pero eso era justamente lo imposible, en su habitat plano; si dejaba de creer en la



superficie, en esta urgencia, más le valía desaparecer, cerrar los ojos para siempre —cosa que de todos modos ocurriría muy pronto. Había sido arrancado de la tierra, el viento lo había hecho, tirando de él con fuerza inmensa y malvada, tirando de una parte asible de su cuerpecito (en la liebre eran las orejas, en el ratón la cola). Y aunque se hubiera aferrado a la tierra, como lo hacía ahora, a posteriori, con la inútil persistencia de un gesto ya fuera del tiempo para siempre, aunque se hubiera aferrado a lo profundo en nombre de la profundidad misma, la traición del mundo a su pequeñez indefensa igual habría vencido, la desgracia sorprendía a su bienaventuranza natural, y no había modo de volver el tiempo atrás. Pero a él, justamente a él, que le sucediera esto... ¿Acaso le había pasado a todos? No, de eso estaba seguro. Era a él nada más. Se escandalizaba de su mala suerte. Giraba en el aire, quién sabe a qué altura, en brincos abruptos, más arriba, o más abajo, quizás en una especie de arco; si hubiera visto algo, un punto de referencia mínimo en medio de lo negro, además se habría mareado. Tal como estaban las cosas, sólo sentía el vértigo, como una temible caricia a su cerebro minúsculo.

Fuera como fuera, en esos instantes espantosos, disponía de esos instantes. Y de nada más. Porque estaba seguro de morir inevitablemente al estrellarse. Este salto no podía dejar de tener las peores consecuencias. No se hacía ninguna ilusión en ese sentido, por ejemplo de ser atrapado en las ramas muelles de un árbol y depositado sano y salvo en un hueco del tronco, en cuyo caso todo su problema después de la tempestad (y de la noche) sería orientarse de regreso a su territorio. ¡Había abandonado para siempre el territorio y la tierra! El mismo aire asesino lo preservaba matándolo en breve lapso, pero tocar algo significaba morir: no habría roce, habría im-



pacto. Pues bien, el animalito se dijo, en su balbuceo mental, que ya que su suerte estaba echada, le convendría obtener algo de placer de esta experiencia, que sería la última suya. ¡Debería disfrutar del vuelo! Por lo pronto, nunca había volado antes.

Pero, pese a esta falta de antecedentes, no podía ocultarse a sí mismo que reconocía bien la diferencia. Porque esta vez no se trataba de volar. Sería agradable hacerlo, en efecto, imitar a los pájaros, más todavía sin ser miembro del género alado, y ver todo desde arriba, irreconocible por lo perpendicular, un mundo bellamente inútil, sobre el que se viera pasar el tiempo. Sí, muy lindo, pero no era el caso. El caso que se estaba dando era más bien como el del bebé humano de pocos días de vida, al que un padre borracho tomara por los pies, hiciera girar un par de veces y lanzara con violencia hacia la pared. ¿Habría podido decirse que ese desdichado niño había tenido la experiencia de "volar" antes de fallecer? La analogía era perfecta, aunque en su caso no hubiera padre borracho ni pared en la que estamparse. ¿Pero no los había? ¿Podía asegurarlo? ¡Ahí estaba el quid! ¡Podía haberlos! Porque si sucedía lo malo, si le sucedía a uno, entonces todos los personajes y elementos de lo peor también podían suceder, ésa era la regla de las catástrofes.

Y había otra objeción, más grave si se quiere: volar es más o menos equivalente a ver lo que se supone que se ve cuando se vuela (lo que no ven los pájaros, para quienes volar es lo natural). Y en esta ocasión no se daba ese requisito, pues la oscuridad no podía ser más negra, y el involuntario sujeto de la experiencia debía mantener los ojos cerrados contra el viento congelante. Aunque los hubiera abierto, aunque hubiera algo de luz, siquiera difusa, una de esas fosforescencias que no se sabe de



dónde han salido, aun así no habría visto nada porque giraba en todos los sentidos; mejor que no se diera la oportunidad de hacer la prueba, ya que los altos y bajos súbitos debían de estar provocando en su frágil organismo tales oscilaciones de presión que el "velo negro" tan temido por los aviadores ya sería constante, una segunda naturaleza.

Aunque pudiera parecer frívolo, lo dominante en esos segundos horribles era la incomodidad. Sin apoyo, el frío mismo lo amasaba. Es cierto que el animalito tenía una piel, que alguien habría podido sentir cálida y confortable. Pero era tal el estado de erizamiento, que en este momento él mismo se sentía recubierto de grotescos pinchos de frío alambre, lo menos indicado para abrigarlo. Su estómago, otrora lleno de las cosas pequeñas que comía, se había vaciado, por un extremo o por el otro, lo mismo daba. La vejiga, pequeña de por sí como un grano de anís, era un punto torturado. La carne se contraía apretando las costillas, que cortaban como navajas los pulmones ínfimos, de los que no salía ni entraba nada como no podría hacerlo de unas piedritas azules. Era tan horrible que parecía un estado pasajero; y lo era, pero después no quedaba más que la muerte. Deprimente perspectiva, más incómoda todavía que el presente.

De modo que no era cuestión de decir: "Por lo menos, gocemos el momento." En absoluto. Aunque todo lo anterior no tuviera importancia, el animalito, saltando a veinte, treinta o cuarenta (o diez, cualquier medida) metros del suelo, a un nivel donde nunca había estado ni volvería a estar, no sentía otra cosa que terror. No exaltación. Terror. No tenía tiempo de organizar una exaltación. El terror era instantáneo, y estropeaba la situación, como el viento ocupaba el aire. El éxtasis era lento: podía llevar toda una vida prepararlo, y más que una

vida, todo el aparato populoso de la historia. ¿Qué podía saber de eso el pobre animalito sorprendido en medio de su vida, arrebatado del agujero en el que debía de estar con esta tormenta, a punto de reventar como un miserable globo, y con toda esa mala suerte junta, encima pasar desapercibido? Para que alguien lo hubiera notado, habría sido necesario que miles de animalitos de esa especie, o de otras, sufrieran esa noche el mismo destino. Entonces, inclusive habría salido en los diarios, quizás. Eso era un detalle más, que ni pensado adrede. ¡Tenía que sufrir lo indecible, él, personalmente, saber con el más intenso desagrado que precisamente a él, que no lo esperaba, le pasaba algo tan siniestro, para que sólo en términos de su especie, de supuestas multitudes de congéneres lloviendo como gotas de sangre peluda en la pampa oscurecida, lo pudieran percibir! ¡Pero qué le importaba! Toda su velocísima épica del fracaso se desarrollaba en su aterido y contraído interior, empezaba y terminaba en él. Eso era lo malo. No había vencido la ley de la gravedad. Se había caído. Lo había atrapado un gran zorro malvado.

Era increíble que una noche como ésa el viento no se llevara casas enteras, como se había llevado a la bestezuela. Montañas enteras. Es cierto que en la pampa no había montañas, salvo la Sierra de la Ventana, y ésa tenía un agujero. Pero un ombú. No es imposible que haya hecho decolar uno; el ombú puede volver a crecer adonde cae, se forma un ombú aberrante. Si en aquel entonces (eran los albores de la aviación comercial en la Argentina) los grandes ómnibus celestes hubieran atravesado diuturnamente los espacios aéreos pampeanos, esa noche podría haberse producido, siempre y cuando un árbol en realidad hubiera levantado vuelo, una colisión surrealista, la primera con esa especie vegetal porque ninguna carreta embistió al ombú en el pasado. En cuanto a las

casas, las que conformaban el villorrio de El Pensamiento estaban incólumes. A la medianoche, el momento climático de la tempestad, todas las casitas, una veintena, estaban cerradas y oscuras como si nadie hubiera vivido en ellas nunca. Una mera apariencia, de más está decirlo, porque estaban repletas de gente laboriosa, sólo que en este momento dormida. No le temían al meteoro, hacían caso omiso del viento y de sus silbidos. Al amanecer estarían en pie, como todos los días, y harían lo que tuvieran que hacer; algunas reparaciones menores, probablemente. El que hubiera cometido la imprudencia de dejar alguna cosa suelta en el patio, tendría que caminar varias leguas para volverla a ver. Por el momento, habían hecho un alto y dormían; podían tener que reparar el techo del gallinero, pero no una gallina, cosa que de todos modos no habría resultado fácil. Desenganchados, los molinos giraban con cierta monotonía vertiginosa: no se derrumbarían. Los espantosos chirridos de las aspas rara vez o nunca aceitadas quedaban tapados por el grito del viento. La displicencia de los pensameños llegaba a tanto que ni siquiera podía decirse que hubieran tomado todas las precauciones del caso. Y eso que un viento así no era cosa de todos los días, y que al caer la tarde había hecho bastante más que anunciarse. Por ejemplo, una señora había dejado un tendal de ropa colgada; los broches resistían; otro había omitido meter a la vaca en el galpón: la vaca dormía, revolviendo de vez en cuando una pastilla de pasto en la boca; un niño había dejado la pelota afuera. Y así muchos objetos más. En el fondo, no tenía importancia. Lo importante era dormir, recuperar fuerzas. Eran casas bastante primitivas, como podía esperarse de la época y la región, pero satisfacían a sus dueños, por lo visto. Algunas eran directamente ranchos, y algunos de éstos no tenían techo de chapas sino de equivalentes más o menos apropiados. Fuera como fuera, no se veía nada,

se veía un negro sólido, y, como queda dicho, no había nada para ver. O así parecía.

Golpes severos y urgentes en la puerta de la casa parroquial despertaron en ese momento al cura Máximo. "Esas no son piñas arrancadas por la fuerza del viento de las lambertianas de la estación y volando una tras otra con sorprendente puntería objetiva hasta la puerta; ésa es una mano que golpea para que le abran", pensó el cura. "Pero antes debe golpear para despertarme. Ya lo ha hecho." Toda la urgencia y la severidad de los golpes se habían disipado, porque no volvieron a hacerse oír. El estruendo de los elementos desencadenados tomaba el relevo, junto a la inquietud consiguiente. El cura pasó su mano regordeta por la cara externa del quillango que cubría las sábanas y las frazadas. "El paso siguiente", pensó, "es ir y abrir." Era la respuesta esperada, indudablemente, pero dependía de él, y de nadie más, hacerla realidad. Esos golpes, probablemente imaginarios, ¿porque quién iba a andar afuera en una noche así?, exigían un movimiento homogéneo, que por ser tan soñado como lo estaba pensando en este momento, se haría verdadero. Levantarse e ir a la puerta no implicaba abandonar el cálido abrigo de su quillango (podía envolverse en él, por ejemplo), y caminar, había gente que caminaba dormida, de modo que un cambio de estado no era de rigor. Si tuviera un ama de llaves, ella se habría encargado de todo. Pero si tuviera un ama de llaves, él tendría que tener un batín para estar presentable en circunstancias como ésta; ¿y quién sabía cómo debía ser el batín de un cura? ¿Negro? Se puso el piloto. Y arriba el quillango.

¡No se iba a poner a prender el sol-de-noche! Eso podía insumirle una eternidad. La vela, por su parte, era muy sumisa al viento. Por cierto que no soplaba viento adentro de la casa parroquial, pero se trataba de

abrir la puerta. Optó por la lamparilla, y la dejó en la mesa. Su morada tenía dos ambientes: la cocina y el dormitorio, separados por un pasillo que por un lado comunicaba con el exterior y por el otro con la sacristía de la capilla. Así de simple era todo. Antes de pensar siquiera en encender luz, el cura había ido, a tientas en lo negro absoluto, a la puerta. "¿Quién es?", preguntó. "Mariezcurrena." "Murió la vieja Mariezcurrena", pensó el cura de sólo oír la voz del marido. Qué inconveniente para el pobre hombre. Ahora iba a ser viudo. Un vasco en buena posición, chacarero. Seguro que se conseguiría otra más joven. "Un momento", le dijo sin abrir, tratando de sonar cortés. No quería recibirlo en esa tiniebla. Quién sabe si con el dolor el vasco se había vuelto loco, y no bien tenía el paso franco se arrojaba sobre él para estrangularlo. Primero fue a ponerse los zapatos, y ya que estaba se metió en la sotana, todo muy rápido y con la sola ayuda del tacto. Dejó el quillango, el piloto y el camisón tirados en la cama, confiado en que podría volver a poner todo en orden con la luz del sol-de-noche que encendería a continuación. Se obligaba a ser ordenado, aunque no lo era naturalmente, porque de otro modo viviría en un chiquero. No, el sol-de-noche no.

"Qué nochecita", le dijo al vasco cuando éste se coló tímidamente por la puerta entreabierta. La observación respondía a una formidable ráfaga que entró también. Era formidable, pero pareció entrar con timidez, como el visitante. Este era un pesado hombre toruno, muy bajo de estatura, más que el cura, que ya era bastante bajo. "Un verdadero ventarrón", comentó Mariezcurrena. Sonrió con cierta cortesía al decirlo. No parecía muy afectado. "Pase a la cocina", dijo el cura. Lo hicieron. "Ah, tiene prendida la lamparita", dijo el vasco. "¿Vio?" "Qué se le va a hacer. ¡Qué fresco!" "Una barbaridad." Así podrían haber seguido media hora. Por supuesto, el cura no le iba

a decir "¿Así que se murió su señora?" Y el vasco parecía algo renuente a entrar en tema. El viento, afuera, les daba la razón con grandes soplidos. Al dueño de casa la demora no le molestaba, todo lo contrario: temía que se interrumpiera demasiado pronto y él todavía no hubiera hecho un plan de acción. No era hombre que se satisficiera con improvisaciones. La liturgia lo había hecho proclive a un cierto orden en los gestos, y en este caso presuponía que su vida podía depender de ellos. Se puso a pensar velozmente, si tal cosa puede hacerse; y con altavoces, para hacerse oír por su propio fuero interior por encima de la tormenta y su nerviosidad. Podía emplear el viejo atizador; lo buscó disimuladamente con la vista. Estaba tirado en el piso al otro lado de la mesa. Si lo tenía a mano, podría blandirlo en el momento indicado, y clavárselo en el cuello al huésped enloquecido. Es cierto que así lo mataría, pero nada estaría más justificado en la ocasión. Sería defensa propia, una figura que contemplaba la justicia humana pero no la divina. Sería mérito suyo hacerla contemplable por esa alta instancia. Cuando lo hiciera, si es que se veía obligado a hacerlo, tendría que llevar adelante una segunda defensa, sutil y trascendente. Ahora no tenía tiempo de planearlo en todos sus detalles, pero su discurso al Altísimo se desarrollaría más o menos en estos términos: "Te pido perdón por esta muerte, a Ti que creaste al homicida y a la víctima con el mismo barro. Uno de tus muñequitos de barro le clavó un atizador de hierro en el cuello a otro, y el resultado fue fatal. ¿Pero es acaso definitivo lo que pueda hacer una de tus más imperfectas obras sobre otra muchísimo más imperfecta? El minúsculo deterioro de Tu sublime legalidad quedará borrado con una módica sanción de Piedad. Es la primera muerte que comete mi mano, y será la última; no habrá más en lo sucesivo, y no debería haber habido ésta, que se hizo



imprescindible por una larga serie de circunstancias con las que no demoraré Tu atención en este momento. Lo haré después. Ahora me limitaré a un resumen: la tormenta, la hora, la muerte, la ruptura repentina del hábito conyugal, la obsesión contra Tu ministro, el desequilibrio mental, el ataque, etcétera. Es un ayudamemoria muy grosero, pero efectivo. Era rotundamente necesario..." En este punto interrumpió su ensayo mental, atribulado por una duda: ¿cómo sabría si era realmente necesario aplicar el golpe? Porque podía bastar con una palabra disuasiva dicha en el momento oportuno, en vez de la estocada mortífera. No. Apartó la duda con un movimiento enérgico de la voluntad. La elección entre la Palabra y el Atizador debía hacerse antes, ya mismo, y él debía atenerse a la elección. Prefería el Atizador: no se consideraba elocuente. Es cierto que no podía descartarse una intervención divina que hiciera eficaz lo que nunca lo había sido, pero esperar tal cosa, esperarla porque sí, como el jugador espera que salga su número, era pecar de soberbia. Había que descartar todo azar. Ahora bien, se decía el cura a toda velocidad (porque este soliloquio, como suele suceder en casos de gran urgencia, se acumulaba milagrosamente en el lapso de unos escasos segundos, uno solo quizás), aun aceptado y asumido el camino del golpe, ¿cómo saber en qué momento darlo, y no irse al infierno? Porque bien podía darlo ahora mismo, con el vasco en las nubes, y después explicarle todo al comisario. Pero se iba de cabeza al averno. Tenía que ser en el momento desesperado, y en ningún otro. ¿Y cómo saber cuándo había llegado? No iba a sonar una campanilla. En realidad, el vasco también tenía una alternativa: o bien podía estrangularlo en silencio, o bien cubrirlo de insultos antes, y quizás conformarse con eso. Las Manos, o la Palabra. Sólo podía confiar en que hubiera un punto en que la Palabra anun-

ciara infaliblemente a las Manos. Entonces sí: el Atizador. Su única guía sería la palabra, o menos, quizás el giro de una frase, un acento, una ronquera profunda. Debía oír bien, y no equivocarse. Clave engorrosa, porque el cura no confiaba del todo en su oído. Más de una vez le había jugado malas pasadas, y ahora la interferencia del viento hacía casi inevitable la ocurrencia de una. La casa actuaba como caja de resonancia del viento; seguro que afuera apenas si se oía un susurro. En la capilla, por otro lado, debía de ser insoportable. Pero no debía divagar. Lo primero era aproximarse al atizador. Buscó una excusa plausible. El horno debía de retener cierto calor, eso era verosímil; él mismo, a falta de ama de llaves o cocinera, o mujer en general, se había hecho la comida unas horas antes. Echándose a andar alrededor de la mesa murmuró: "Lo único que calma mi reuma es un poco de calor. El metal de la económica lo conserva increíblemente, tanto que un pan puede hornearse a tres metros de distancia una hora después de haberla apagado. Y los residuos de calor son más benévolos que el calor mismo." Ya estaba del lado adecuado. Se inclinó y apoyó el atizador contra la pared, como si fuera un maniático del orden que no soportaba nada en el suelo. Quedó tenso. Como máximo, habían transcurrido tres segundos. La lamparilla difundía una luz amarillo pálido en la cocina. La tapa de la mesa estaba forrada en hule azul verdoso con flores blancas. Mariezcurrena estaba rojo como un camarón, pero él era así: sanguíneo, candidato al patatús.

"Dios nos ha bendecido, a mi querida señora y a mí, con un retoño, pero a medias. Tememos por la integridad de la bendición, señor padre, y a ese temor se debe esta visita con la que temo molestarlo. Lamento mucho que sufra de reuma. Debería hacerse ver por un especialista en Bahía. Pero es un caso de urgencia, y si he venido ha

sido nada más que por catolicismo, a pesar de la inclemencia."

"Los dones del Señor no son abortos, aunque vengan en la noche más oscura y destemplada. Y sería muy difícil, hijo mío, encontrar una peor que ésta. Pero no he entendido bien. ¿Quiere decir que su esposa y usted han tomado al decisión de adoptar? Debo prevenirle en contra, porque los frutos de esa determinación suelen salir delincuentes."

"Efectivamente, padre: no ha entendido bien mis palabras, y no acierto a comprender por qué. Ha tomado el sentido lejano en lugar del próximo. ¿Para qué necesitaríamos adoptar un hijo, si ya hemos tenido unos cuantos, y ellos a su vez ya tienen hijos, y son hombres de bien como, modestamente, lo he sido yo mismo, que no tengo nada de delincuente?"

"¿De qué se trata entonces? ¿La vaca tuvo un ternero, la gata, la perra, la yegua, o el huevo de la urraca?"

Calló durante un segundo el vasco con los dientes apretados por cierta indignación. Farfulló apenas: "Se olvidó de la chiva."

"Le ruego que no lo tome a mal, don Amílcar. ¡Ya caigo! Usted me ha hablado como el oráculo manual, y tendrá que perdonarme lo poco rápido que soy, y que estoy a una hora de éstas. Lo que ha sucedido es que uno de sus hijos se halla en peligro de muerte, y usted empezó por el principio: lo engendró, le dio educación y todo lo demás."

"No". "¿Seguro?" "No le haga agüeros a un indefenso." "Perdón."

Qué grandeza se necesitaba para pedir perdón, hasta por haber espantado una mosca en la dirección incorrecta.

"Mi señora ha dado a luz justamente en esta noche inclemente. Ese es todo el enigma, cuando creí hablar



con claridad. Lo ha hecho con harto trabajo, y sin más auxilio que el ignorante que pude prestarle, porque por hache o por be nuestras nueras han tenido otras ocupaciones que no dilataron para prestar la ayuda requerida, pero para más adelante. El acontecimiento tuvo lugar antes de tiempo."

"Perdone la asociación de ideas por opuestos (estoy estupefacto, aturdido por la noticia), ¿pero su señora no es de edad algo madura, o sea avanzada excesivamente para la procreación?"

"Perdóneme: no será una muchacha, pero está lejos de ser una vieja. Está en la flor de la vida, y tuvo tiempo de ser bendecida todavía."

"Claro. Qué duda cabe. Yo decía: como ya son abuelos..."

"Abuelos bastante jóvenes, y padres apenas mayores de lo corriente."

"Pero entonces, es una ocasión de regocijo. ¡Felicitaciones, mi amigo! No había visto a su señora desde hacía tiempo, y no me había dado cuenta."

"No se le notaba mucho. Piense que apenas si llegó a los siete meses. Tuvo un par de contracciones caídas del cielo como quien dice, y chau picho. Nos llevamos una regular sorpresa. En sí no habría sido nada preocupante, pero... Siempre hay un pero. Ya por ser prematuro, ya por haber sido concebido, como usted manifestó, a una edad relativamente avanzada, ya porque mi señora no se ha estado sintiendo bien últimamente, la criatura ha resultado bastante débil y poco vital. Tememos que no perdure. Querríamos que nos lo bautice mientras hay tiempo."

El cura lo miraba con la boca abierta. Su propia función se iluminaba plenamente. Las oscuridades previas, en realidad enredos sin importancia de la conversación, se desvanecían como el dibujo de una nube.



Suspiró aliviado. Miró furtivamente el atizador, que seguía donde lo había puesto. Todo lo relativo a ese instrumento, no lo había pensado él. Como cualquier aprendiz de católico sabe, hay 3 personas, no una. Otra había sido la responsable de esas novelerías. Se frotó las manos, tratando de poner cara de circunstancias porque al fin de cuentas la ocasión tenía algo de luctuoso en perspectiva. Ese crío moriría con toda seguridad; sólo esperaba que no lo hubiera hecho ya. Pero en comparación con otros posibles accidentes que podrían haber sucedido en esta fea noche, era una auténtica fruslería. Ensimismado, se acercó al vasco chacarero y le palmeó el hombro como diciéndole "bien bien bien". Había puesto la mano en el fuego: este vasco no era un cristiano ejemplar, del tipo chupacirios. Por ejemplo, no venía a misa, jamás se le había pasado por la cabeza comulgar, ni mucho menos confesarse. Pero estaba bien casado, y todos sus hijos bautizados. Lo hacía por el "qué dirán". En cuanto a venir a buscarlo esta noche... No convenía profundizar los sentidos. No fuera a ser que resplandeciera como verdad la mera intención de molestar. Algo de eso había en la gente de campo; algo, pero no demasiado. No convenía ponerse en víctima porque sí nomás. Acarició por un instante una imagen incongruente, en la que él atravesaba una plácida noche de luna a administrar un sacramento, que siempre es preferible a dar pastillas. ¡Claro que no era una noche plácida, ni de luna! Era un vendaval. Pero el bautismo era como aceite en un mar picado. Después de todo, sería un paseo de un punto a otro, de una casa a otra.

"¿Qué estamos esperando, buen hombre? No me dirá que la ha dejado sola a su señora." "No tuve más remedio, padre. Pero se sentía bien, un poco mareada nomás por el esfuerzo. Le hice un té y la dejé en la cama." "¡Vamos, vamos! Espere que me pongo el piloto."



"No. No llueve." "¿No? Qué raro." "Es viento solamente." "Sí, pero ¿no lloverá a la vuelta?" "Yo digo que no." "Entonces no me pongo el piloto." Apagó la lamparilla de un soplido y fueron hasta la puerta tropezando. Fue todo abrir, y el viento casi los tira. Cerrarla fue lo difícil. Por suerte se cerró sola. "Ahora me caigo", pensó el cura al sentir el empujón de la ventolera. Pero se sostuvo en pie, aunque ovillado por el silbo frío. No llovía, era cierto, y sin embargo de vez en cuando una gota lo alcanzaba con la fuerza de una bala, blanda por fortuna. En los cachetes rosa del cura, y en los rosa-morado del chacarero, esas inclemencias no hacían sino acentuar el color. En la boca de lobo que era todo, se oyó la voz de Mariezcurrena: "Aquí dejé el sulky." "¿Eh?" "¡Que aquí dejé el sulky!" "¿Adónde?" "¿Eh?" "¡Adónde!" "En la puerta." "¿Eh?" "¡En la puerta!" "Entonces debería estar aquí", pensó el cura, cansado de gritar, "y este vasco bruto está pensando en otra cosa". No se veía casi nada, por no decir nada. Lo único, cierto movimiento que obligaba a cerrar los ojos. Sin moverse, el cura tropezó con un gran objeto que tomó por el caballo. Era como si estuvieran en otro mundo, de lo más inhóspito. Subirse a un sulky (que era lo que estaban haciendo) resultaba grotesco. No llegarían ni a lo de Dimateo. Seguro que lo hacían para probar. El vasco, impertérrito, atrapó las riendas, que eran como dos cintas de verdeo en la corriente del arroyo, y hasta las agitó, les dio un buen tirón. El caballo, zahorí, debió de entender que ya estaban arriba, y arrancó a un paso algo vivo. ¿Pero hacia dónde? ¿A darse de orejas contra una pared? Por lo pronto, se movían. Los animales ven mejor que los hombres, en ese sentido. Y ellos ya estaban empezando a ver un poco, muy poco. Estaban en la calle, de eso no había duda. "Enseguida llegamos", dijo el vasco. El cura se lo hizo repetir. Ah, eso sí, estaban cerca. Pero quién

sabe si con este viento lo cerca quedaba cerca, que sería lo más deseable. El campo de Mariezcurrena lindaba con el pueblo mismo (si a ese caserío se lo podía llamar pueblo), y la casa se podía ver, de día, desde la casa parroquial; de noche, se veía la lucecita. Y hoy, nada. Había que ir hasta el extremo de la calle, cruzar la vía, tomar por el camino a Lartigau, y a un quinto de legua como mucho entrar por la tranquera, y de ahí el caballo sabía. A pie parecía más seguro, pero si este vehículo iba, ningún problema, mejor.

Se pusieron a conversar, con grandes exclamaciones para hacerse oír. Mariezcurrena dijo que si había algo por lo que no debían preocuparse, era por la resistencia del caballo, al que llamaba "Sulky". El aparato del mismo nombre, en el que iban sentados, dijo, tenía asimismo su buena dosis de confiabilidad. La conjunción del uno con el otro, en cambio, se veía sometida a ruda prueba, porque el caballo, en el aturdimiento tan comprensible al que inducía la nochecita, podía salirse de la órbita de las ruedas, y entonces se desarmaría todo. "Eso me temía", respondió el cura, "cuando me habló del sulky. Es una reunión inestable de elementos, que puede deshacerse como se hizo. Otra cosa sería si fuéramos civilizados, como en Norteamérica. Dadas las condiciones en que vive el ser humano aquí en la tierra, es increíble que nadie haya tenido la fantasía de vehículos perfectamente compactos, redondos por ejemplo, que puedan deslizarse, o quedarse quietos en caso de que así lo prefieran, en medio de las tempestades." "¿Y los coches a motor?", preguntó el vasco, "¿no cumplen con esa condición? He estado tentado últimamente de comprarme uno, un Ruby por ejemplo, y dejarme de macanas." "¡Menos que menos! Si es por eso, ni se le ocurra. Los coches a motor son lo desconectado por excelencia. Tengo entendido que el motor funciona separando unos émbolos con gran fuerza,

y volviéndolos a unir por puro azar. Eso para empezar, pero además el motor, el volante, las ruedas de caucho, y la manija de dar cuerda, son partes inconexas, flotando cada cual por su lado, y de no ser así la mecánica no existiría; es como si estuvieran separadas por grandes espacios vacíos. ¡Imagínese lo que podría pasar...!" Lo interrumpió un golpe seco que le propinaron en la nuca, muy violento pero muy inofensivo. Al punto, vio saltar por encima de su cabeza un terrorífico objeto redondo que se perdió en la tiniebla. "Una pelota", comentó filosóficamente el vasco, "que algún chico dejó afuera."

¿Era el viento el que hacía tanto ruido? El viento y el ruido se movían juntos, y hacían pensar que nunca cesarían. Que nunca habría luz, tampoco. Los viajeros se preguntaron si tenían el viento a favor o en contra; por lo pronto, no avanzaban gran cosa, según lo que creían poder deducir de las sombras móviles que los rodeaban. Pero tampoco sentían la resistencia titánica que un ventarrón de ese calibre debía oponer de frente.

"Según mi parecer", dijo el vasco, "el viento es como el sulky o el coche a motor. Cada parte cumple su función, pero para hacerlo debe separarse de las demás y actuar, podría decirse, 'a distancia'. El ruido, el impulso y la dirección deben observarse en noches separadas. No estamos cruzando una sola noche oscura sino varias, lo que hace más embarazoso el trayecto. Yo digo que viene del sur, de otro modo no sería tan frío, en esta época. Pero debería decir que 'vino' o que 'vendrá' del sur. Si estuviera viniendo en este momento, no habría llegado: o nos llevaría o nos traería, y nuestro propio movimiento dejaría de existir."

"A mí me parece todo lo contrario, qué curioso", dijo el cura. "Su modo de pensar es contradictorio. Si vamos a separar las partes, digamos que la temperatura viene por su lado. Pero no es así. Todo viene del cielo, y viene junto.

Si hubiera una buena cantidad de noches, ¿por qué íbamos a estar juntos en ésta usted y yo? En el mundo hay una sola coincidencia, y es Dios. La campana de la iglesia no es una veleta..."

Segunda vez que la pelota daba en la cabeza del cura: "Bum". Esta vez no hubo comentario. Era chocante. Mariezcurrena trató de hacer obvio el momento diciendo que estaban entre remolinos. Equivalían a verdaderas bofetadas largas. Todo lo que podía moverse se movía; era una piscina de magnetizados. Los temblores podían independizarse de su causa inicial, como un reloj eterno.

Habían tenido tiempo de dilatar las pupilas, pero la oscuridad se acentuaba. Con todo, de pronto el caballo se había hecho visible; el viejo Sulky estaba erizado, como sucede con los tordillos, las crines se le partían en bandós furiosos, la cola por momentos giraba como una hélice. No es que fuera visible del todo, pero a un fantasma no se lo ve más. Metía las patas en el viento como en un charco. El vasco iba medio fijo, medio transportado, a la izquierda del pescante, con las riendas en las manos. Llevaba un levitón de cuero casi negro, y el pelo como cerda no perdía la forma del peinado. La sotana del cura tableteaba todo el tiempo, y en un par de ocasiones se le fue a la cara. Sus piernas gordas y blancas, fosforescentes, quedaron a la vista del vasco, que no se dio por enterado. Aunque no hiciera otra cosa, el viento aproximaba vertiginosamente los límites de la cortesía. Realmente las nubes habían bajado, pero se habían deshecho por la fuerza del viento, eran ruinas aéreas. ¿Era de veras oscuridad, todo eso? Hay algo de mental en la iluminación, por la noche. Podrían haber creído que veían todo. ¿Elegían lo contrario? Pues bien, que tropezaran.

Tuvieron una inesperada ayuda para calcular dónde estaban. Unas manazas alborotadas les tocaron las cabe-



zas brevemente. "¿Qué es eso?", exclamó el cura con indignación. "El banano de la fonda, qué va a ser", gritó Mariezcurrena. Qué espectáculo increíble habría sido, el árbol más alto de la región inclinándose hasta casi tocar el suelo. Nadie se habría imaginado nunca que el tronco fuera flexible. Qué característico: que lo demostrara cuando nadie podía verlo, al modo de una alucinación. Pero es una regla general: las cosas increíbles suceden de modo que no se las pueda creer, como si tuvieran, con la timidez de un cervatillo, el escrúpulo de no perder su condición. Que el banano le hiciera tan grandiosa reverencia a un sulky no era más prodigioso que esto o aquello (que cualquier cosa). Que sucediera, era lo raro. Una vez en mil años podía pasar; el momento en que pasaba, era como todos los demás. En eso paraban las teologías del cura y el sentido común de su buen amigo el vasco Mariezcurrena. "No hay dos sin tres", pensó el primero: "voy a recibir otro pelotazo." Pero sus ideas se arremolinaban tanto como los dúos del aire. Tenía asociaciones bruscas. Por ejemplo, ese recién nacido; no podía haber asociación más intempestiva. Todo se le había antojado natural hasta aquí: la urgencia, el imperativo de hacer las cosas bien (ya que había nacido, que muriera bautizado), el padre, la madre. Todo *era* natural, en efecto, pero la suma de sus partes resultaba rara, se resistía a ser pensada, sólo podía ser asociada. Lo habían mantenido secreto, los vascos, seguramente avergonzados como muchas parejas mayores en el mismo trance. Y el secreto se revelaba, a último momento, para poder seguir oculto por toda una eternidad. Pero, se decía el cura, "¿quién no salió de un secretito de ésos?" Decidió que si el crío ya estaba muerto cuando llegaran, se iba a hacer el distraído y lo iba a bautizar lo mismo. Tenía que ser un cura distraído para atravesar esta tempestad, tenía que llevarlo la mano del Señor, porque él solo no



iba a poder hacerlo, de modo que entraba dentro de su personaje bautizar un leño, confirmar una cuchara, confesar un marlo. Debía ser ciego y torpe, en lo posible, un atropellado, así tendría más a mano la Gracia. Ayúdate, y Dios te ayudará, era su lema. Uno debía volverse un imán para las grandes ayudas, y si siempre iba a estar tan a oscuras y bamboleado como lo estaba ahora, qué mejor que actuar en consecuencia. La oscuridad era el estado natural de los pobres de espíritu. ¡Así debían seguir! ¡Así el sulky, tirado por Sulky, se elevaría por el camino de los astros, tan invisible desde aquí! Porque pobres de espíritu, humildes violetas enterradas, eran él, un cura imperceptible, y el vasco de quien su compañero de viaje sabía a ciencia cierta que era uno de los "colgados del Arco-Iris". Este último era el nombre de un poderoso almacén de ramos generales de Pringles, que actuaba como acopiador de granos, y mantenía en estado de perennes deudores a buena cantidad de chacareros de la región, a quienes les daba crédito para semilla o herramientas, crédito que se cobraba sólo, como es lógico, con las cosechas que se daban; con las que se perdían, que también lógicamente eran las más, la deuda crecía (siempre generosamente, eso sí, sin usura), y el chacarero, por bien que le fuera y por saneado que estuviera su establecimiento, quedaba "colgado"; eran ricos pobres; vivían, pero debían. Dios hacía algo semejante. ¡Y encima, hijos de la vejez, los muy brutos! Ya estaban en el extremo de la calle; subían el terraplén del ferrocarril, en un paroxismo de rugidos, silbidos escalofriantes y los tableteos de la sotana, que no se quedaba quieta; el cura la tomó con fuerza por los dos lados, la plegó toda sin contemplaciones y se sentó encima; quedó bien ajustada, como una falda-tubo, por lo menos así dejó de molestar. En eso estaba cuando pasaron las vías. No se les ocurrió ni remotamente fijarse si venía el tren, y cuál no sería su espanto

retrospectivo cuando un tren pasó justo a sus espaldas rozándolos, una máquina de demolición lanzada a toda velocidad. Miraron por encima del hombro la hilera de ventanillas iluminadas reemplazándose una a otra tan rápido que hacían una sola línea, muy alta; cuando las reemplazó la pura noche tenían aún la sangre helada en las venas del pavor. "Nos salvamos por poco", dijo el vasco, "¡qué imprudentes!" "Casi no contamos el cuento, ¿eh?" "Y la desgracia no habría venido sola, porque nos habría matado a los dos." "A eso me refería. Sulky no iba a contar el cuento." "A él también lo habría arrastrado. O los tres o ninguno. Por suerte fue ninguno." Ninguno, ninguno, ninguno, deberían haber repetido eso toda la noche, como una plegaria. Pero, con esa frivolidad tan típica de los que se salvan por milagro de un accidente fatal, al minuto estaban pensando en otra cosa. Era un recurso psicológico de defensa, para evitar las obsesiones y a la vez para que los accidentes, la sal de la vida, pudieran repetirse. En realidad, estar envueltos en viento era como ser embestidos por una locomotora, salvo que ésta inofensiva, repetible. La gente se salvaba pensando, inventando cosas para recordar y olvidar, locomotoras en miniatura, vientos diminutos, noches dentro de una gota de agua.

Al cambiar de dirección ellos, las ráfagas los envolvían distinto. Ese callejón, a ambos lados del cual se cernían altos los alambrados, corría directo hacia el sur. Hacía horas que el viento había levantado todo el polvo suelto, y Sulky golpeaba con los cascos la caliza desnuda. Al fin habían empezado a ver mejor, y ya no temían tanto abrir los ojos, aunque se les secaban las conjuntivas. El silbido, ahora sostenido durante largos minutos, era espeluznante. El cura había llegado al punto de preguntarse si valía la pena salir; a esta altura, era morboso preguntárselo. Más le valía arremeter. No habían hecho

ni la mitad del camino cuando de pronto el vasco tiró de las riendas. "Qué pasa, por Dios", exclamó el acompañante. "¡Un piche!" El cura miró hacia adelante, trató de atravesar la tiniebla compacta. Efectivamente, en el medio de la calle, justo encima de la cabeza de Sulky, se veía aplastado contra el suelo un medio huevo más negro que los demás, visible sólo porque la cal del camino tenía un opaco brillo blanquecino. De no haber calculado la distancia, lo habría tomado por un cascarudo. Era un tatú pequeñito, de los que se caían de los bordes del campo a las colchonetas de polvo yermo de la calle, y perdían días de ayuno hasta que conseguían volver a subir; no lo conseguían nunca, porque los atrapaba algún chacarero. Era un sarcasmo que ni siquiera una noche como ésta estuvieran a salvo. No se les ocurría cavar horizontal en los barrancones. "Pero déjelo en paz, hombre", exclamó el sacerdote, exasperado, "no ve que estamos apurados". "Yo me lo como." "Haga lo que le parezca, pero rápido." "Es un momentito no más, padre." Al punto se bajó y fue hacia la alimaña. Era petizo, retacón, y obstinado. Pero el piche no era idiota. Lo dejó acercar, y se le escurrió a toda velocidad, como una cucaracha en línea recta. El vasco fue tras él bajando la cabeza contra el vendaval. El piche llegó al paredón natural y rebotó en ángulo cerrado; casi le pasa entre las piernas al cazador. Fueron hasta el otro borde, y lo mismo. En una de las vueltas el viento tomó de pleno al vasco y directamente lo levantó en vilo. El cura espantado desde el pescante lo vio dar una voltereta en el aire y caer pesadamente. "Seguro que se rompió la columna", pensó. Pero el hombre era duro. Se levantó sin más demora que la que imponía el viento. ¿Y el piche? Había quedado debajo de él, aturdido. Lo tomó por la colita y volvió al sulky. Para irritación del cura, hubo todavía la demora de meterlo en una bolsa de arpillera que un hom-

bre precavido como Mariezcurrena siempre llevaba bajo el asiento. La bestia se había recuperado y se agitaba con su ruido de piedra. "Después lo mato", dijo como disculpándose. El cura limitó toda respuesta a un gesto afirmativo, que quiso ser sobrio pero salió exagerado y payasesco por las circunstancias. Estaba atónito por algo que había creído ver, aunque no estaba cien por ciento seguro: en el momento en que el chacarero impulsado por Eolo realizaba su cabriola en el aire, la pelota había surgido de la oscuridad a la velocidad de un bólido y había hecho impacto justamente en la cabeza del involuntario saltimbanqui, para salir impulsada en otra dirección: ni el más hábil jugador de foot-ball habría logrado la maniobra. ¿Pero había visto bien? No podía asegurarlo, y por supuesto el vasco no se había percatado de nada: cuando uno está cabeza abajo, la mitad de las cosas le pasan desapercibidas. El cura dudaba; la agitación de la noche se prestaba a las concepciones irreales. Con todo, cosas más raras sucedían, a veces. Los pensamientos del vasco iban por otro camino, como quedó demostrado cuando abrió la boca para decir: "Espero que la criatura no haya fallecido." "Si ése es el caso, será tu culpa, y por partida doble, bestia ignorante", pensó el invitado, que no dijo nada en voz alta. Por el contrario, siguió pensando: "No me puedo creer en estos trances, y sin embargo aquí estoy, con los corchetes del viento negro, llamado como médico de urgencia para salvar un alma inocente. Lo malo es el clima, pero de eso siempre se puede hacer abstracción, si estamos de acuerdo en que lo importante es el alma. Tan importante es, que para esta gente sencilla será un mojón: el parto, la nochecita, el fetongo, ¡y el cura! No podía faltar, el cuñado de la calavera. El despertador del bien morir. La muerte misma quedará calificada expresamente por mi persona. No en vano estos campesinos dicen a modo

de refrán: cuando la muerte tose, escupe un cura. Y cuando el cielo esté azul y el aire en calma, un parche de turbulenta oscuridad se hará presente con extraña asiduidad." Habían retomado la marcha, y en un abrir y cerrar de ojos estuvieron frente a la tranquera, que Mariezcurrena se encargó de abrir, y cuando hubieron pasado, de cerrar (no fueran a metérsele los ladrones). En el nivel alto del campo la tormenta se hacía sentir de veras; se aterraron. En cualquier momento podían salir volando con caballo y todo. Se entrechocaban uno con otro como dos peleles plúmbeos. Al caballo Sulky se le hizo difícil caminar: al recibir el viento de costado las patas se le torcían, se le confundían izquierdas con derechas. "¡Ya llegamos!", exclamó el vasco. El otro no veía nada. Pero el muro de sombras resultó ser la pared de la casa. Echó pie a tierra de un salto arriesgado y la sotana se hinchó como un paraguas; de cóncava se hizo convexa y tuvo que bajársela con las manos. Mariezcurrena lo arrastraba hacia la puerta, y cuando llegaron a ella se detuvo de pronto, se volvió hacia el cura que por efecto de la inercia quedó con la cara pegada a la de él y estallando en una carcajada improcedente gritó para hacerse oír entre una maraña de silbidos: "¿Cómo era eso de que el pan se horneaba a tres metros del fuego apagado, ja, ja?" Al cura se le heló la sangre del pavor y la sorpresa. "Estaba loco, al fin de cuentas", se dijo, "¡todo fue una trampa!" El camino que habían hecho desde su casa hasta aquí tomó sentido en un instante y se le apareció en la memoria, agigantado como un grotesco cartel oscuro indicándole algo que no había sabido interpretar; el viento era el lector universal de esos mensajes peligrosos, a veces retrospectivos. Pero no, el vasco lo tomó del brazo para que no siguiera tomando frío y entraron tranquilamente.

UNA CASA DE CAMPO TÍPICA de la llanura bonaerense hacia 1930 era... No hay una necesidad en el arte de la arquitectura. Es contingente. ¿Cómo reconstruir los pensamientos, sin autómatas adecuados? Cada pensamiento depende de un cuento de hadas, cada cuento de hadas depende de un destino, cada destino depende de un Dios. Se habla para no caer en el silencio, pero en el silencio siempre hay un eco, una puntuación, un ritmo: en una palabra, hay estilo; y si los hombres hablan es para escapar al estilo. Porque se puede escapar; el estilo tampoco es una necesidad. La vida misma es contingente, de modo que darle el formato de un cuento de hadas, aun cuando asegure la presencia del pensamiento, no basta para inventar un destino. Hablar es voluntario. Sólo la cortesía nos obliga a responder a quienes nos dirigen la palabra; y la cortesía, no el alma, es la que persiste más allá de la muerte, como lo prueba el hecho de que los fantasmas sólo hablan cuando se les habla. El autómata espiritual podría hacer lo mismo, de lo que resultaría que todo el esfuerzo del pensamiento desembocara en el alba de un mundo de fantasmas. Los cuentos de hadas son, al fin de cuentas, un teatro de aparecidos en el que todo lo que hay que averiguar es quién habló primero. Las casas son teatros donde está prohibido pensar. La arquitectura es el beneficio de ciertas persistencias lingüísticas; siempre se la debe tratar en pretérito imperfecto. Antes uno nacía en su casa. Ese accidente primordial era velado por ondulantes telones de oro; las perpendiculares translúcidas de una Dánae dormida eran construcciones fantásticas, irreales, desmesuradas y a la vez íntimas. Nadie



ha pensado nunca, en serio, en casas que disuelvan la brisa: he ahí lo eólico de la arquitectura. El arte de hacer fachadas diferentes. Que las fachadas se proyecten sobre pantallas estelares, que se reflejen en estanques quietos, que atraigan insectos: que podamos viajar, después de nacer, a comarcas de montañas, en cuyas altas cimas haya castillos, señores de la luz y el viento. Los fantasmas recorren la superficie de la tierra, veloces e inestables, grandes estudiosos de idiomas. Le enseñan a hablar a los niños, se cuelan en las casas mejor cerradas. Cerradas o abiertas, volumétricas o sólo fachadas puestas en las perspectivas de un paisaje (y entonces las hincha el viento e impulsan al mundo en sus giros) las casas son frases: sujeto y predicado.

El propietario podía, en un rasgo (algo más que improbable, como veremos) de orgullo o sentimentalismo, mandar hacer por mano experta una serie de acuarelas de su casa y vistas circundantes, como un recuerdo para cuando no quedara nada, basándose en el supuesto de que unos papeles embebidos en agua serían más perdurables que el ladrillo y las vigas. Como poder, se podía. Todo era posible, antes y después de la desaparición de Dios. Que nadie lo haya hecho nunca en este rincón del mundo se debía quizás a que la chatura insólita del terreno (las escasas lomas que adornaban El Pensamiento recibían con justicia, o sin ella, lo mismo da, el epíteto de "imperceptibles") disolvía las perspectivas, las volvía más bien un cálculo numérico: tres leguas, treinta leguas, tres mil leguas. Además, un artista ni siquiera habría podido colocar el papel delante de los ojos, bajo las manos: un viento maligno lo hubiera incomodado hasta los límites de la paciencia. Es más: el viento habría mezclado las hojas en medio del proceso, hasta hacer de cada momento de la serie la serie entera, con todas las famosas distancias confundidas. Suele achacársele a la campiña

argentina un descuido injustificado, un magnetismo de lo primitivo que brota de la tierra, sin vallas, una enemistad con lo civilizado. Tiene, claro está, su pintoresquismo propio; pero más que un motivo para el arte, esa cualidad es un motivo para no practicarlo. Al arte le repugna manifestarse donde no ha habido arte, y en estos casos se ha operado una destrucción en detalle, una pura estética de los cielos coloreados que hace pensar en la consumación previa de la pintura, bajo la cual sólo se encuentran las fascinaciones de la desprolijidad, de lo provisorio. La luz misma, imagen del trabajo, es expulsada. El movimiento se precipita. Vistas nocturnas de un viento que distrae. Catálogo de posiciones para esperar la muerte.

Dos individuos bajitos, las narices y los cachetes encendidos por el viento, irrumpieron en la gran cocina. Al cerrar la puerta, el viento pasó a otra dimensión sonora. Varios perros vinieron mansamente a olerlos. Grandes, peludos, silenciosos, hicieron una ronda alrededor del cura, olfateando con fruición el ruedo helado de la sotana, al que parecían haberse pegado todos los olores del mundo. "Qué frío", dijo el cura advirtiéndolo a posteriori, en contraste con el interior templado. Los perros alzaron los ojos inocentes hacia su dueño. "Diga que uno está acostumbrado", comentó Mariezcurrena. "Qué remedio nos queda." "Tendríamos que tomar algo bien caliente para prevenir un enfriamiento. Por ejemplo un café amargo: no hay nada tan caliente como eso." "Este me va a dar café hervido", dijo el cura para su coleto; solía renegar de la indiferencia de paladar de la gente de campo. Estaban tan, pero tan, contraídos, que al contacto con el calor de la cocina se les expandió el torso, se les despegaron brazos y piernas y volvieron a respirar, como si antes hubiera venido haciéndolo el viento por ellos. Muy poco a poco, por supuesto, como lo hace todo



el cuerpo, pero la realidad de ese movimiento los ponía en dirección a lo gigantesco. En estas circunstancias se justificaba el dicho: "mi casa es mi castillo", siempre y cuando se entendiera por "castillo" la morada de los grandes guerreros de antaño. Lo único que se contraía en ellos era la pupila, indicando el giro copernicano de la percepción; unas cosas se agrandaban, otras se achicaban. Por lo menos, veían. No había mucha luz en el interior, pero bastaba para ese cometido. Una lamparilla encendida, idéntica a la que había quedado en la casa del cura (había quedado prendida, creía recordar éste, injustificable imprudencia que con un paso de chiflete podía provocar el primer y último incendio de la casa parroquial y la capilla). Era como si hubieran vuelto al punto de partida. Beneficios, podía decirse, del sistema industrial. Se lo hizo observar el cura al dueño de casa y comentó: "Llegará el día en que todos tendremos lo mismo, y una casa será equivalente a otra, salvo por el punto del país en el que se halle. Cualquiera podrá vivir en cualquier parte, como si dijéramos que el país no tendrá puntos distintos. Entonces no sólo en Rusia habrá comunismo, y los que prefieran ese sistema de gobierno no tendrán que viajar allá." El vasco, que ya había puesto la pava al fuego y se atareaba con las tazas y el frasco de café, le respondió: "La comparación no es justa, porque Rusia es mucho más grande que la Argentina; si nosotros vivimos en un país, como usted dice, ellos viven en un mundo. Rusia es un mundo en sí. Es comprensible que los puntos no sean, como usted dice, 'distintos'. Doblemente injusta, porque el comunismo es más bien manual que industrial." "No importa", dijo el cura que se había empecinado en la suya, "llegaremos al mismo resultado por distinto camino." "A mí no me preocupa que venga el comunismo: entre el campo que ya tengo, y el que me van a dar, voy a estar muy bien. Eso sí, seremos todos

ateos y viviremos el momento, en nuestras casitas mutuas, sin miedo ni esperanzas puestos en la muerte." "Yo no seré ateo", dijo el cura ("Bueno sería", respondió in pectore su anfitrión) y se quedó pensativo un instante: "Me quedarán los recuerdos. Los recuerdos son la mejor defensa contra la impiedad." No decía, pero lo dejaba implicado, que lo que sucedía esta noche sería uno de esos recuerdos, posiblemente uno de los principales. Con lo cual daba por concluido el tema, habilidad en la que era excelso: interrumpir la materia política con una sugerencia sutil de que el presente trivial estaba conectado con el más allá.

Se había sentado, dando por obvia la invitación a hacerlo, en uno de los bancos largos que flanqueaban la mesa. Todo relucía de limpieza y orden. Había muy pocos muebles y objetos en la cocina, y no parecía haber más en la casa entera. Los perros se habían echado, con ese aire de no prestar atención a lo que sucede. La luz suave de la lamparilla no llegaba a los rincones, y mucho menos al techo alto, sin cielo raso. El vasco dejó encendida la hornalla de la cocina económica y vino a la mesa con los dos jarros de café. Al café "amargo" le había puesto azúcar a su gusto. Los oídos de ambos se habituaban al silencio relativo, las orejas se les descongelaban, y los labios recibieron la bendición tropical de la bebida hirviente.

Cuando se da por terminado un tema de conversación como lo había hecho el cura, sobreviene un hueco que sólo puede llenarse, hasta cierto punto, a la espera del próximo tema, con alguna consideración sobre el clima. En esta ocasión, no parecía lo más apropiado. De un modo u otro, ya habían hablado demasiado de eso. Así, tácitamente, y por un motivo tan trivial, el tema universal de la noche quedó relegado a un segundo plano, y condenado a no volver a aparecer sino mediante alusiones tan



sutiles como lo dictara la cortesía de los interlocutores. En ese momento, precisamente, cuando lo decidían sin saberlo, apareció una tercera figura en la puerta. Era la señora de Mariezcurrena, en batón de entrecasa, y en pie, para sorpresa del visitante. Para el otro, no había modo de saber si era una sorpresa o no. No la expresaba. Se limitó a dar vuelta la cabeza y mirar a la compañera de toda su vida. El cura por su parte se hizo el propósito instantáneo de no demostrar sorpresa y se atuvo a él, por motivos de cortesía; su ascendiente espiritual no iba tan lejos como para inmiscuirse en la conveniencia de los hábitos de la casa. A resultas de lo cual se limitó a girar la cabeza exactamente como lo había hecho el vasco, y quedarse mirando a la señora, con cara bovina. Y sucedió el milagro de que todos los perros sin excepción, desde sus cómodas posturas en el piso, volvieron la cabeza sin mover el resto del cuerpo, a mirarla. Así quedaron, hasta que ella dijo: "Buenas noches". Tenía una voz chillona y vulgar. Se comió la última ese. Tras un instante de vacilación el cura se puso de pie y fue a darle la mano, cosa que jamás había hecho antes, pero que esta vez parecía apropiada. Ella le tendió una mano cálida pero muerta, según la costumbre de la gente de campo. Se había introducido unos pasos en la cocina para hacerlo. "No debería haberse levantado", dijo el cura. Ella respondió con un gesto que le restaba importancia al asunto. En realidad, estaba pálida como una sábana, lo que la afeaba y envejecía. Aparentaba unos sesenta y cinco años, pero debía de tener veinte menos. Debía de ser fuerte como un caballo, pero parecía bastante frágil. El cura esperó a que se sentara, pero ella no tenía intenciones de hacerlo. Su único punto rojo eran las manos, amoratadas. Era de esas mujeres de nariz fina y labios finos, ojos de inglesa y pelo canoso con rodete. Piernas cortas, barriga y trasero descomunal. Parecía bastante inteligen-



te, eso sí, más que su marido, con el que se entendía a la perfección. No se iba a sentar ni aunque la obligaran. Tenía la vista fija en el vasco, que en el ínterin se había levantado a llevar los jarros a la pileta. El cura se preguntó si esa mirada sería un mero reflejo de distracción, o querría decir algo. Un mero gesto, en un matrimonio de muchos años, se carga de significados hasta un extremo increíble. Le echó una miradita rápida al vasco. Lo único que descubrió fue que no se había sacado el levitón de cuero. Eso podía ser una pista. Hay maridos que no se sacan el abrigo cuando están en la casa, como un modo de decirle a la mujer que sienten frío, o que se sienten incomprendidos, o cualquier cosa por el estilo. Esta mujer debía de ser proclive, pensaba el cura, a captar esos mensajes, y a alimentar un fenomenal rencor por ellos. Y ahora, en plena depresión de post-parto, no sólo lo estaría notando sino que se lo haría saber a su marido, en los términos más destemplados. Tendría que ser testigo de una riña. ¿Para eso lo habían traído? Como si no tuvieran otra cosa que hacer, otro ser del que preocuparse (si es que todavía no había fallecido, lo que no serviría más que para acentuar la histeria de esta harpía). ¿Podría hacer algo para interponerse? ¿Decir, por ejemplo, que el Señor perdonaba? No serviría de nada; estaba en una posición de completa impotencia. Salvo que lograra desviar la atención.

"Agarraste un piche", dijo la mujer con su voz chillona y sin asomo de pasión, como quien constata un hecho real e indudable, como era real e indudable éste a despecho de haber tenido lugar en el circo de las sombras espesas y los ventarrones cruzados. Pero sucedía, y esto el cura lo advirtió con estupor cercano al espanto, que se habían olvidado el piche en el sulky, por lo que el hecho en cuestión, con toda su realidad, quedaba oculto en las tinieblas, más impenetrables todavía que



las de la noche, de un par de recuerdos olvidados. Estaba en presencia de una adivina: la vieja tenía percepción extra-sensorial. El matrimonio había fructificado al fin de cuentas, y ya no era cuestión de contabilizar los partos. Adivina de las peores (casi bruja): de las que se especializaban en nimiedades caseras, y no fallaban nunca, ni dormidas. Pero el cura, que en el fondo era escéptico como todo paranoico, tuvo en cuenta fugazmente la otra posibilidad: que le estuvieran tomando el pelo, que este último bocadillo de la mujer estuviera pensado para ser dicho ante el animalito, que el idiota de su marido se había olvidado de bajar del sulky, y ella, más idiota todavía, repetía en falso, sin el animalito. Claro que para que las cosas fueran así tendrían que haber puesto el piche adrede en el camino, y eso les habría resultado más difícil (pero no imposible).

"¡Me lo olvidé en el sulky!", exclamó el vasco, y después, con toda inocencia, le preguntó: "¿Cómo te diste cuenta?"

"A ver con qué sale ahora", pensó el cura. Estaba de veras interesado, casi sin alarma.

"Por la marca." "Ah." ¡Eso lo explicaba todo! ¡Por la marca! ¡Claro! La marca... Pero ¿qué marca? El vasco se miró la espalda por encima del hombro; la mirada del cura, de más está decirlo, siguió la misma dirección, pero sin torcerse como una culebra gorda. En el cuero marrón oscuro del levitón, espolvoreado de caliza por el revolcón (el viento, que todo lo arrastraba, no había sido capaz de limpiar la prenda) estaba impreso con alucinante nitidez el óvalo inconfundible del pequeño acorazado. De modo que esta aguerrida parturienta era una Sherlock Holmes. No se necesitaba mucho cacumen, claro está, porque la marca saltaba a la vista. Pero había que verla. Y sumar dos más dos. Lo más notable había sido



la naturalidad de la observación, como si fuera la esposa de un consuetudinario cazador de piches con el método del salto mortal y el aplastamiento. Una marca más, como hacían los aviadores en la Gran Guerra. No había que descartar la posibilidad, pero habría sido raro que sucediera dos veces en la vida.

"Voy a buscarlo y vengo", dijo el dueño de casa saliendo de prisa. Aunque abrió y cerró la puerta lo más rápido que pudo, un chorro de viento frío hizo su espiral en la cocina. La mujer se estremeció, y dijo: "Qué noche". El cura se sentó asintiendo. Ella se quedó de pie. Inició sin más una explicación general; la demora se había debido simplemente a que había estado abstraída con el pensamiento del piche. El cura se reprochó, como hacía con tanta frecuencia, su barroquismo. Debía recordarse siempre que estaba entre gente simple, casi inocente, sin repliegues. Se citó mentalmente una parábola, favorita de él, de su autor favorito, Constancio C. Vigil: un viejo hermitaño con fama de sabio era visitado por toda clase de gente con problemas, y todos volvían satisfechos porque el consejo siempre era el adecuado, el iluminado. Lo que nadie sabía (y aquí el cura creía oír las palabras mismas del autor) era que el viejo estaba más sordo que una tapia, y se limitaba, cuando el consultante dejaba de mover los labios, a dar siempre el mismo consejo: "Simplifica, hijo, simplifica". ¡Qué profundidad, lograda con tanta economía! Más de una vez él mismo se había propuesto, o mejor dicho había fantaseado, mejorar el cuentito, hacerlo más agudo: por ejemplo haciendo que lo que parecía un viejo fuera en realidad un montón de basura (aquí plagiaba, con pleno conocimiento de causa, pero qué le iba a hacer, a Max Jacob) y lo que parecían sus palabras fuera el silbo del viento entre una lata de sardinas y una cáscara de banana. Pero más le valía no hacerse ilusiones: así la parábola perdía toda su gracia,



se volvía una rotunda pavada. Lo que un escritor ha inventado, no puede volver a inventarse. Puede, pero sale mucho peor.

Pues bien, simplificado, precisamente, casi en sentido algebraico, que hubo quedado el punto del piche, la señora pasó a lo que tenían entre manos, que en su concepción algo desplazada de la hospitalidad fue: "Voy a traerle una silla, ¡no se va a sentar en ese banco!" Cansado, sin ánimo para iniciar una discusión sobre semejante cuestión, el cura se limitó a decirle "No se moleste", pero sin subrayar, como diciéndole "Hágalo", es decir: moléstese. Si eso le daba placer, que lo hiciera y se desangrara. No sería un acontecimiento del todo extraño a la serie de la noche. La mujer desapareció y volvió en un santiamén, cargando con dificultad una silla bastante episcopal, probablemente la única que tenían en la casa; a juzgar por lo breve del lapso, se diría que la había tenido preparada ahí nomás, a la vuelta de la puerta, lista para su aparición. El cura se la quitó de las manos y la puso en un sitio cualquiera. Los perros, silenciosos, se levantaron y fueron a olerle las patas. Quién sabe qué olores tenían las patas de una silla; no, seguramente, los que podían recogerse en prados y sotos, salvo los de los sueños, y esta gran silla tallada parecía un buen personaje de sueños.

El vasco, a todo esto, no volvía. Imitando tímidamente a la dueña de casa, el cura dedujo que había aprovechado la salida para guardar el caballo a buen recaudo.

"Mi señor padre", empezó la mujer ceremoniosamente (siempre de pie), "ya mi esposo le habrá dicho lo que ha pasado."

"Sí, me lo dijo." "Entonces podrá imaginarse el momento angustioso que estamos pasando." "Su marido no me pareció especialmente angustiado. No más que

en otras ocasiones. Pero es cierto que se trata de un hombre práctico." "Los hombres en esta materia no sienten lo que las mujeres." "Eso es obvio, señora. Aunque he leído que hay tribus salvajes... Pero dejemos eso. ¿Sufrió mucho?" "¿Yo?" La pregunta descolocó totalmente al cura. "¿No fue usted la que tuvo al chico? ¿O fue un nieto, y yo entendí mal del principio al fin de la historia?" "Fue un hijo, no un nieto. Fui yo la que parió, si eso es lo que me preguntaba." "En realidad, lo daba por supuesto." "Sufrí un poco más que en mis partos anteriores. Pero no excesivamente." "Enhorabuena, hija. A propósito, ¿y el crío?" "Está dormidito, creo." "¿Quién tuvo la idea de hacerlo bautizar esta misma noche? Su marido, o...?" "¡Yo, yo, todo salió de mí! Es que tengo miedo de que se me muera. No sería la primera vez, y no quiero tener el peso en la conciencia." Parecía exaltada. "Muy loable propósito", dijo el cura tratando de calmarla. "Lo malo es haberlo sacado a usted de la cama en una noche tan horrible." "Por eso no se preocupe. Lo han hecho antes por motivos mil veces más fútiles."

Entró el vasco, como una ilustración de la última frase, con el piche pendiente, aferrado por la colita. Seguro que había doblado la bolsa de arpillera y la había dejado en su lugar, abajo del asiento del sulky, para el próximo. Se lo mostró a su cónyuge, y ya que estaba, al cura; éste no había observado nunca la parte de abajo de un piche: era un pellejo gris muy terso, interrumpido por un pitín bastante largo, perfectamente conspicuo. El vasco, quizás consciente de pronto de lo impropio de esa visión, de un golpe de muñeca lo dio vuelta: la convexidad córnea, de estrías peludas, era, como bien podía haberlo supuesto, todo lo contrario. "Lo voy a carnear", dijo. Explicación necesaria, dentro de todo, porque también podía haber hecho otra cosa. El animal no había muerto. Otro detalle que convenía tener en cuenta. Las grandes



asfixias de la noche cruel no habían funcionado, después de todo. Y eso significaba que lo mataría ahora, así de simple, como un silogismo. Porque un animalito silvestre, vivo, no servía para nada; muerto, se lo comían. La asfixia no se aplicaba, sólo el cuchillo. Este último elemento era el que sacaba Mariezcurrena de una vaina de cuero rojo, sin soltar la cola del piche, lo que lo obligaba a manipular el instrumento con una sola mano, la derecha. No necesitaba la luz blanca de un quirófano para la operación; le bastaba con el suave resplandor de la lamparilla, que seguía en el centro de la mesa. La señora apartó la vista de su marido. Buscó los ojos del cura, y comenzó a relatarle tranquilamente el parto.

"Hoy cuando empezaba a levantarse el viento, una oca se largó a gritar como nunca antes la había oído. Y eso que son bastante escandalosas de por sí. Una vez un perro se comió un ansarón, para nuestra gran sorpresa, con plumón y todo; la madre lo buscó dos días enteros, metódicamente, y después, recién después de convencerse de que no lo encontraría, se puso a gritar de un modo que me destrozaba el corazón. Esta vez era distinto. Yo estaba haciendo la leche. Recuerdo haber pensado: 'la oca gallarda se enfrenta a un peligro que sólo es peligroso para quien terminará comiéndosela asada'. Cuando salí a ver, cuál no sería mi sorpresa ante la escena. La oca, podía decirse, estaba cuidándose de las embestidas de un fantasma perfectamente redondo. La luz ya declinaba, pero el viento mismo parecía traer unos reflejos de gris más brillante, fulguraciones de Dios con toda seguridad, pero en el resultado general amenazantes y siniestras, si uno tomaba en cuenta los silbidos, los gritos de la oca, y lo que estaba pasando. Una bola nevada y fosforescente, del tamaño de una cacerola, saltaba livianísima de aquí para allá por todo el cuadrante, desobediente al viento mismo que la movía, y atraída



por la cabeza de la oca, a la que erraba cada vez por milímetros. La pobrecita estaba muy alarmada, y no era para menos. Hasta yo me habría puesto a gritar, si hubiera tenido pico. Pero la calma hace maravillas; y si la maravilla que estaba presenciando había nacido de la falta de calma, la razón dependía de aminorar los nervios. Hice un esfuerzo mayúsculo para sobreponerme al susto. Traté de que mis ojos vieran sólo el esqueleto de la verdad, y no ese brillar frenético del crepúsculo. ¿Era la luna expulsada del cielo, entregada a cacerías bromistas en la tierra? ¿O era el sol pálido del crepúsculo que al tocar tierra había rodado hasta nuestro corral, para asfixiar como un pompón fofo la cabecita de gran pico abierto de la guardiana ruidosa? ¡Otro brinco! y la oca con las clarinadas cada vez más desesperadas. ¡Otro más! desde el otro lado, y casi rozaba la calva blanca, el cuello ya tieso del terror. Entre tanto, mi esfuerzo por serenarme no había sido en vano. Hasta que pude comprender lo que pasaba. No era el sol ni la luna, ni una emanación siquiera de las alburas violentas de un partido de foot-ball. Era la leghorn clueca, que había sido desprendida de la tierra por el viento al levantarse, y tenía replegadas las patas, la cabeza, y hasta la volantita palmeta de la cola, por prudencia. Podía decirse que ciega, y levitando, era como bola sin manija, al azar de los hijos del aire. La oca solamente estaba en el medio. Peores cosas podrían haber pasado. En otras circunstancias, me habría reído con ganas."

Un horroroso chillido interrumpió la narración en ese punto. El vasco, sosteniendo al piche cabeza abajo por la cola, le había clavado en el cuello la punta de un cuchillito fino y oscuro. Al sacarlo brotó un chorro del rojo más brillante y espeso. Se diría que ese color absorbía a todos los otros, y daba la clave de los armónicos flamencos de la penumbra. Era un solo grito, como la

bestezuela nunca había proferido otro en su vida. Su canto del cisne, con toda seguridad. Tardaría unos minutos en desangrarse del todo, y no dejaría de chillar entre tanto. La señora, con un suspiro, provocado más por sus recuerdos que por este incidente, que la dejaba totalmente fría, retomó el cuento que le estaba haciendo al cura.

"¿Adónde iba? Hoy no soy yo misma, y en parte se justifica, señor."

"La oca era...", balbuceó el cura.

"Ya me acuerdo. Y no era una oca, era una gallina toda arrepollada. Quiero decir, la que hacía de proyectil. Yo había salido a ver, atraída por los gritos, ahí sí, de la oca, y recién repuesta del sobresalto, que mucho me costó, comprendí lo que había pasado. En ese momento, y tras una finta de parálisis ansiosa, el gran cuello de la gansa dejó pasar esa bola plumosa, que esta vez brincó las bardas y se fue lejos, sopladísima. Por mi parte, la habría dejado marchar con gusto y habría ido a encerrarme, porque el viento crecía y estaba oscureciendo de modo pavoroso, pero reaccioné en favor de las dos docenas de huevos que la leghorn estaba empollando. Lamenté haber metido en una bolsa a la otra clueca que tuve simultánea, y haber colgado la bolsa del cordel, dos días, hasta que se le pasó. ¿Tirar veinticuatro huevos? ¿Por qué, no habiendo motivo? Salí tras la bola-gallina, medio sostenida por el viento, pero con el delantal en la cara. Tuve un pasmo de frío, y un calambre superlativo en las ingles: una tijera, verdaderamente. Pero no estaba para pensar en mí, y ahora me arrepiento, señor. Pero vi ese copo de nieve indefenso, que se alejaba, y como si yo también pudiera alzar vuelo salí corriendo a recogerlo, para que no se perdiera. La oca se había llamado a silencio. El viento me ayudaba: pero me ayudaba a alejarme. De pronto las ráfagas se hicieron fatales, grotescas. La leghorn giró hasta hacerse pequeñita como



la luna en una gota de agua, como si la lejanía la desovillara. Era, para mí, el punto de renunciar. Pero no fue así. Porque como se la había llevado, el viento la trajo. No exactamente a mis manos, pero cerca. Trajiné hasta allí, y después un poco más, porque se me escapaba. ¿Valdría la pena? Cualquier otra habría creído que la gallinita había perecido, pero yo no. Lo cierto es que la cacé, y volver a casa me resultó bastante difícil. Directamente, ya tenía contracciones. La metí en el nido, y cerré, sin esperar siquiera a que sacara la cabeza de algún punto de la esfera. Antes toqué ligeramente los huevos y los sentí helados. 'Todo en vano', me dije, aunque siempre quedaba una esperanza. Me metí adentro y seguí haciendo la leche, muy preocupada porque me desgarraba toda. Lo peor era que recién estaba a seis meses. 'De ésta no me salvo', pensé, con bastante pesimismo. En fin, para no hacerle más larga la historia, a las tres horas, en lugar de estar cocinando la cena, ya me habían dado las 'moscas', que eran más bien chimangos y loros."

Con lo que terminaba el relato preliminar del parto. El piche se había desangrado, y el vasco le dio unos fuertes golpes en la caparazón, quién sabe con qué fin.

"Mi marido se sintió acobardado por el modo en que sufrí, y para ser sincera, yo también. Para colmo, esta noche. Cuatro horas de tironeo, y en esos momentos prefería estar sola. Y dos más entre presentimientos y fantasías. Hoy oscureció temprano, y uno no se da cuenta. Pero yo conté cada tranco de viento, debo de haber sido la única en todo el Pensamiento. Es que se me había roto la bolsa un rato antes, y perdí el agua sin darme cuenta en realidad. Cada contracción era como si me incrustaran cadenas en la sangre. Me senté y miré. Una se siente desesperada cuando..." Los sollozos la hicieron callar.

El cura, que en cada nuevo desarrollo del relato se había sentido tentado de interrumpirla mentalmente diciéndose "está loca", y se había contenido cada vez (porque siempre que una mujer habla durante cierto lapso, esa tentación está presente, y siempre hay que combatirla), al llegar a lo que parecía, y al fin fue, el punto final, pensó demoradamente: "está loca", y después, con mucho cansancio: "reloca". Pero sobreponiéndose, quiso formulárselo con más precisión: "La locura", pensaba, "uno la atribuye casi siempre a lo que esta buena señora llamaría las fantasías pesimistas. Yo la atribuyo a mi paranoia, otro podría hacerlo a un exceso de imaginación, a un natural exigente, a la falta de experiencias más variadas. Pero hay un momento en que debe reconocerse que la locura existe, y que la tenemos frente a las narices. En ese momento estoy, y no termino de admitirlo. Hay gente que está loca, y eso es algo real y cotidiano. Solamente, hay que convencerse. Y es difícil. Ni siquiera esto que veo y oigo termina de convencerme; parece que me convence, pero un soplo puede llevarse esa convicción y dejarme como antes. Estoy frente a un muro que se ha disfrazado de espejismo, y no atino a levantar la mano y tocarlo; o lo hago, y al instante pienso que lo soñé. De acuerdo, no puedo creer que esta mujer está loca, porque si lo creyera me vería metido en un prolongado encadenamiento de creencias que me llevaría muy lejos, demasiado. Y con Mariezcurrena pasa lo mismo: se encierra en la pretensión de que todo es ficticio, y así puede pasar el resto de su vida, cómodamente al lado de una demente, ¡y ninguno de los dos lo sabe! Todos los matrimonios pasan por eso. Y a la vez no pasan."

El piche ya estaba carneado, salado y colgado en la jaula, lo que constituía a su modo un prodigio de velocidad, teniendo en cuenta que la mujer había hablado muy rápido, y el cura a continuación había pensado mu-



cho más rápido todavía. Se lavó las manos y vino a la mesa. Se había sacado el levitón, y tenía una tricota tejida a mano. "¿El señor cura me acompañará cuando lo ase?" "Soy más sencillo, o más convencional, en el paladar", respondió el invitado con una transparente excusa. Esos tatús eran lo más asqueroso que podía comerse. Preferible ayunar. "¿Y perdices?", insistió el vasco. "Eso es otra cosa. Aunque tiene mucho huesito quebradizo, y un día se me ensarta la úvula y no cuento el cuento. ¿Tiene muchas en sus cuadros?" De eso precisamente quería hablar el buen vasco. Al parecer su existencia se había visto modulada por las fluctuaciones de su pasión de cazador. Ponía en el tema ese interés ya de segundo grado, interés en su pasión, casi desinteresado del tema en sí, de lo real del asunto. Lo que lo intrigaba actualmente era las alternancias de la cantidad de perdices en su campo y en los vecinos. Por épocas eran una rareza, o abundaban. Nadie se lo había podido explicar a su satisfacción. "Y sin embargo", dijo el cura, "nada más simple. Como todos los seres vivientes, las perdices tienen un ciclo de reproducción que afecta, como es fácil suponerlo, su cantidad." "Perdón", respondió el vasco mostrando una sonrisa socarrona, o así le pareció a su interlocutor, "no me refería a las épocas del año, sino a años distintos." "Aun así es comprensible: circunstancias climáticas, o accidentes, pueden afectar la cantidad de un año a otro." "¿Por ejemplo?" Lo socarrón persistía. El cura estaba determinado a llevar el argumento a sus últimas consecuencias si fuera necesario. "Por ejemplo, supongamos que un exceso de lluvia, o una seca, hace disminuir la cantidad de ejemplares. Es lógico que los hijos de menos, sean menos." "Es lógico, sí, ¿pero qué quiere decir 'disminuir la cantidad'? ¿Que se mueran? Yo nunca he visto perdices muertas en el campo, ni con lluvia ni con seca. Y aun cuando se mueran: no deberían morirse, todos los ejemplares que



mueran, al mismo tiempo; pueden seguir reproduciéndose entre tanto. Inclusive si mueren machos, pueden haber fecundado a las hembras, y tener hijos póstumos. La cantidad de ejemplares vivos no depende de la supervivencia de la generación anterior." Esto último le pareció al cura un tremendo sofisma, pero lo dejó pasar, para no entrar en bizantinismos; prefirió atacar en un punto más concreto: "Pero a los muertos, sean de la generación que sean, hay que descontarlos de la cantidad general, que no se agota en los recién nacidos." Y el vasco, triunfante: "Usted me está concediendo entonces que la abundancia o escasez no depende de la reproducción." Con furia helada, subrayando pesadamente, el cura observó: "Creí que hablábamos de *perdices*, no de *números*."

Con fingida volubilidad, el vasco pasó al tema de la balística. "Las balas", decía, "son como los mamíferos, no como las aves. Son proyectadas desde un interior en cierto modo cóncavo. Entonces no entiendo por qué los mamíferos no son redondos como las balas." "No todas las balas son redondas." "¿Y cómo son entonces?", preguntó Mariezcurrena con la estúpida sonrisa sobradora del que cree saberlo todo. "En punta", respondió secamente el cura. "Nunca he visto. Pero claro, yo he visto poco, aquí perdido en mi rincón rústico. ¿Y hacia dónde apuntaría esa punta?" "Hacia adelante, evidentemente." "De lo que puede deducirse, supongo, que la punta llega antes que el resto." "A la víctima le da lo mismo que llegue antes o después." Un largo silencio. Sobrador, más sobrador que nunca, el vasco dijo cautelosamente, para no ofender a su invitado: "O sea que es una esfera sin punta ni no-punta lo que actúa como bala." El cura no se dignó contestar.

"Soy un mal cazador, a pesar del placer que obtengo del entretenimiento", dijo el vasco: "no tengo la paciencia adecuada." "Tendrá la inadecuada entonces", le res-

pondió el cura, "¿pero qué diferencia hay entre una y otra?" "No debería haber ninguna, porque la paciencia es lo adecuado en ciertas ocasiones. En otras, inevitablemente, falta. He ahí el modesto enigma que me planteo acerca de mi actividad de cazador." "A ver", dijo el cura, resignado. "Si uno se planta en medio del campo, con la escopeta en las manos, y no hay una perdiz delante, mal puede cazarla, ¿no? Ahora, si uno tiene enfrente una perdiz, no hay más que apuntar y tirar." "¿Y dónde interviene la paciencia?" "¡Eso justamente es lo que yo me pregunto! Yo nunca salgo a buscar perdices: eso me aburriría. No tengo paciencia para ser cazador." Se quedó esperando la objeción, para la que ya debía de tener pronta la respuesta, pero el cura no le dio el gusto. Prefirió darle un poco de su propia medicina: "Dependerá de la cantidad que haya en el momento. Si esa cantidad es suficiente, siempre aparecerá una en el momento adecuado." El vasco reflexionó un momento: "Todas las perdices son iguales, nadie podría distinguir una martineta de otra, o una copetona de otra... Y cuando uno dispara y la mata, no dice: maté a ésta, maté a aquélla; dice: maté a la primera, a la segunda, a la tercera." "¿Y si mata a una sola en todo el día?" "En ese caso, será *la primera*." "Supongamos", dijo el cura, "que un cazador que nunca haya cazado una perdiz salga al campo con su escopeta y antes haga la promesa de matar una sola perdiz, y nunca en su vida volver a matar otra." Mariezcurrena cayó en la trampa: "En ese caso, será *la perdiz que estaba en ese lugar en ese momento*." "La dificultad subsiste", tuvo que reconocer el cura: "las perdices constituyen una colección virtualmente infinita, de modo que mal se podría salir a buscarlas, con o sin paciencia." "Qué curioso", comentó el vasco taimado, "porque sin paciencia los cazadores nunca habrían tenido éxito, y hoy los animales reinarían en el mundo." "La paciencia no es la virtud

del que busca, sino del que encontró. Cristo no habría sido Dios sin ella. Y El no se precipitó sobre la cruz, ni salió a buscarla por los caminos. La divinidad es la especie de las especies, la Gracia es la punta que nunca resulta una esfera, y el Espíritu se manifiesta donde los abismos son infranqueables, y los salta la virtud por milagro." Con su pericia habitual, había producido un punto final cuando más comprometida era su situación. Había advertido que podía generarse una querella acerca de la propiedad de "buscar" y de "encontrar" referidas a los individuos de una serie infinita: buscar era lo teologal, encontrar lo agnóstico, y no estaba dispuesto a dejarse arrastrar a concesiones de las que luego se habría arrepentido. Aun cuando la herejía quedara muy mitigada por tratarse el vasco, en el fondo, de un ingenuo y simple campesino que sólo trataba de pasar el rato. Los chacareros, con fama de reservados, eran en realidad locuaces hasta la exageración.

Mariezcurrena hizo el siguiente inocente comentario, que a su modo implicaba también un resumen, más profano, del asunto: "Encontrar una perdiz, en mi caso, equivale a matarla; y si mato una, disminuyo la cantidad general. Si la colección fuera de veras infinita, el número de presas muertas podría ser infinito también, lo mismo que el número de las que nunca aparecieron frente al caño de mi escopeta. Y esos tres infinitos, equivalentes y contenidos unos en otros, son análogos a la Santísima Trinidad. A veces me pregunto si para la perdiz el tiro que la mata será tan sorpresivo como para nosotros el tableteo de una perdiz que levanta vuelo cuando vamos caminando distraídos, perdidos en nuestros pensamientos."

El viento, afuera, insistía. Era una lección para la gente que hablaba. No variaba sus argumentos, no mostraba interés en convencer a nadie de nada. Y no se manifestaba en vano. Su presencia era su acción, y cuan-



do dejaba de actuar desaparecía. Los tres personajes sentados en la cocina se habían quedado inmóviles: los tres oían el ruido del viento, afuera. Había aumentado mucho su violencia, tanto que la casa parecía subsistir sólo al margen de sus corrientes, porque en medio de ellas nada habría quedado en su lugar. Era como si el mundo se alejara (y los últimos razonamientos, por fútiles que hubieran sido, contribuían al efecto). Ese gran silbido obtuso les llegaba como por la radio a galena; se habían sintonizado con su onda, eso era todo. "Me pregunto", dijo el cura, "qué efecto tendrá sobre el campo." "Ninguno", dijo simplemente Mariezcurrena, y como esa declaración exigía un desarrollo de algún tipo, se explicó: "La intemperie está hecha para resistir a estas inclemencias, porque fueron ellas las que la modelaron. La destrucción no existe en la naturaleza. Los hombres levantamos refugios, y nos dedicamos a lo que necesita refugio. Si somos eficaces, no necesitamos preocuparnos; si no lo somos, es culpa nuestra. No vale la pena preocuparse. Ni siquiera se pueden sacar enseñanzas provechosas: el clima es demasiado imprevisible. Esta noche, el viento bajó: podría ser que haya actuado sobre él la fuerza de gravedad, por la cual, según dicen, las cosas caen hacia la tierra. Claro que hay tantas cosas en el cielo que no caen, que es como para ponerlo en duda. Mañana, puede suceder lo contrario, y la altura se llevará lo que nos incomoda." Esta apología de la indiferencia le pareció descortés al cura, y lo indujo a hacer el siguiente comentario intencionado: "Su señora, en las circunstancias que debió enfrentar bajo este viento, quizás no se sienta inclinada a mostrar la misma tranquilidad. Su estoicismo debería merecer algún reconocimiento." El gesto del vasco pareció querer decir "no soy yo el indicado". La mujer, que se había mantenido bastante atenta a la conversación, aunque no sin dar alguna muestra de fatiga, tomó la pala-



bra: "Es curioso, después de todo, que el viento haya arrastrado a la gallina y no a los huevos." "¿Estaban todos?", le preguntó severamente el marido. "No los conté, pero al primer golpe de vista me pareció que no faltaba ninguno. Como si hubieran estado clavados en el suelo, es decir en el nido." "¡Clavar un huevo! ¡Qué idea!" "¿Más café, padre?" "No, señora", respondió con una sonrisa cansada, tratando de mostrarse afectuoso. De pronto sentía sueño, le dolía la cabeza, le ardían los ojos. La mujer se le aparecía bajo una luz distinta, más impresionante que un rato antes, cuando se creía más lúcido. Si antes la había tomado por loca, ahora había dado un giro completo. "Un hombre sólo se puede considerar inteligente", pensaba, "cuando ha aprendido a tomarse en serio las intenciones de las mujeres. Es difícil atreverse a tanto. Y sin embargo, son esos hombres, y sólo ellos, los que hacen la historia. Cuando un inocente como yo, un célibe, avizora el pasado, debe hacer un prodigioso esfuerzo mental; en esos momentos, si alguien se ubicara en su cerebro como espectador, vería titánicos movimientos absurdos, y creería hallarse en la cabeza de un loco." Se dormía. El silencio en el que había quedado el grupo era propicio a la somnolencia. Afuera, el temporal llegaba a su clímax. Los perros, como es costumbre de ellos, estaban dormidos y despiertos a la vez. De uno, el más grande y bello, emanaba un olor extraño, agradable. Debía de ser una perra, en celo con toda seguridad. La pelambre le crecía de modo mágico, y se rizaba infinitamente... El cura cabeceó, en el sueño fugaz, y abrió grandes los ojos. Los acontecimientos que se preparaban ahuyentarían el sueño con terminante eficacia, por el momento.

Con movimientos de autómata, el cura sacó unos objetos del bolsillo y los depositó sobre la mesa. No menos mecánicas, las miradas del señor y la señora Mariezcurrena convergieron en el mismo punto del mueble. Uno de los objetos había hecho un ruido al tocar la madera forrada en hule, el otro no; un minúsculo cáliz de plata, con tapa a rosca, y el cintón bordado. El recipiente metálico, obviamente un dispositivo para transportar el agua bendita (era más práctico que bendecir otras aguas in situ), tenía la forma de una copita de pie, de no más de cinco centímetros de alto. En la tapa superior, un círculo de dos centímetros de diámetro, tenía en relieve una paloma eucarística y la inscripción CAELOQUE BEBISTI AQUA MUNDI. A los costados, también en relieve, un Juan Bautista bautizando a Cristo; haciendo girar la copa se veía otra vez la escena, pero invertida, lo que sugería al espectador que la copa minúscula se trataba de un lejano descendiente del reloj de arena. El pie, ligeramente cóncavo, al extremo de un fuste de plata maciza sin tornear, también tenía tapa a rosca abajo, sin relieve de ninguna clase para no alterar el equilibrio, pues al fin de cuentas por ahí se paraba. En ese segundo recipiente podía guardarse sal. El cura, en sus expansiones, la llamaba "la cigarrera de convidar cielos", y al hisopo, que esta vez no había traído, "el narguilé de los difuntos". Una vez la copita se le había perdido. Al volver no la encontró en el bolsillo. Recordó que había pasado por un arroyo crecido, a caballo, y que un tropiezo de su cabalgadura en la mitad del lecho lo había sacudido con fuerza. Seguramente se le había caído ahí. Pensó en hacer dragar de algún modo



ese sector del arroyo (por su peso, la copita no podía haberse ido muy lejos), pero era una locura, sobre todo en esa estación, que era la de las lluvias. Al día siguiente las lluvias se interrumpieron, y sobrevino una sequía tan abrupta e intensa que al cabo de ocho días el arroyo estaba seco, y, prodigio mediante, habría sido muy fácil encontrar entre las piedras la copita, si ésta no hubiera estado en un maletín donde por distracción la había puesto el cura, y no en el bolsillo como lo hacía siempre, y donde la encontró entre tanto, haciendo relativamente (o del todo) inútil el milagro de la desecación del arroyo (que conllevó, como no podía ser de otro modo, el de un amplio sector de la provincia, causando graves inconvenientes a los chacareros). En cuanto al cintón, era blanco y violeta, y sin nada que lo distinguiera especialmente; en contraste con la plata, la tela se veía muy blanda. El nombre litúrgico de ese implemento era "estola". Fue sobre ella que se posaron las miradas entre ansiosas y estúpidas del matrimonio. El cura estaba decidido a hacer de una vez lo que había venido a hacer. No fuera a ser que el crío se muriera mientras ellos estaban dormitando ociosamente alrededor de la mesa; eso haría las cosas bastante más difíciles después. De hecho, no entendía por qué no habían procedido de entrada. Lo entendió, más o menos, cuando hubo por parte de los dueños de casa una vacilación, un deseo todavía informe de diferir un momento más lo que tenía a todas luces trazas de urgente. Fue la mujer la que se decidió a decirle, tratando de retenerlo un momento más: "El pobre niño que di a luz no tiene muchas posibilidades de sobrevivir..." "Más razón para no seguir con demoras", pensó el cura, mientras la mujer proseguía: "Es bastante feo y enclenque. Le di algo de la poca leche de mi seno, justo antes de que ustedes llegaran, pero mucho me temo que no sepa tan siquiera mamar correctamente. Se lo ve demasiado



pequeño para hacer bien su papel de niño, todavía desproporcionado en sus miembros minúsculos, sin los ojos adecuadamente abiertos. . . ¡ni siquiera tiene voz! Por eso pienso que podría no durar en el mundo de los vivos. Mis otros hijos fueron sanos, fuertes, bien formados en el momento de nacer. Pero claro, yo era más joven, los embarazos se llevaron a término, las cosas fueron distintas." Lo estaban preparando para un pobre espectáculo. Era comprensible, después de todo eran los responsables de esa desdichada criatura. El padre dijo: "Lo importante en un recién nacido no es lo que se ve en ellos, sino el futuro que los hará semejantes a sus progenitores." "Sólo en El niño fue aparente el destino completo del hombre que sería, y que seríamos todos", dijo el cura; "pero esa operación fue suficiente, para que cada niño en adelante sea El, es decir una posibilidad infinita, que abarca a toda la especie, y a todas las historias." "¿Aun nuestro niño?" "Claro que sí. ¿Por qué iba a ser una excepción? ¿Porque es débil?" "Es algo. . . impresionante además. Casi parece deforme." "Todos los recién nacidos lo parecen", declaró el cura, terminante. "Este lo parece un poco más que todos", insistió la mujer, casi llorosa. "Más razón entonces", dijo el sacerdote, "para que su inclusión de las posibilidades humanas sea más amplia, más universal." Ellos parecían aliviados, como si les hubiera sacado un gran peso de encima. Pero todavía algo escépticos, lo que no podía extrañar tratándose de gente de campo, que son por definición los que no se convencen nunca de que están dadas las condiciones para dejar de preocuparse.

"¿Vamos?" El cura se puso de pie, y tendió el cintón, o sea la estola. Se la colgó del cuello con habilidad, y su aspecto cambió, se hizo más nítido. El mismo se sentía más despierto. Aferró el frasquito con determinación. Mariezcurrena y su esposa se pusieron de pie. Lo seguían

en la determinación, ya que necesariamente debían precederlo en el camino: él no conocía la casa, y tanto podía haber abierto, creyendo que era la que llevaba al dormitorio (o dondequiera fuese que tuvieran al chico), la puerta de la despensa, o, peor, la de la galería, y dejarse arrebatar por el viento. Sin embargo, fueron tras él, aunque abriéndole paso. A veces un gesto muy discreto equivale a algo tan rotundo como ir adelante. Además, habría sido difícil equivocarse: la cocina tenía nada más que dos puertas, una cerrada y una abierta. Hacia ésta fueron. "Usted primero", decía la actitud respetuosa de los anfitriones. Era la entrada de un laberinto, un pequeño velo de oscuridad tras el cual se extendía un misterio, y todos los misterios son equivalentes: no los hay mayores ni menores. El cura, por ejemplo, no sentía que el enigma (para él) de la disposición de las habitaciones en la casa de Mariezcurrena fuera trivial. Era momentáneo, y unos pasos bastarían para disiparlo. Pero en ese momento era misterioso. Y en ese misterio estaba el niño que esperaba el sacramento, respirando con suavidad, como un corazón del que por cierta virtud teológica emanaba toda una extensa vida extraña, novelesca.

Lo enigmático se desvaneció enseguida, por obra de la morfología simple de la casa. Habían cruzado un cuarto vacío, que servía para pasar a otros cuartos, y de allí al dormitorio, que tenía la puerta abierta y estaba más frío que la cocina. Con la lamparilla en manos de la mujer, que rengueaba un poco, y como iba atrás de los hombres hacía proyectar delante de ellos dos grandes sombras de rinoceronte. Una vez en el dormitorio se les adelantó, para acercarse al moisés, colocado sobre dos sillas. La cama estaba hecha, como si nada hubiera sucedido en ella. Un ligerísimo olor a sangre era el único rastro del parto. Hubo un instante de vacilación, que aprovechó la mujer para decir: "No sabemos todavía qué nombre

ponerle." El cura se desconcertó. No había pensado en ese necio inconveniente. Sintió ganas de encogerse de hombros, y lo habría hecho de no haberle parecido inapropiado. Era cosa de ellos. "No tiene tanta importancia", atinó a decir, "el nombre es secundario en el bautismo. Pero necesario, dentro de todo." "¿Rosario?", propuso tímidamente la madre, restregándose las manos con nerviosismo. El cura pensó de inmediato en los Cavallaro, un matrimonio italiano de Lartigau que ostentaba la curiosa propiedad de llamarse, marido y mujer, igual: Rosario. La propuesta no tuvo la aprobación del chacarero, que hizo un gesto de impaciencia, y preguntó: "¿Pero se puede bautizar y dejar el nombre en suspenso?" El cura lo pensó un momento; sentía que su respuesta era importante: "No", dijo al fin. No se dejaría tomar el pelo. En segunda instancia, contemporizador, repitió: "El nombre no tiene tanta importancia, sólo la tiene para hacer completo el bautismo. Los sacramentos no son requisitos legales, ni equivalen a tales; son los momentos que establecen la inocencia del cristiano respecto de la doctrina. Pero si insisten", terminó, "puedo bautizarlo sin nombre, como un desconocido." Eso los tranquilizó visiblemente, efecto que fue enturbiado por sus próximas palabras, que salieron como si se las dictara un demonio malévolo: "O bien puedo poner mi propio nombre como garantía, que como ustedes saben es Máximo, y admite el ardid de declarar que era un 'máximo' posible, sobre el que se habría de particularizar más adelante." "No, no", balbucearon los dos, incómodos: "no se moleste, padre." Podría perfectamente haber dicho "no es ninguna molestia", pero una voz interior le susurró que era mejor no hacerlo. Estaba intrigadísimo por la montaña de escrúpulos que levantaban frente a él. Era como si se reservaran algo, la clave sin la cual todo el intercambio se volvía cómico. Pero eso no tenía importancia (igual que el nombre, al

fin de cuentas) pues la situación, que se había mantenido tan largamente en una impasse, de pronto había tomado un ritmo vertiginoso. Aunque estaban quietos, era como si cayeran en un abismo, como si se precipitaran, dotados de alas, hacia un cielo negro. Y no podían albergar la esperanza de hacer un alto, o frenar la carrera, porque al estar la velocidad en el sentido, y sólo en él, cualquier iniciativa, aun la de matar el movimiento, no haría más que acelerarlo. De modo que había que seguir adelante, a costa de cualquier explicación si fuera necesario, y terminar de una vez con lo que habían empezado. Recordó lo que él mismo había dicho un momento antes, sobre la emanación del destino en un recién nacido; esa idea misma contenía una inagotable reserva de comicidad. Porque la equivocación era de rigor: prometerle un futuro de riqueza y poder a quien resultó ser un abyecto mendigo, o presuponer humildad y mansedumbre a un Napoleón. Inclusive acertar sería cómico, sobre todo si se acertaba hasta el último detalle. Lo cómico aquí estaba en (y era inevitable por) un deslizamiento brusco del tiempo. ¡Pero eso era lo que estaba sucediendo en este dormitorio! Salvo que en él, el deslizamiento era brusco, sí, pero sólo en una dirección, hacia adelante, era en realidad un empujón que se les daba a los actores no sólo para que salieran *al* escenario sino para que salieran *del* escenario, un empujón tan continuo como sólo el viento podía darlo, un viento que soplara en el transcurso de la noche igual que éste cuyo silbido oían silbaba en la extensión de la pampa. No había una mirada furtiva en el pasado; solamente se precipitaban hacia el futuro, enceguecidos.

La señora había dejado la lamparilla sobre la tapa de mármol de la cómoda. Se aproximó al moisés, y antes de alzar a la criatura se hizo tiempo para seguir disculpándose todavía más: no había llegado a hacerle

ropa, dijo, el crío se había saltado los meses. "Está bien, está bien", parecía decir el cura, "después hablará de eso con sus vecinas, hasta que se le seque la lengua si quiere. Ahora tráigamelo de una vez, así lo bendigo, y listo." Pero no hubo tal cosa. La madre no lo alzó. Se limitó a levantar por un borde el espesor de mantas dobladas y dejar visible al niño en cuestión, envuelto cuidadosamente en lo que parecía una funda de almohada, blanca y muy limpia. Previo a todo, el cura percibió un contraste que iluminaba la situación, la diferencia con los "bebés" que le llevaban a bautizar a la iglesia. En aquel entonces, para recibir el sacramento, a las criaturas se las disfrazaba de "bebés" franceses: vestido largo, a veces larguísimo, metro y medio de tubo de tela blanca, escarpines con perlitas, capotita, cintas, *passepartout* celeste o rosa, y tan fajados que parecían tablones. En este caso, la urgencia había impedido confeccionar el ajuar. Blando como un molusco (eso se notaba inclusive a través del lienzo que lo envolvía) asomaba la cabeza amoratada, gris, con una desesperación muda e inanimada, tanto más impresionante por ello. El cura no pudo impedir un movimiento de horror. Parecía que lo habían preparado demasiado, pero lo habían preparado demasiado poco (al menos, para lo que resultó ser real): no le habían dicho que era tan feo. Provocaba solamente asco, casi nada de piedad, y menos ternura. Con un innato sentido estético, que en este caso reemplazaba ventajosamente al amor en la gama de los sentimientos maternos, la madre lo había envuelto en prendas toscas, casi deliberadamente inapropiadas (no era tan obvio que no hubiera preparado el ajuar), para que chocara menos su animalidad informe. ¡Qué lástima que no hubiera nacido muerto! ¿Pero no era así? No: su aparente inmovilidad estaba llena de pequeños movimientos casi imperceptibles, como los de una transformación, que indicaban que la vida era uno de sus

atributos, quizás el único. El horror, razonó confusamente el cura, consistía en esa visión de lo oculto, de lo que por delicadeza se disimulaba de la vista un poco más, siempre un poco más; nueve meses no eran suficientes, seis menos. En el aturdimiento, pensó: "Nunca habría creído que éramos tan horribles, antes." No era sólo que tuviera los ojos cerrados todavía: eso estaba dentro de lo razonable. Era que no tenía ojos, o en todo caso los tendría en unos pliegues asimétricos de carne. Tampoco había nariz que pudiera tomarse en cuenta; había un agujerito, eso sí (uno nada más), en forma de ombligo, de un rojo pronunciado, y, se lo adivinaba, porque no se veía, palpitante. El cráneo, si de cráneo se trataba, estaba totalmente caído para atrás, y con unos surcos de gruesa pulpa grisácea que formaban otras caras adivinables. No era imposible que tuviera la nuca para arriba. ¿Qué diablos era eso? No podía sacarle la vista de encima, atontado. Para completarla, la madre desdobló la funda de almohada, y le mostró el cuerpo, quizás con la inocente esperanza de convencer al sacerdote con formas algo más humanas, o por lo menos no pasar tanta vergüenza. Esperanza condenada de antemano al peor fracaso. Brazos y piernas eran cuatro patitas del espesor de líneas, dobladas de cualquier forma y desmayadas. La única redención, y modestísima, estaba en los pies, que eran dos grandes patas de rana grises, con el dedo gordo (pero éstos eran flaquísimos) más o menos formado; los otros no. El torso era desmesurado, dentro de la escasez de todo, como inflado y violentamente corrido para un costado.

Y todavía faltaba lo peor. El cura lo presintió de pronto, y se explicó las vacilaciones por el nombre. Sabía, porque se lo habían dicho, que lo más impresionante en los recién nacidos era el sexo, por desmesurado y ruín a la vez. El de este ser debía de ser una fatalidad. No sabía qué esperar. "Apuremos de una vez este cáliz",

se dijo, y en voz alta, un poco trémula, le dijo a la señora: "Saque la venda." "¿La qué?", preguntó ella con cara de idiota. "La venda, mujer, la venda, ese... ombliguero." Se la sacó. Le había dado dos vueltas nada más, y una por entre las piernas, separándoselas horriblemente. Quedaron así al retirar la venda. El cura tuvo la desalentadora oportunidad de contemplar un sexo que tanto podía ser masculino como femenino. Su primer impulso fue decirse, como es natural: "Era hembra." Sin embargo, también era natural lo contrario. Eran suposiciones que no se implicaban. Lo propio de ese ser que de repente, a sus ojos, había perdido las propiedades necesarias para que se hablara naturalmente de él, era indiscernible, un revoltijo que más valía no mirar con atención (ya lo había hecho). ¿María? ¿Cristo? Ahí estaba el meollo. Sin decir media palabra se dio vuelta y enfiló para la puerta. Creyó ver que la madre arropaba de prisa al infante y lo dejaba en su lugar, sin sacarle la vista de encima a él, al cura, que se retiraba. El padre venía carraspeando, como si todavía no se decidiera a decir algo. Pasó con facilidad mágica la puerta, el cuarto-pasillo, y la puerta de la cocina, donde el fuego de la hornalla producía una oscuridad iluminada, y en ella los perros, moviéndose. Pero ya venían pisándole los talones los esposos Mariezcurrena, y les debía una explicación. Optó por la más simple: "Vamos a esperar a que se defina un poco más." Con eso pretendía zanjar la cuestión, pero no iba a ser tan fácil. Por lo pronto, la señora se había largado a llorar; no era necesario oírla para darse cuenta.

La lamparilla sobre la mesa, la estola y el frasquito en el bolsillo de la sotana, los perros echados: todo estaba como si ese paréntesis abominable no hubiera tenido lugar. Inclusive se sentían a gusto, cómodos casi, salvo por el aspecto moral, que había tenido motivo para fallar. Pero, si se juzgaba por lo que se veía, por lo pictórico,

o más bien lo enmarcado en la oscuridad y el viento, en la esfera imprecisa de luz amarilla dentro del cuadrado de la cocina, era como si se dispusieran a entablar conversación sobre un tema grato a todos. Y tan insondable es el enigma del corazón humano, tantas sorpresas tiene en reserva, que así era en realidad. Abrió el fuego, como correspondía, el padre de familia: "¿Debemos entender que se niega a bautizar a nuestro hijo?" No era exactamente una pregunta. Era un intento, bastante logrado por lo demás, de plantear la cuestión con la mayor claridad posible. Faltaba uno de los términos, sin embargo, y se ocupó de proporcionarlo el cura, dando de paso la respuesta: "Por el momento." "¿Podemos preguntar el motivo?" El obvio ya lo había implicado, y además estaba a la vista; ahora querían algo más. Decidió retroceder un paso: "La indefinición." El vasco: "¿Cómo define usted la indefinición?" El cura (retrocediendo otro paso, ya que estaba, o varios millones de pasos, metafóricamente, por supuesto, porque seguía sentado): "No se puede hacer entrar a lo indefinido en el campo de lo definido, o de otro modo perderíamos el pensamiento. La definición, y la indefinición también, es una pintura del mundo. Tradicionalmente, el pintor debía pensar antes de poner manos a la obra. Entonces la pintura se volvía un ejemplo del pensamiento, siempre una pequeña fábula al alcance de la mano. Uno creía poder vivir en esos paisajes chinos, o en esos interiores flamencos: el único requisito era pensar lo suficiente. Pero las bellezas inmóviles de la pintura se trasladaban dos por tres al mundo real, y el hombre veía nacer frente a él, incluyéndolo, el temblor melancólico de lo indefinido. Era el tiempo, del que el movimiento era la fábula, miniaturizada y conmovedora. Hoy tenemos la fotografía, que representa el pensamiento instantáneo, la captación de toda la luz del mundo en el momento de entender. Hay una luz, en-

tonces, que no nace, que directamente se introduce hasta el fondo de la más profunda noche, en la cual, ahora lo sabemos, ocurría el proceso de la pintura. Hoy, digo, tenemos la fotografía. Esta noche, tenemos el viento. El viento lleva y trae las cosas ante la vista; y si no las lleva, podría llevarlas. Por eso, no hay nada más pictórico que el viento. Los artistas de todas las naciones y de todas las épocas no han hecho más que pintar los fragmentos de ese gran viento virtual que, en última instancia, trae la luz y la oscuridad. El viento pliega lo que creíamos desplegado y abierto para siempre. Esos dobleces inventan, para beneficio del pensamiento, las perspectivas, y el tiempo se difunde por el espacio. Si yo digo: 'en medio de la noche de invierno más oscura y borrascosa', me refiero a una gran definición fotográfica, y en ese 'en medio' reside la indefinición por nacer, el miedo a la muerte, el borrón."

De acuerdo, de acuerdo, todo eso estaba muy bien para la filosofía, ¿pero dónde estaba la relación, por favor? El matrimonio Mariezcurrena estaba como quien corre peligro de perder el tren. ¿Qué tenía que ver el discurso con su hijo? Si nada, no estaban para perder el tiempo; si algo, querían saberlo. Saberlo, no que se los dijeran. Haber viajado en tren toda la vida, y recordarlo plácidamente. "¿Acaso tiene miedo de que resulte un gato, un murciélago, un canguro?", preguntó el vasco. El cura aspiró hondo: "¿Y qué tendría de malo que lo temiera? La función del bautismo es justamente la preservación de lo humano como humano, por acción de los símbolos. En ese campo, toda precaución es poca. Para decirlo de otro modo: en algún momento debí optar entre equivocarme siempre, o no equivocarme nunca. No sé cuál de las dos opciones elegí, pero sé que fue una, y sólo una de ellas, la que se volvió desde entonces mi único camino posible." "Pues debo decirle, señor padre", dijo

el chacarero conteniendo la indignación, "que esta vez no ha dejado de equivocarse de plano, porque resulta que nuestro hijo no es nada que no sea humano —no sé si me explico." El cura lo pensó. El hombre tenía razón; ¿pero cómo hacérselo entender? Prefirió un camino indirecto: "En unos pocos días lo demostrará palpablemente, estoy persuadido de ello. Entonces recibirá el bautismo." "¿Y si se muere antes?", dijo la mujer, que entre tanto había dejado de llorar. "Confío en que no será así", dijo el cura, que confiaba precisamente en lo contrario. "¿Pero habrá un umbral para lo que usted encuentra humano? ¿No retrocederá más bien infinitamente, ya que el señor ha preferido colocarse un paso más acá?" "Dios sabe", respondió el cura, "que no lo he 'preferido'. Simplemente me he tomado el trabajo de pensarlo, y resolver la pequeña adivinanza." Sonaba un poco frívolo, dicho así, pero no le importaba. El vasco entrecerró los ojos con insidia: "¿Qué adivinanza? ¿Acaso usted sabe... lo que nosotros también ignoramos?" El rostro del cura se cerró como si cayera sobre él una avalancha de piedras. De eso prefería no hablar. Como Henry James, tendría que dar los más interminables rodeos para evitar hablar del sexo. Como lo había dicho antes, la primera prioridad era preservar su pensamiento. El gesto, o la intención, tuvo la mágica virtud de agotar el tema de conversación. Quedaron en silencio largos minutos.

La señora, de pronto, estaba hojeando una revista, sin prestar mucha atención pero con firme deliberación, como si quisiera cambiar de tema. Resignada a la negativa del cura, y dando el tono a la reunión. Su marido la miró, y dijo de pronto: "Quizás el padre nos pueda sacar de la duda con esa historia..." "En eso estaba pensando", dijo ella levantando la vista. El cura se interesó. Miró a uno y otro. Ella buscó rápidamente unas páginas de la revista, cuya ubicación conocía perfecta-

mente. Era un ejemplar de hacía un año de *Campo Argentino,* una revista de aquel entonces, de interés general pero destinada, pese a su nombre, a mujeres de los pueblos bonaerenses, en uno de los cuales se editaba. Era raro el hogar de la zona que no tuviera la colección completa (era mensual, y hacía unos pocos años que aparecía); el cura, que por supuesto no la compraba, había hojeado aquí y allá algunos números, y se le habían ido las ganas de profundizar en su conocimiento. Era una publicación de tono popular, bastante grosera; las ilustraciones eran pésimas, y los textos tenían la calidad de ejercicios literarios de un niño insolente y mal alumno, con esa soberbia chillona y estúpida que reviste la ignorancia entre campesinos. Su asombro no tuvo límites cuando Mariezcurrena le explicó de qué se trataba: había en ese número una historia, un "cuento", de cuyo contenido se habían hecho una idea, relativamente contradictoria, por las ilustraciones que lo acompañaban... No le permitió seguir: "¿Y por qué no la leyeron?" Se encogieron de hombros con cierta timidez: "No leemos mucho, sabe... en realidad, nada." El cura se quería morir. ¡Analfabetos! Jamás lo habría pensado. Mariezcurrena era uno de los chacareros más cultos de la región, un verdadero caballero en su conversación, temible contrincante por su dialéctica, de opiniones políticas respetadas; y su esposa, aunque menos notable en ese aspecto, provenía de una buena familia, ricos inclusive, de quienes sería inconcebible pensar que omitieran darle instrucción. No supo bien qué decir. Lo sacó del embarazo el vasco: "¡No es que seamos analfabetos, por supuesto!" "¡Ah! Por un momento lo temí, pero en realidad se me hacía difícil creerlo." "Claro que no. Pero sucede que no tenemos el hábito de leer. Me adelanto a sus reconvenciones, diciéndole que admito que sea una pérdida sensible para nosotros, en efecto, y que nos sería de gran utilidad fre-



cuentar de vez en cuando algunos buenos libros. De acuerdo. ¿Pero en dónde estaría esa utilidad, ese provecho? Le confieso que no puedo concebirlo. Usted me dirá que si leyera sí me sería fácil concebirlo, e inclusive encontraría más razones para practicar la lectura de las que querría. ¿Pero es necesario?" "Evidentemente, no. ¿Pero no serviría al menos para llenar con algo las horas de tedio?" "No tenemos tantas", dijo la mujer con un dejo de ironía. El cura, muy lejos de hallar los mejores argumentos que podría haber utilizado, en realidad estaba pensando en otra cosa. Se daba cuenta de que en todos los años que llevaba ejerciendo su trabajo de cura rural en la provincia, nunca había encontrado un analfabeto. En tal caso, se habría ofrecido con gusto a sacarlo de su ignorancia. Pero quizás no era así; debía de haberse topado con muchos, y no los había notado. La conversación tenía que llegar a un punto muy preciso, y bastante remoto respecto de los temas habituales, para que ese dato saliera a la luz. Y sin embargo, no creía que fuera así: habría podido jurar que nunca había tratado, siquiera superficialmente, con alguien que no supiera leer. Lo que no significaba que tuviera en muy alta estima el nivel cultural de estas campiñas, más bien todo lo contrario. Era una paradoja de sus presuposiciones, que lo dejaba intrigado. Le preguntó a Mariezcurrena: "Si saben leer, podrían salir de la duda sin mi ayuda." "¿Nos la negará también en este caso?" "Haré lo que me piden, si mi conciencia no me lo impide. Les hacía una pregunta por pura curiosidad." "Entonces le repito", dijo el vasco, "que sabemos leer, pero no tenemos el hábito de hacerlo. ¿Qué motivos íbamos a tener para leer este cuento?"

"A ver", dijo el cura cansado de discusiones sin sentido con esos analfabetos letrados. La señora le pasó la revista abierta en una página. Era la novela-folletín del *Campo Argentino*, de la que el cura nunca había leído



nada, pero de la que había oído hablar. La tipografía era basta, los renglones compactos. Arriba, bajo el título, una pequeña viñeta que mostraba un rancho típico, demasiado típico, y en su galería un gaucho anciano sentado tomando mate, solo. Abajo (la diagramación era lamentable), abriendo sendos espacios entre las columnas de texto, había dos ilustraciones algo más grandes, aunque no mejores. En la primera aparecían siete doncellas, siete agraciadas (al menos la intención del dibujante había sido ésa) muchachas paisanas de trenzas y grandes ojos negros, vestidos largos, supuestamente gauchescos; formaban un grupo que pretendía ser simpático y pintoresco, pero resultaba hierático y forzado por la torpeza del trazo. Eran siete, el cura las contó. Y tenían una particularidad llamativa: todas tenían pequeñas vendas o diminutos cortes en las mejillas, el mentón, algunas alrededor de la boca o en el cuello. El otro dibujo, más truculento, mostraba a un oficial del ejército (del siglo pasado) con la espada desenvainada y chorreando sangre, y a sus pies el cadáver decapitado de un viejo gaucho; la cabeza indicaba que se trataba del mismo anciano que en la primera ilustración tomaba mate.

"Dé vuelta la hoja", le dijo el vasco. Al otro lado concluía la historia. Había, repitiendo la disposición de la página anterior, dos ilustraciones. Una de ellas, la más alta, y con mucho la más sorprendente de las cinco, presentaba al mismo oficial del ejército, ahora con el sable envainado, corriendo por entre follajes atrás de las bellas muchachas, que huían espantadas; alguna que volvía la cabeza mostraba un gesto que la impericia del artista hacía incomprensible. La última ilustración era de excesiva simplicidad, como si el esfuerzo de la anterior la compensara: era una luna llena en un cielo negro, en toda su esquemática geometría. Eran dibujos a la pluma, tan malos que ninguna publicación medianamente pro-



fesional los habría aceptado; en este pasquín pueblerino, cuadraban a la perfección. Pero no podía negarse que se daban a entender; ¿o no lo hacían? Para eso, pensó el cura echándoles una segunda mirada, había que leer el texto; y en ese caso sería imposible decidir si se daban a entender o no por sí solos. Eran dibujos a la vez claros y confusos; se advertía que un hombre era un hombre, un rancho un rancho, una espada una espada, siete muchachas siete muchachas, la luna... Otra cosa era con las acciones, las psicologías, los detalles. ¿Pero acaso lo importante en estos casos no era la identificación primera e inmediata, sin necesidad de sutilezas? Bastaba con que no hubiera que poner abajo: "Esto es un gallo", "esto es un fakir".

"Le diré", dijo el vasco interrumpiendo su contemplación de esos garabatos, "cómo me he figurado yo que sucede la historia". Hizo un gesto hacia la revista y el cura la puso en el centro de la mesa, entre los dos; la mujer era toda atención; el vasco fue señalando, a medida que contaba sus suposiciones: "En este primer cuadrito, veo a Martín Fierro, ya viejo, tomando mate en la puerta de su casita y recordando alguna cosa de sus años juveniles. Recuerda algo que no debe de saber bien si fue real o lo está inventando, o inclusive si es un recuerdo muy real de algo que soñó o inventó, o por el contrario una invención a partir de una escena soñada o vivida que tenía flotando dentro de la cabeza y no sabía a qué asignarla. Es más o menos esto: en un pueblo, una vez, un hombre cometió una acción reprobable que más valía no difundir, determinación que a los hombres les resulta más fácil tomar que hacer cumplir por las mujeres que tienen cerca. Estos no quisieron correr riesgos, y entonces inventaron unos ingeniosos dispositivos de alambre con los que ajustaron las mandíbulas de las mujeres que se dejaron, que fueron las doncellas. En esta ocasión,

como se ve en la segunda figura, Martín Fierro las recuerda después de sacarse el bozal, que les ha dejado unas marcas pequeñas pero bastante crueles; es decir que ahora sí se disponen a hablar, y dirán precisamente lo que tenían prohibido. La prohibición no cuenta, o cuenta mucho más, porque están en el futuro de un recuerdo. En este punto, pasamos al dibujo siguiente: un oficial de la partida que antaño perseguía al gaucho Fierro aparece para interrumpir sus rememoraciones, y sin más prolegómenos le corta la cabeza, órgano primordial de la memoria, como es bien sabido." Dio vuelta la página y señaló la cuarta figura: "Acto seguido espanta a las doncellas, las dispersa con violencia por el mundo, no se sabe bien si para que den testimonio de lo que han visto o para que, separadas, su palabra no tenga valor. ¿Pero cómo puede un hombre real, un oficial de la ley, actuar sobre los seres fantásticos de una mente ajena? Se me ha ocurrido una solución, y nada más que una. La muerte de Martín Fierro a manos de la partida era el secreto que antaño, en ese pasado mítico de la literatura, se trató de ocultar, y se ocultó de hecho, con eficacia, amordazando a las mujeres. Cuando ellas se disponían a hablar, en la mente del asesinado, apareció el asesino, por la conocida ley de la asociación. Eso explica que después dé lo mismo que el episodio se difunda o se calle: porque el autor de este cuento también consideró haber hecho obra literaria. Y la última figura, creo yo, viene a poner la nota poética a todo lo anterior: por una parte la luna es el símbolo del silencio de los cielos, el secreto por siempre bien guardado a la vez que exhibido sin cesar, y por otra parte la luna *llena*, como la han dibujado aquí, es la que implica a todas las demás fases, en sus diferencias infinitas, y es la simplicidad misma."

El cura quedó regocijado por la invención, y felicitó al vasco calurosamente. No podía pedirse nada mejor.



"¿Pero será así?", preguntó Mariezcurrena. "¡Por supuesto que no!", respondió el cura: "Pero usted no espera realmente que lo sea, ¿no?" Aquí el vasco pesó la respuesta, con algo así como segundas intenciones, y al fin dijo: "¿Qué esperamos, en general? ¿Que se confirme lo que deseamos o tememos, o saber si en realidad lo deseamos o bien lo tememos? ¿Cuál es la función de lo real?" Respuesta demasiado generalizadora, a la que el invitado juzgó preferible no agregar más comentarios. Posó su vista en el texto: evidentemente, no tenía nada que ver con el cuento anterior. "¿Quieren que se los lea?", preguntó. No esperaban otra cosa. Lo midió mentalmente: no era demasiado largo, y venía a punto para encaminar el espíritu por otros rumbos, así fueran tan chocarreros como los que podían esperarse de esta publicación infame. Se sintió como en una velada santa, de catecismo, aunque lo que leía no era el evangelio, ni tenía tan siquiera intenciones edificantes. Mejor así.

"Título: Bajo el Fulgor de un Facón. Subtítulo: ¡Ah gaucho sabandija, se coló por la rendija! Resumen de lo publicado: Precedido por las perras que le indican el rumbo a seguir, el Menguante huye como siempre de la autoridad después de ultimar al Sargento Muceno, con cuyo uniforme se ha disfrazado. Capítulo ciento once: Serían las horas postreras de la tardecita cuando el gaucho de goma, riéndose todavía de su sangrienta jugarreta, avistó un ranchito solitario, y se encaminó hacia él al tranco del pingo sustraído con apero y todo, seguro de que no le faltarían ocasiones de mostrar su astucia sobre gente inocente, e inclusive provocar un hecho de sangre, que a eso se inclinaba más que a cosa alguna su propia naturaleza. Lo que no sospechaba era que ya lo habían visto a él, y habían sacado conclusiones apresuradas y erróneas, que una cosa rara vez va sin la otra. El dueño de aquel rancho era un viudo viejo y enclenque, al que los años

habían puesto en situación de dependencia extremada con sus hijos, que hacían todos los trabajos, lo cuidaban, alimentaban y entretenían; no podía quejarse, porque tenía siete, todos varones, lindos mozos de entre quince y veinte años (había un par de mellizos, que eran los de dieciocho), que reemplazaban bastante bien, para el gaucho exigente, a la madre muerta. No había querido oír hablar de noviazgos, matrimonios, ni de viajes de estudio, ni nada: que eran demasiado jóvenes, decía; en realidad él era demasiado viejo, o pusilánime, para pasarse sin ellos. Ni siquiera servicio doméstico aceptaba (aunque a duras penas se lo habría podido permitir, con la miseria que sobrellevaban) por miedo a que una chinita o dos crearan discordias entre sus muchachos, o peor todavía, que uno huyera llevándose a la enamorada. Pero nada lo atemorizaba tanto como la leva militar, que estaba muy de moda en esos años. Bastaba que aportara por allí el oficial reclutador, y podía perder de un saque no a uno sino a todos sus hijos. ¡Eso jamás! Pero resistirse a la ley era peligroso, así que el viejo había ideado una estratagema para poner en práctica cuando llegara el momento. Y creyó que el momento había llegado cuando vio a lo lejos venir un oficial directo hacia su rancho. Puso a los hijos en movimiento, acelerado de más está decirlo. Se había comprado para llevar a cabo su plan, y tenía guardados en un cajón, siete primorosos vestidos de paisana, y otras tantas trenzas de pelo natural (de caballo negro), y los mandó a ponérselos mientras él simulaba matear tan tranquilo bajo el alero, sin quitarle la vista de encima al que él creía miembro del ejército celoso en el cumplimiento de su deber, que no era otro que llevarse consigo a todos los hombres aptos para oponer pechos y brazos viriles al indio desbocado de los malones. Ni siquiera olvidó gritarles: 'y afeitesén, los que estean chivudos', que eran todos. Con el apuro, y con el agua fría,



porque ni soñando tenían tiempo de calentarla, se hicieron unos tajos de lo lindo, pero lo cierto es que quedaron aceptablemente disfrazados cuando el uniformado echaba pie a tierra en el patio. Todo esto lo sabemos nosotros, pero él lo ignoraba por completo. Cuando el Menguante se apeó, el rancho le parecía demasiado silencioso; ¡siempre temiendo una emboscada, el suspicaz! Pero no era tapera, ni el viejo visible vivía solo, a juzgar por lo bien acondicionado que estaba todo. Se notaba la mano femenina. La vieja ha de estar haciendo la comida, pensó para sus adentros. Dio el purísimas, y el viejo recién entonces se comidió a dejar el mate, la pava, y lo vino a saludar. El Menguante ya se había olvidado del disfraz que llevaba, y con su don de mentiroso ya estaba por presentarse como peón de enganche, pero por suerte el otro, que estaba locuaz, no le dio tiempo. 'Bienvenido a mi pobre rancho, señor', le decía, 'venga que le presento a mis hijas'. ¡A mi juego me llamaron!, se dijo el Menguante, y se atusó el bigote. Y un minuto después, tenía enfrente a las siete chinitas más lindas que hubiera visto nunca, y las que más le gustaban, y eso que había visto muchas, y no eran menos las que le habían gustado. Las pequeñas heridas en la cara a sus ojos no las afeaban, todo lo contrario, las hacían mucho más apetitosas para él. Se sentó con el viejo a tomar mate, y se empecinó en que se lo cebaran las mozas. 'Y supongo que cocinarán la cena para un invitado hambriento', les dijo guiñándoles un ojo. Ellas parecían tímidas y asustadas (¡justo como le gustaban a él!) y miraban al padre pidiéndole autorización para cada cosa. La situación empeoró rápidamente por causa de la bebida. El Menguante fue adonde había dejado el matungo y volvió con tamaño frasco de ginebra, del que no se separaba jamás en sus viajes por donde lo conducían las perras. Convidó a beber al viejo, y no tardaron gran cosa en mamarse, mientras el sol se ponía,

y las muchachas iban de acá para allá como perdidas, acarreando mates que los hombres ya no querían, atareados como estaban con el alcohol. Cada vez que pasaban frente al falso soldado, y pasaban a cada momento en razón de la cantidad que eran, se encendía una luz más ansiosa en sus ojos. A medida que la ginebra iba haciendo efecto, más loco estaba por ellas. Lo malo era que el viejo también trasegaba, y en cantidades a las que no estaba acostumbrado. De modo que reaccionó de modo por demás intratable cuando el visitante le propuso que hiciera la hospitalidad completa y le recomendara una de sus niñas para ir a hacer fuerza a un zanjón de la quinta. Hasta quiso pegarle, cosa que nuestro héroe no iba a aceptar. De un solo chijetazo del sable que llevaba colgando del cinturón (y que reemplazaba a su famoso facón, todavía en poder de la Gran Llorona), le rebanó el cuello al viejo. Por suerte en ese momento no lo habían visto esas mocitas que lo volvían loco, y tuvo tiempo de esconder el cadáver bajo unas caronas, antes de que se asomara una de ellas buscando al padre. 'Tu papá fue a ver si agarraba un peludo para la cena', le dijo, y ella, por raro que parezca, pareció creérselo. Un poco alterado, el Menguante sacó otro frasco y decidió beber unos tragos hasta tranquilizarse lo suficiente como para echarles mano a gusto a esas bellezas silvestres. Se mandó el litro sin mucho respiro, y solo, sin compañía. Mientras tanto, oscurecía. A medida que su ánimo se enloquecía de reconcentrada lujuria malvada, el cielo se ponía gris y proyectaba una sombra luctuosa sobre el campo. Las estrellas numerosas que comenzaban a tiritar en el firmamento no agregaban nada a este panorama. La ginebra sí, y tanto acentuó la natural inclinación del gaucho que a partir de cierto momento no tuvo más objetivo que tumbar a una de las chinitas, o a dos, o de ser posible a las siete, eso sí: de a una. Ellas no parecían tomarlo muy



a mal en un comienzo (claro que no sabían que su querido papá yacía decapitado bajo unos cueros), pero cuando él las empujaba hacia un pajonal y les quería levantar las polleras, ahí se negaban, y no sin habilidad se defendían con esquives y manotazos... hasta que él se ponía nervioso, por el alcohol más que nada, y las dejaba ensartadas —con el sable. Las corría hasta bien campo adentro, seguro de que ninguna se le escaparía, cosa que no sucedía; pero lo que se le escapaba era la ocasión de hacer sus picardías con alguna, ya que extrañamente preferían morir a entregarse. Las últimas le dieron trabajo de localizar porque la noche se cerraba precipitadamente; pero nadie se había escapado jamás de su persecución empecinada, y ellas no fueron las primeras. Y así hasta que creyó haber terminado con todas, ¡y ninguna se había dejado siquiera tocar (como no fuera por el acero mortal)! Se sentó a descansar, con el sable chorreando sangre por el filo, y aprovechó para tomarse el tercer frasco, mientras memoraba los fracasos sucesivos: a una la atravesó a la altura del ombligo, a otra por la yugular, a la tercera en el corazón, otra intercostal con repeticiones, cabeza y plexo, de espaldas... ¡Un momento, cornamento! Muy bonita la carnicería de mozas desarmadas, pero por más vueltas que le daba, no contaba más que seis. ¡Entonces quedaba una viva! Y como siempre la esperanza se guarda hasta el final, ésta iba a acceder a lo que él quería. Se dio el lujo de libar sentado hasta la última gota de ginebra, y recién entonces, algo tambaleante y brumoso, se dio a la busca, como un poseso; pero las numerosas estrellas de la noche que ya había cerrado mantenían a la tierra en la más negra tiniebla, y no le fue fácil orientarse sin tropezar, por la oscuridad y la curda sumadas. En algunos fogonazos de lucidez recordaba mejor algún detalle: en efecto, era la menor y la más linda la que le faltaba, la quinceañera de brazos regor-

detes y morenos, la que más le había gustado cuando llegó... y hasta podría jurar que había sido ella la que lo miró con más cariño... '¡Mocosita e'mi alma, vení, vení que no te voy a hacer nada!', exclamaba babeándose el borracho mientras correteaba de aquí para allá, tropezando con sombras (y con los cuerpos cortados de las occisas), persiguiendo movimientos que creía ver entre las negruras. '¡Vení conmigo, chiquilina traviesa, vení que te va'gustar!' Hasta que de pronto, una luz que volvía todo visible, como de día, aunque sin dejar las apariencias de la noche, penetró en sus sentidos aturdidos por la bebida y las ganas que lo dominaban. Miró a su alrededor buscando los faroles, pero vio que allá lejos, en el horizonte, asomaba la luna llena, enorme y limpia. Soltó una carcajada de triunfo: 'Aura sí que no vas a poder esconderte', le gritó a su presa inocente, 'entregate que ya sos mía, ja ja...' Pero la risa se le congeló en los labios cuando vio, muy cerca de él, y bien claro porque ahí daba de pleno el fulgor de la luna, un torbellino de movimiento, y había tenido apenas tiempo de reconocer el vestido floreado de la chinita que perseguía, cuando de sus amplios ruedos salía, feroz y como mojado de un rocío fosforescente, un gran lobo negro, con los ojos brillantes como dos carbones, los dientes al aire, y saltaba hacia él con un gruñido que helaba la sangre. La borrachera se le disipó al Menguante en menos de lo que canta un gallo, y haciendo enloquecidos molinetes con el sable, que por casualidad tenía en la mano, corrió en línea recta a su pingo y montó de un salto. El galope más largo y veloz no le alcanzaba, y habría querido volar para alejarse lo antes posible del lugar. Muy a lo lejos, adelante de él, creía oír la risa sarcástica de las perras. ¡¡Cuando no!!"

Se produjo un silencio. El cura había terminado de mal humor por la grandísima trivialidad y ramplonería



de la historia que se había visto obligado a leer —y por algo más, de lo que no tenía clara conciencia. Los otros dos parecían pensativos. Al fin la señora hizo un comentario tímido, algo así como "Qué lindo", mientras su marido suspiraba: "Por lo visto", dijo él, "me equivoqué de medio a medio en mis suposiciones." "Eso era de cajón", lo consoló el cura, "piense que a partir de esas mismas ilustraciones podrían haberse inventado miles de historias." "A mí no me parecía que hubiera tantas." "Además, creo saber cuál fue su error, y usted mismo tendría que reconocerlo si ve el contraste entre su historia a posteriori, y la verdadera a priori de las imágenes. Usted se equivocó porque *leyó*. Leyó las ilustraciones, no las palabras, de acuerdo, quiero decir que las leyó como si fueran frases, como si una se siguiera en la otra inmediatamente, y ya ve que en la historia original que ilustran, son momentos entresacados al azar, aquí y allá." "Sí, ahí debió de estar mi error", dijo el vasco, pero se notaba que estaba pensando en otra cosa: "Qué cuento más raro, ¿no?" "Puede parecer más raro de lo que es en realidad", dijo el cura, "si tenemos en cuenta que es un fragmento de un folletín que viene de lejos. . ." "Aun así, se diría mal construido." "¡Es que lo está! ¡Y cómo! Recién con la transformación del séptimo hijo varón en lobo, es decir en lobizón, el lector debería enterarse de que eran en realidad siete varones, y no siete mujeres. Es una gran torpeza adelantar esa información, que vuelve mecánico el resto, y le quita efecto al final." "Quién sabe si yo la habría entendido en ese caso", dijo la señora. "Por el contrario", se acaloró el cura, como si el asunto tuviera alguna importancia, "la habría entendido mucho mejor, ya que el efecto emocional habría colaborado al intelectivo." El vasco tenía sus dudas: "Me pregunto si una historia puede contarse 'mejor' de como se la cuenta. Si el esfuerzo por mejorarla no echará abajo el edificio,

frágil de por sí, de la ficción. Me inclino por la mayor espontaneidad posible."

"Mi hijo es varón", dijo sorpresivamente la señora de Mariezcurrena. Y como si eso fuera todo lo que tenía que decir, y quisiera obstruir toda posibilidad de discusión sobre el punto, se levantó y fue a la mesada, donde se puso a manipular trastos.

"Yo pienso lo mismo", dijo el padre. Pero no estaba tan decidido a cortar ahí la discusión, más bien todo lo contrario. Miraba con insistencia al cura, como exigiéndole una definición. Pero en ese sentido la suerte estaba echada. Encaprichado como un niño malo, el cura se negaba incluso a hablar del tema. Lo que sus anfitriones no sospechaban era que además se negaba a sí mismo a pensar en eso. Con un esfuerzo de deliberación, volvió a sentir el zumbido y silbido del viento que envolvía la casa; cada minuto que pasaba, la atención asumía más y más ese sonido, y todo lo que significaba. Como si el mundo se volviera tormenta, imperceptiblemente. En efecto, después de tanto rato (¿o no había pasado tanto como creía?) de estar a mil leguas del viento, comprobaba que seguía allí, y más furioso que nunca, más enardecido. El vasco no insistió. Debió de comprender que la segunda negativa era necesariamente la definitiva. Con eso deberían haber quedado en paz, si no fuera porque tal cosa era imposible. El resonar de una cacerola lo sobresaltó. "Pero su señora... ¿no estará cocinando, supongo?" El otro miró como si sólo entonces se diera cuenta de los manejos de la mujer. En efecto, estaba cocinando. "Sabe, todavía no hemos cenado, con todo este trajín", dijo el vasco. "¡Pero es tardísimo!" "¿Y qué quiere que hagamos?" No sabía si ir a ofrecerle ayuda. Pensó que quedaría mal. En realidad, "quedaría mal" ella, si se ponía a trabajar a pocas horas de un parto tan trabajoso, y de resultados tan desalentadores. Mal del cuerpo, y de la

cabeza sobre todo. Además, era la madrugada, y deberían estar durmiendo. Pero no era cosa suya, después de todo. El había hecho lo que debía hacer, es decir nada, y bastante difícil había sido. No tenía sueño, ya se le había pasado del todo. Quedaba el trámite del regreso, que a juzgar por lo que podía oírse desde aquí adentro, sería peor que la venida. ¿Por qué no se ofrecía a llevarlo de una vez, el obtuso chacarero? ¿No lo dejaría a pie, no? Tendría que provocar el ofrecimiento, y sin pensarlo más se puso de pie: "Bueno... sea como sea, es hora de ir volviendo..." El vasco y la mujer lo miraron, con esos ojos límpidos y generosos que el cura había visto mirarlo tantas veces en la gente de campo, cuando se produce un cambio de dirección en el tema a considerar y les sale del fondo del alma su buena disposición para todo. ¡Por supuesto que lo llevaría, en el momento en que él se lo pidiera, y adonde le dijera! Se avergonzó de haberlo dudado. De hecho, habían pensado, naturalmente, como algo que cae de su peso, en extender su hospitalidad; habían pensado en invitarlo a cenar. "¿No nos hará compañía?", le preguntó él con delicadeza, y ella, que había interrumpido sus quehaceres y se había vuelto: "Voy a calentar nada más un guiso de risó, y la sopa, pero si quiere le hago un churrasco." ¡Qué increíble! ¡Y él con sus teologías trasnochadas! Se disculpó tan rápido como pudo: "Ni se le ocurra, señora. Me quedaría con gusto, pero temo molestar en este momento." "Para nada, padre", dijo el vasco: "nos hará compañía." "Además, ya está", agregó ella. "Si es así..." Nunca despreciaba una invitación a comer. En este caso, sería su segunda cena, pero la primera, hecha por él mismo, había sido una mortificación; sólo el hábito le había permitido conciliar el sueño después de ingerir eso. Y la mujer parecía en excelente estado. El vasco era el que parecía algo más cansado, o abatido, y consiguientemente fue él quien

trasegó el vino de la damajuana a una bonita jarra de vidrio tallado, y la trajo a la mesa. Después de tan laboriosos sucesos y conversaciones, ahora todo se hacía como por arte de magia; el cura parpadeaba y ya estaban los platos, los hondos arriba de los playos, los tenedores, las cucharas, los vasos, las servilletas blanquísimas y planchadas, la cestita con los grandes panes, la sopera de loza, humeante, con el mango del cucharón asomando del borde... "La bendición, padre", le dijeron antes de desdoblar las servilletas. Eso al menos no les podía negar. Se tomó las manos con unción, inclinó la cabeza, y ya despegaba los labios para pronunciar una acción de gracias, cuando del dormitorio vino un pequeño llanto, vigoroso y hasta alegre, un pedido muy firme, lleno de vida, que se alzaba en la noche tempestuosa, que se hacía oír entre las airadas zampoñas del viento. La madre se puso de pie y disculpó al hijo por la interrupción, con una sonrisa tímida: "Ya le toca".

II



VEINTE AÑOS DESPUÉS, una noche de invierno, se había descargado sobre la tierra una lluvia realmente descomunal. La noche *era* la lluvia, así de simple; ambos eventos se confundían, formaban una sola oscuridad aterrorizante y lacustre. El agua había decidido caer, y lo hacía en un gran bloque, se entregaba a la caída con una fruición de catástrofe. Nunca se había visto una precipitación tan compacta; y ahora se veía menos que nunca, por supuesto. Ni se había oído un ruido tan ensordecedor; tampoco se oía nada; ensordecía. Con estrépito golpeaba el agua el suelo, lo hacía retumbar de un modo insospechado; era como si la llanura estuviera hueca al fin de cuentas. Pero no lo estaba, todo lo contrario. La tierra se volvió un mármol, una obsidiana, y cerró todas sus bocas. El líquido proceloso la cubrió en cuestión de minutos. Fue la muerte por inmersión de millones de animalitos. Las hormigas flotaban en racimos, aferradas a algunas briznas, todo en negro sobre negro. Las aves en sus nidos recibían los baldazos hasta perecer. Los túneles de vizcachas y mulitas eran arterias de tumultuosa tinta china. El agua subía en visibles centímetros. Algunas cortadas, despeñaderos y cauces se borraban en el salpicón general. Los truenos ya eran un discreto acompañamiento a las horrísonas tubas del chapoteo. Entre densas cataratas se escabullía aquí y allá un relámpago. El viento transportaba



de un lado a otro cubos de magnas aguas atmosféricas, pero sus manejos no producían huecos. Un viento superior y más siniestro corría laberintos enteros de vientos. El giro congelado del planeta hacía temblar la turbulenta humedad. Sonaba un metálico cañonazo constante. Los cuadros del campo se desplazaban con ceguera de locos. Las lomadas se deshicieron como crestas de azúcar. Casas desarmadas y cadáveres erizados partieron al azar por vértigos sombríos. Remolinos de turba untuosa, giróscopos encontradizos, vertientes sin inclinación, puro plano hondo, cada vez más hondo, nada más que velocidad de deriva, arriba y abajo palmoteando, claxon de escudos líquidos. Era la lluvia más oscura del año. La noche más abundante. Un paraguas habría optado por clavarse como una espada en un globo terráqueo.

Un trencito, completamente enmudecido por el aguacero, corría en línea recta por el terraplén. Los bordes del agua coincidían durante un momento con las vías, y al siguiente las cubrían. Ahora era un paquebote-oruga, pero por poco tiempo. Porque se produjo el inevitable descarrilamiento. El tren se inclinó sobre el agua, pareció que iba a flotar; nada de eso; habría sido absurdo. La gente manoteó las valijas, lo primero, pero los techos, que ya tenían bajo sus pies y no lo sabían, se abrieron con automatismo de valvas. Un cortocircuito en cadena electrificó por un instante toda el agua, como para despertar a los que abreviaban el trayecto durmiendo. La locomotora era una jarra. El resto se iba a pique con más gárgaras. Con esa maldad que tienen las cosas en las catástrofes, los vidrios sí flotaban, por llevar puestos a modo de salvavidas los marcos de madera de las ventanillas, y el gran vigor inercial del hundimiento los llevó de prisa, y del lado del filo, adónde si no, a los cuellos indefensos, y ahí fue el ver de cabezas cortadas, a las que



la electricidad del agua les hacía brillar los ojos y forzaba rictus de conversación en los labios, que habrían sido visibles, en el caso de que hubiera quedado allá abajo un mínimo de luz, a través de un halo de sangre rosa, diluida en el medio. En la confusión, los cuerpos decapitados y los otros se rozaban con un susurro inquietante. Reinó bastante silencio, por contraste con lo que sucedía arriba, pero nadie lo apreció, porque tenían los oídos llenos de agua. Y los que abrían la boca para gritar, tragaban diez mil litros. Cuando terminó el proceso del impacto, las cuatro caras de los vagones quedaron en una línea, el exterior contra el fondo, y los ingenuos que habían atinado a sacar medio cuerpo por los huecos de las ventanillas se vieron patas arriba y mordieron el polvo del légamo. Los otros, que no serían más del uno por ciento del pasaje, subieron como ludiones y, o bien murieron de un estallido de los pulmones, o perecieron al abrir la boca en la superficie y recibir toda de golpe la gran comida negra de la lluvia, o sobrevivieron un poco más, inexplicablemente y contra todas las probabilidades, como si se hubiera producido, dentro de la desgracia, un golpe de suerte.

Era una pesadilla, la peor que las circunstancias hubieran podido inducir, vuelta realidad. Es increíble la cantidad de gente que, en aquella época, no sabía nadar. Claro que la natación no constituía un recurso siquiera medianamente eficaz esa noche. Emergían de las profundidades del trueno, a los ecos sordos, al chasquido furioso; de una tiniebla a otra, con los mismos efectos. ¿Adónde estamos, adónde estamos? querían decir, agitando las extremidades, ¿quién hace pie, quién hace pie? ¡Yo no, yo no! Una mano cerrada como una tenaza sobre la manija de una modesta valija de cartón, que se hinchaba. Un pie que había perdido el zapato. Las grandes butacas ver-

des que saltaban como hipopótamos de goma y se llenaban de agua con un largo silbido para hundirse despacio. El agua se enrollaba en los pies, pero ojalá eso hubiera sido todo: también se enredaba en las manos. ¿Adónde están, adónde están? ¡Mi marido, mi mujer, mis hijos! Estaban condenados a chocar con desconocidos, a asir cabezas mojadas que subían y bajaban. ¡Estoy lleno de agua, estoy lleno de agua! ¿Pero podía ser verdad todo eso? ¿Esa confusión repentina? ¡Me ahogué al apearme del tren! ¡Estaba lloviendo! ¿Qué? ¡No puedo oír! ¡Y yo no veo nada! ¡Silencio, silencio! ¡Cállense todos! ¿Dónde está ese maldito relámpago? Los objetos se extraviaban con pasos oscilantes en la onda salvaje. Las personas habrían creído, en el caso de haber tenido tiempo de creer en algo, que llevaban puestas túnicas. Submarinos, los pantalones se ampliaban con viscosidad de aletas, los faldones de un perramus, grandes como las velas de un galeón, envolvían un gigantesco huevo de tortuga. Para colmo, sobre ellos cayó la locomotora y el vagón de carbón; quién sabe de qué filo del terraplén habían quedado colgados hasta entonces. La turbulencia, el pozo en el líquido, fueron de no creer. La caldera al rojo hizo una escalofriante fritura de agua, y la entibió por unos instantes en cien metros a la redonda. Los que estaban cerca murieron hervidos. El columpio negro y húmedo se llenó de trozos de carbón, tempanitos ingrávidos que en sí no significaban nada, no obstante lo cual contribuían al chicoteo de las guirnaldas funestas. ¡Encima, llueve! ¡Encima, llueve! ¡Suéltenme, suéltenme! ¿Dónde está ese relámpago? ¿Dónde, dónde, dónde, dónde, dónde, dónde, dónde está? Iba de prisa.

Al fin, al resplandor blanquísimo, pero teñido de todos los matices del negro, se vio huir del sitio como flecha una especie de balsa cargada de despojos humanos,

balanceándose locamente y azotada por la lluvia más espesa que nunca. No parecía que fueran hacia su salvación. Simplemente se deslizaba por esa superficie atormentada, a una fabulosa velocidad, eso sí. En realidad era una zorra ferroviaria, a la que por un milagro el choque había despojado de sus cuatro ruedines de hierro. De todos los milagros que sucedieron esa noche, éste resultó providencial (por el momento, por el momento, nada más) porque el rectángulo de madera flotó, y a él se treparon, nadie supo cómo, náufragos en cantidad de una docena. Formaban una acumulación, un grupo irracional de cuerpos. Uno más, probablemente, y se habrían caído. Uno menos, y no se habrían sostenido de modo tan compacto. Se abrazaban, en realidad, o más bien abrazaban la ropa mojada de los otros. No era un viaje fácil. Las inclinaciones siempre inesperadas de la zorra los bandeaban de un modo alarmante; los abrazos en esas ocasiones, que eran todo el tiempo, se hacían frenéticos. La lluvia los golpeaba, la oscuridad los asustaba, el viento los helaba. Y el agua, en altísimos oleajes, los cubría por entero cada dos por tres, subía por encima de sus cabezas, por sorpresa, como en un juego. Cuando lograban abrir los ojos, y coincidía con el pasaje veloz del relámpago, veían sólo los picos tenebrosos del agua. Los relámpagos habían multiplicado su frecuencia, o al menos así les parecía. Eso llevó a sus conciencias anegadas al descubrimiento del instante. Así funcionaba la aparición del zig-zag del mercurio, y así también sobrevivían. Era la puntuación lo que les quedaba de vida, en contraste con el gran choque volumétrico de las aguas. ¿Sobrevivirían? No se lo preguntaban. ¿Quiénes eran? Los que habían quedado. Un detalle que había pasado casi inadvertido: estaban gritando. Como los payasos cuando hacen una prueba, aullaban perentorias instrucciones sin parar, y nadie oía a nadie, en el montón. La zorra-medusa se desplazaba



en dos direcciones simultáneamente: la horizontal y la vertical. La primera era impredecible, cambiante, velocísima, en las espumas del ventarrón. La segunda era ascensional, porque, al no cesar la lluvia (por el contrario, arreciaba) el agua seguía subiendo, los alejaba del suelo, del fondo. Instante y eternidad, extensión y altura; y gritos en los gritos. Un elemento de cada pareja era fantástico, el otro real. La muerte era lo inminente, y la presentían interminable.

Pues bien, viajaban. Eso fue lo que los perdió. En los viajes, sobre todo cuando son necesarios, ocurren cosas. Y lo que tuvo que ocurrir entonces fue fatal. Iban en plenas subidas y bajadas, semiasfixiados, tan ensordecidos como enceguecidos, cuando de pronto asomó por el borde de la balsa algo que parecía una cabeza inhumana, con la calva negra en punta y ojitos de chino que blanqueó un relámpago... Al momento siguiente estaban bajo el agua, en un seno de anegamiento, y la cosa horrible se había introducido entre ellos. Era del tamaño de una persona adulta, pero viscoso y frío, sin ropa. También gritaba, pero sin palabras, más bien con un silbido o una respiración chillona. El relámpago siguiente pareció más grande, más ramificado entre cada gota que se inmovilizaba en la caída. El horror fue inmenso, las inclinaciones más pronunciadas, y uno de cada dos, sin asir ya nada por miedo de besar a un monstruo, salieron volando y las zambullidas, sin retorno, fueron, podría decirse, un trino en el trueno. Era un manatí, animal inofensivo por lo común, pero dadas las circunstancias, esta noche bien podía haberse vuelto loco. Ellos no lo sabían. Les parecía otra cosa, no sabían qué. Hubo otra inmersión, otra salida, y cuando además hubo otro relámpago, el animal echado en diagonal sobre el espacio que habían dejado los caídos, se irguió como una torre. La



figura de un hombre cayó sobre él, en un bailoteo de corta duración. El manatí se lo sacó de encima con un aletazo. El hombre cayó perpendicularmente, pero hacia arriba. No. Ya estaban otra vez bajo el agua. No era imposible que con tanta agitación la zorra hubiera dado un giro completo. Emergían, con un borde apuntando directamente hacia arriba, y los que quedaban, colgados de ese borde. Al manatí lo tenían sobre los hombros, como una estola. ¿O había desaparecido? Se hacía difícil distinguir un peso de otro. Un hombre, si es que era tal cosa, había arrancado la gran manija de hierro de la zorra, en forma de cruz, y la blandía, formidable, recortado sobre las fosforescencias caprichosas del cielo. Descargó el golpe sobre el leviatán, pero ya todos los ángulos habían cambiado. Un hombre, o quizás una mujer, fue partido en dos. Se produjo una gran efusión de sangre. Bajo la superficie del agua de nuevo, alguien tuvo en sus brazos la mitad de un ser humano, y en las sienes el beso del inmundo manatí. Cuando la zorra volvió a la superficie, estaba vacía.

Para ese entonces, ya muy lejos de su punto de partida, se había introducido en un corredor de viento, y de agua que seguía la dirección del viento; empezó a aumentar la velocidad, sobre una línea más o menos recta, o quizás un arco muy abierto, con relativa estabilidad. Seguía sumergiéndose cada tanto, por supuesto, y también saltaba, hasta desprenderse por un momento de la lámina del piélago; pero no podía decirse que volara porque en esas emergencias el agua que caía la presionaba hacia abajo con fuerza ciclópea. La lluvia había arreciado; ya no se habría percibido diferencia entre el agua de arriba y la de abajo. Los siempre renovados relámpagos se veían apenas, como firuletes lóbregos. Y allí abajo, veloz y veloz, la zorra corría: el fondo de un arcón ima-



ginario, vacío... Pero no, no estaba vacío. Un pequeño montón de tela negra estaba pegado en su justo centro, y temblaba convulsivamente. Una respiración jadeante partía de ahí adentro, y un suavísimo latido aterciopelado también. Era un hombre, créase o no. Su persistencia se debía a una circunstancia tan fortuita como extraña. En alguno de los altibajos de la travesía, una de las valijas con las que habían subido los náufragos se escapó entre dos tablones, desarmándose en el proceso. Los tablones volvieron a unirse antes de que terminara de pasar, y la manija quedó arriba, enganchada con suprema fuerza. Era una manija grande, de buen cuero. En una de las caídas, precisamente cuando los tablones se volvían a unir, la cabeza de uno de los náufragos pasó por debajo de la manija, que se ajustó entonces hasta el punto justo de dejarlo bien agarrado, pero no ahorcarlo. Después, pudo pasar cualquier cosa, que no se soltó.

Un pequeño montón de ropa palpitante, en una inmensidad acuática, nada más que eso. Ropa negra, empapada, que había hecho muchísimos pliegues. La lluvia repicaba sobre ella con un ruido sordo; cuando caía sobre el agua, en cambio, producía un sonido más bien metálico. Pero además el agua acumulada soltaba su propio grito. Y hasta la zorra, en su carrera desatinada, se diría que hacía rugir un motor, que afilaba unos rieles de acero. Los quedos sollozos del hombre colmaban la eternidad. De pronto, uno de los pliegues de tela negra se movió, y asomó una mano blanca, regordeta, que atinó después de varios intentos a levantar el faldón detrás del cual estaba la cabeza. El rostro, a ras de las tablas, se alzó trabajosamente cuanto lo permitía la correa del cuello. El agua y la oscuridad le llenaron la boca, la nariz, los ojos. La tela volvió a caer, la mano se ocultó, y la zorra seguía huyendo. El cuerpo del hombre se hizo más dimi-



nuto, más contraído. La fuerza de las circunstancias casuales lo habían fijado en una postura prosternada, las rodillas casi junto a los hombros, las nalgas en los talones, el tórax muy estirado hacia abajo, el cuello, desde los pectorales hasta el mentón, en una línea apretada al piso. Lo único que podía hacer con la cabeza era reclinarla sobre una sien. Era en general una postura elongadísima, que ni el maestro de gimnasia más exigente habría conseguido obligarlo a hacer; una de esas posturas muy dolorosas, a las que se opone la naturalidad de toda una vida, que con máximo esfuerzo se logran durante unos segundos; y a él ya le parecía llevar horas en ella. La clave, de más está decirlo, era la correa en el cuello. La plasticidad estatuaria del cuerpo (dentro de su extravagancia) quedaba oculta por la arremolinada ropa negra, que era como una masa de barro informe arrojada sobre el virtuoso modelado. Un leopardo bebiendo, cubierto por las vísceras más oscuras de un hipopótamo. Y no es que fuera un individuo joven y bien formado; todo lo contrario. Era un anciano, bajito y rollizo. Era un cura, con la sotana encima.

La aceleración había proseguido. Ya derivaba a una velocidad de vértigo. Y al rato parecía algo más estabilizada; por ejemplo, no se hundía por períodos tan prolongados en la onda, ni daba esos saltos de pez volador. De modo que la mano repitió su maniobra, la sien volvió a despegarse de la tabla, y la cara, pálida y desencajada, se asomó otra vez. Los párpados aflojaron su dúplice pliegue, y las pupilas dilatadas al máximo (un poco más, y cubrían el universo entero) trataron de enfocar la noche. El servicial relámpago se manifestó, y el cura pudo ver la oscuridad, la lluvia, y la interminable llanura inundada. Hubo más relámpagos, y siguió mirando, fascinado. No es que hubiera mucho que ver, y además la lluvia le llenaba los



ojos, pero había empezado a pensar, después de un largo pasmo mental de tipo defensivo, y notó que, ya fuera por el involuntario descanso del cerebro, ya por una lucidez propia de la desesperación, podía pensar con claridad. Era un importante alivio, después de todo. El poder consolatorio del pensamiento nunca será lo bastante alabado. Rey del mundo, sirviente de las bonanzas, emperador de las tempestades, ídolo de la luz y topo de la oscuridad, el pensamiento es un recurso de primera.

Pensó antes que nada en la velocidad. Era lo más evidente, pero, ¿era real, o era una ilusión? Aunque la sentía en los huesos y la carne, no podía estar seguro de su existencia, por falta de referentes. No veía pasar árboles, ni postes, ni alambrados, hacia atrás. El agua con la que chocaba su cabeza de tanto en tanto, y con accesos de asfixia que ya no lo amedrentaban demasiado, parecía correr en su mismo sentido. Se le ocurría que la suya era una velocidad cambiada de dimensión. La de un objeto muy grande, un transatlántico por ejemplo, que parece quieto en medio del mar y sin embargo va más rápido que los peces más corredores, llevada a un objeto tan pequeño como su zorra, sin modificaciones, sin "traducción". Ese era el error de muchas traducciones, según recordaba de sus estudios de filología sacra en el seminario: no traducir. Las dimensiones formaban un continuo, y esta zorra, para alguien tan diminuto como un microbio, sería grande como un transatlántico, y parecería inmóvil en el agua. Por ese lado, el problema no presentaba una solución. Lo pensó de otro modo: el viento, ¿podía considerarse como pequeño o grande? ¿Era el viento el que lo movía? A juzgar por el tipo de desplazamiento, parecía más bien que se trataba de una caída por un plano inclinado de tipo resbaloso. El agua, que es lo que por definición mantiene siempre el nivel, inhibía



esa posibilidad. ¿Pero por qué el agua mantenía el nivel? Por estar dividida, y formar todas sus partes un promedio de altura. Siendo así, si era una cuestión de probabilidades numéricas nada más, podía darse la contraria. Era cuestión de tiempo, como lo era que esta falsa balsa se diera vuelta y él no pudiera respirar más. Si de veras estaba cayendo por un plano inclinado, el agua estaba cayendo con él. En ese caso, debería poder verificarlo. A la luz de los relámpagos, había notado una extática igualdad en todo lo que se alcanzaba a ver: agua, lluvia y oscuridad. Siempre un paisaje es monótono si el observador está quieto. La variedad viene del desplazamiento. A él le daba la paradójica impresión de trasladarse en gran forma, y encontrar monótono al extremo el paisaje. La lluvia podía ser la clave del enigma, es decir, la repetición. La lluvia consiste en un minúsculo suceso repetido gran cantidad de veces. Una gota de agua, si se diera el caso de que cayera del cielo aislada y única, no podía considerarse una "lluvia". Pero, y esto es lo más curioso: dos tampoco. La cantidad debía ser enorme. Claro que estaba la cuestión de si la lluvia consistía de gotas, o de agua dividida casualmente en gotas. Se formó por un instante en su mente una imagen de la lluvia (iluminada, miniaturizada) que no coincidía en absoluto con la que estaba soportando.

Con esa imagen, que por algún motivo hizo una demanda excesiva a su cerebro agotado, dejó de pensar, y los ojos se le cerraron. Fue presa de un mareo nauseante. Le molestó de pronto la posición, a la que le debía la vida. Hizo un esfuerzo cauteloso por liberar la cabeza de la correa, y un estrangulamiento doloroso lo hizo desistir de inmediato. Para colmo en ese momento lo cubría el agua; tosió con desesperación, y con tanto dolor (sobre todo porque trataba de hacerlo con la boca cerrada para no tragar más agua) que sintió desgarrársele la nariz, ya



muy visitada por helados fluidos. La sien cayó pesadamente contra el tablón, y perdió el conocimiento, por poco o mucho tiempo.

La zorra encalló. Más que eso, se estrelló contra una tierra emergente, con tanta violencia que se hizo pedazos. Cada tablón o pedazo de tablón dio una voltereta y volvió a nadar por su cuenta. El cuerpo exánime del cura, libre al fin de la correa, rodó hasta quedar tendido boca abajo. Si su Maestro había caminado sobre las aguas, él sin saberlo lo había superado, pues dio dos vueltas carnero sobre la onda. Por suerte, quedó en tierra firme, y mientras duró su desmayo no se ahogó. Pero al despertar, ya flotaba; precisamente por ese motivo se despertaba. El suelo estaba a unos veinte centímetros de profundidad. Se encontró en cuatro patas, atontado, escupiendo barro. Estaba entumecido, idiota por completo, y no sabía qué hacer. Las cosas le parecían demasiado negras, hasta que atinó a sacudirse la sotana de la cara. En cambio no se le ocurría ponerse de pie. Los relámpagos seguían sucediéndose. La lluvia había arreciado más todavía, con su clamor vengativo lo amenazaba de muerte. ¿Adónde estaba? En ninguna parte. El agua se movía con furor bajo él, y no tardó en hacerlo caer. Manoteó desesperadamente hasta volver a ponerse en cuatro patas. Debía huir, huir del agua cuanto antes mejor. ¿Pero por dónde? O los relámpagos estaban más oscuros, o la lluvia le había anegado las córneas, o en su aturdimiento él ya no sabía ver. No obstante lo cual, creyó ver algo que no brillaba tanto, y para ese lado enfiló. ¿Iba a pie, o arrastrándose? Quién sabe. Lo cierto fue que un poco más allá dejó de palpar agua, y volvió a caer, dando un tremendo cabezazo contra la tierra, por suerte bien embebida y blanda. Si hubiera habido una piedra en ese lugar, no contaba el cuento. Volvió a levantarse y siguió, a tientas. La lógica habría sido que fuera subiendo, pero, quién



sabe. La lluvia lo envolvía. La sotana le pesaba una tonelada, pegada a las piernas. En cierto punto dejó de hacer pie, y nadó: ahora la sotana era una gran corola negra alrededor de sus gordas mejillas lívidas. Terminó tomado de un tablón fijo, que resultó ser el umbral de una garita, a la que trepó impulsado por un envión de la marejada. Quedó tendido en un piso de baldosas, sin agua; él, era un charco vivo. Se arrastró un poco. Tuvo la mala suerte de apoyar la palma de la mano en una baldosa floja, que dio una repentina media vuelta y le escupió un chorro de agua en la cara. A esta altura, nada podía importarle menos. Se quedó un buen rato recobrando el aliento. Estaba bajo techo; la lluvia era un ruido nada más. Respiraba pesadamente. Tuvo hipo, y despidió espontáneamente por la boca unos litros de agua. Con eso quedó bastante tranquilizado, casi bien.

Pasado un rato, se sentó en el suelo. Las tinieblas allí adentro eran completas, pero el fulgor de los relámpagos marcaba el hueco de la puerta por donde había entrado. Se dijo que por el momento estaba a salvo, y se sintió tentado de rezar. Movió los brazos. No podía seguir chorreando tanto. No había posibilidades de secarse decentemente (la casa estaba obviamente abandonada, y además no parecía una casa), pero por lo menos podía escurrir la sotana. Se la sacó, con gran trabajo, y estaba tan exhausto que al terminar la sostuvo unos momentos en las manos, como a una criatura, sin atinar a nada. Después empezó a enrollarla y a apretar. Oía caer los chorros en el piso. Era una sotana de grueso paño, lo que volvía más engorrosa la operación. De pronto, sintió entre las manos, a través de la tela, un ser alargado y flexible, que parecía querer escabullirse. ¡Una víbora! pensó con gran alarma. El susto casi le produce un paro cardíaco. Apretó con toda la fuerza de que fue capaz, para que no se le escapara. Tenía que matarla, pero ig-

noraba cómo se puede matar a un ofidio en esas condiciones. Doblarlo, parecía más bien inconducente, porque esos animales se doblan solos. De todos modos lo hizo, con energía. Le buscó al tacto la cabeza, y se quiso morir al tocar unos durísimos colmillos en forma de círculo (debían de ser colmillos, porque no creía que fuera una aureola); ese extremo lo retorció para un lado y otro con entusiasmo que rayaba en la manía. En eso estuvo largo rato, y fue útil porque terminó arrancando hasta la última gota de agua de la sotana. Aun así no quedó del todo satisfecho, y se le ocurrió un arbitrio para deshacerse con seguridad de la alimaña. Fue a la puerta, sacó los brazos al exterior y sacudió con fuerza la sotana, tomándola por el ruedo, y desvirtuando al mismo tiempo el trabajo anterior, pues la lluvia volvió a empapar el paño, y a él en el marco de la puerta. Sacudió un buen rato, ansioso por asegurarse. Pensó, desanimado, que no podría estar seguro de ningún modo. Siguió sacudiendo, mecánicamente, y de pronto, a la luz de un relámpago vio desprenderse de un pliegue de la sotana azotado por la lluvia, a la serpiente recortada contra la luz celeste, en el preciso sitio, diríase, donde circulaba el relámpago, pero lejos de caer al agua como él se había propuesto, por el impulso que él mismo le daba con el vigoroso manteo la serpiente brincó hacia atrás, y le cayó adónde si no, en la cara. Su terror fue tal que estuvo a punto de soltar la sotana; eso habría sido grave, porque de caer afuera, en el agua, no la habría vuelto a ver. En realidad, la soltó, pero tanto peso había tomado al embeberse por segunda vez que cayó ahí mismo, a sus pies, como una piedra. De cualquier modo, en ese momento no pensaba en la sotana, sino en el reptil que tenía en la cabeza. Se lo arrancó con las dos manos, aferrando con repugnancia, pero no sin vigor, el delgado cuerpo flexible y duro a la vez, y ya estaba por arrojarlo lejos, a la inundación,



cuando sucedió que un relámpago le hizo ver que se trataba de la correa de la valija, la que lo había sujetado del cuello durante el viaje. Había tomado por colmillos un anillo metálico en un extremo. Se quedó paralizado. Su propia estupidez, su pusilanimidad, lo anonadaban. Dejó caer la manija a sus pies, donde también estaba la sotana.

La excitación, y el ejercicio violento, habían mitigado en términos de temperatura los efectos de la mojadura, en paños menores, que había recibido en el marco de la puerta. En el anticlímax, se sintió más aterido que nunca. Tomó una resolución heroica: se sacó la camiseta y los calzoncillos largos de frisa, y los escurrió arrollándolos a fondo. Luego se frotó todo el cuerpo con la camiseta hecha un bollo. No lo secó, por supuesto, pero lo dejó colorado, reanimada la circulación. Se los volvió a poner, recogió la sotana, la escurrió someramente y se la puso. Todo seguía mojado, aunque ya más aceptable. Se sintió casi bien, salvo por una molestia que le bajaba del hombro hasta el omóplato, y que atribuyó a un desgarro.

Se puso a considerar la situación en la que se encontraba. Eso siempre lleva lejos. A él, en esta ocasión, no tanto. Aparentemente, estaba en una construcción abandonada, pero en estado, todavía, de resistir a los elementos. Ahora bien, en cualquier momento podía transformarse en una construcción sumergida, y dejaría de servirle. Por el momento no podía hacer nada al respecto. Aunque el techo, de chapas, se mostraba sólido, y llegado el caso podía subirse a él. De la índole de la construcción, no podía decir cosa alguna. Lo intrigaba, por ejemplo, la falta de ventanas. No creía que hubiera sido una casa de familia, porque este primer ambiente era demasiado pequeño. ¿Había otros? Eso debería de ser fácil de verificar, pero la oscuridad era un impedimento. La luz de los relámpagos alumbraba sólo la lluvia, afuera.

Con todo, había un método, que consistía en seguir con un dedo el perímetro de la pared. Como no tenía otra cosa que hacer, lo puso en práctica. Empezó por donde estaba, a la izquierda de la puerta, y llegó hasta el primer rincón sin novedad. La segunda pared, más larga, tampoco tenía accidente alguno. En el rincón del fondo había algunas telarañas, que no lo detuvieron. En la pared del fondo (y aquí se movía en la tiniebla más absoluta) sí encontró algo. Una puerta. Más bien un portón. Le pasó la mano, pensativo. Era de esa chapa acanalada horizontalmente, que se usaba en cortinas enrollables. Algo rarísimo en un interior, si bien un portón podía dar al exterior. En ese caso él había entrado por la puerta trasera. No sonaba verosímil, pero bien podía ser. Buscó al costado la típica cadena con la que se levantaban esas cortinas, la desenganchó del clavo y dio un tirón de prueba. Subía, con cierta dificultad. La izó toda. El esfuerzo volvió muy agudo el dolor en el hombro, pero la curiosidad hizo que no se detuviera en ese detalle. Se asomó a mirar, con cautela. Un gran relámpago aislado que sonó afuera le permitió ver un espectáculo inesperado. Se trataba de un gran galpón estrecho, de unos veinte metros de largo, con banderolas a la altura del techo, que era muy alto. El piso estaba cubierto de agua, en la que flotaba balanceándose un enorme árbol, probablemente un eucaliptus, todavía con todo su follaje. Como no vio otras aberturas, era como para preguntarse por dónde había entrado ese árbol. ¿Por abajo? La oscuridad se hizo sólida. Dio un paso atrás, intrigado, y después volvió a bajar la cortina; no olvidó enganchar la cadena en el clavo, como la había encontrado. Volvió a la puerta, a pasos lentos.

Se quedó un rato mirando la lluvia, que caía con más fuerza que nunca. No se veía nada; los relámpagos habían cesado por el momento. Por el sonido se calcu-

laba la distancia vacía. Era una resonancia interminable, y a la vez bastante íntima. Se le ocurrió que esta construcción, fuera lo que fuera, no podía estar aislada del todo. Quizás muy cerca los cuidadores o serenos, o tal vez los estancieros de estas latitudes, escuchaban plácidamente una audición de radio, sentados junto al fuego, con un vaso de whisky en la mano. "¡¡Socorro!!", gritó adelantando la boca hacia el hueco de la puerta. Varias gotas le cayeron en los labios. Volvió a hacerlo: "¡Socorro! ¡Socorro!" El fragor de la lluvia parecía ahogar sus pedidos de auxilio, pero nunca se sabía. Pensó en eso, justamente: que las palabras que uno lanza al mundo suelen dar las vueltas más caprichosas. ¿Quién oiría las suyas? Exaltado, hinchó el pecho para lanzar un pedido de auxilio más sonoro que los anteriores. Al hacerlo, el dolor del hombro se hizo lancinante. El tórax se replegó en un desfallecimiento, y el grito salió ahogado. Se llevó una mano al sitio lastimado, y cuál no sería su aterrada sorpresa al encontrar una protuberancia alargada que le bajaba hacia la espalda. Pensó de inmediato en un hueso salido de su lugar, quizás asomando. Se vio lisiado, o por lo menos jorobado, que era peor. Le repugnaba comprobarlo, pero no tenía más remedio que hacerlo si quería salir de dudas. De modo que se llevó una mano a la nuca, y la metió por debajo del cuello de la sotana, que por suerte era holgado, exprofeso, pues nunca había soportado nada que le apretase esa parte del cuerpo. Estiró los dedos con precaución por el hombro, bajo la camiseta húmeda, hasta tocar algo duro. Lo palpó con infinitos cuidados, lo movió un poco, lo tomó con dos dedos, tiró suavemente, lo sintió deslizarse, tiró con más decisión, y terminó sacándolo por entero. Un relámpago oportuno le permitió ver, en la mano, a la correa de la valija, la que le había salvado la vida sujetándolo por el cuello, y después lo había alarmado al pasar por una víbora, y

ahora por una deformación. Era increíble que ese objeto siguiera persiguiéndolo. Fue presa de una furia ilimitada. Ese contratiempo era la gota que rebalsaba el vaso de su paciencia, ya tan colmado por aguas menos metafóricas. Dio un paso hasta el umbral de la puerta, y sin cuidarse de la lluvia, con un enérgico movimiento la arrojó tan lejos como pudo. Otro relámpago, que ni prendido adrede, lo dejó ver la trayectoria de la malhadada manija; se hundió a veinte o treinta metros de distancia, con un chapoteo, entre todos los demás, imaginario. "¡¡Socorro!! ¡¡Socorro!!", gritó el cura, con aullidos ahora sí lancinantes, porque estaba fuera de sí. Más que de miedo o soledad, de indignación.

Estos últimos gritos tuvieron un efecto, aunque no exactamente el que había previsto, o como lo había previsto. Despertaron a alguien que dormía en esa misma habitación, alguien que había estado ahí todo el tiempo, y con el que no había tropezado por milagro. Oyó el gruñido del que se despertaba, sintió en carne propia ese sobresalto que no se sabe a qué obedece, y que no puede considerarse en realidad un movimiento del cuerpo (ni del alma, que para el caso es lo mismo), pues no se lo ve comenzar. Hubo un aleteo de pálido miedo en la oscuridad; más que miedo, una especie de desamparo o nostalgia. El sueño, presente e invisible hasta ese momento, había sido un aliado, como en los cuentos de hadas o en los desplazamientos de los sonámbulos; el hombre, era otra cosa. El cura habría querido decir de inmediato: "soy un ser humano", porque le parecía necesario, pero con todo resultaba algo intempestivo; su larga permanencia en la Capital lo había hecho a la vez demasiado civilizado para eso, y a la vez no tan civilizado para lo intempestivo (por ejemplo, no era un inglés). Hasta un "hola" estaba fuera de lugar. Pensaba rápido. Sintió un movimiento; con seguridad se estaba sentando. Algo tenía

que decirle, antes de que fuera ridículo hablar. Se decidió por algo trémulo y como improvisado (lo fue, al fin de cuentas): "Eh. No se asuste." La respuesta vino inmediata y clara desde la oscuridad: "¿Y mi caballo?" "¿Perdón?" "Mi caballo. ¿No lo vio?" "No vi ningún caballo", dijo el cura. El desconocido se había puesto de pie. Debía de ser un hombre alto, pues la voz venía desde arriba. "¿Usted recién llega?" El cura reflexionó. "Hace un buen rato que estoy aquí", dijo, y agregó: "Como verá, está lloviendo." No era el momento de contarle toda su historia. Ni siquiera se sentía en condiciones de hacerlo. "Ya sé que está lloviendo. ¿Qué hora es?" "Eso sí que no lo sé." "Yo tampoco. No tengo reloj." "Yo ni siquiera uso reloj." (Esto último para prevenirse de malentendidos; no sabía cuáles.) "Me refugié aquí", dijo el desconocido, "al caer la tarde, cuando se largó a llover. Dejé el caballo en la puerta, me metí acá, y cuando oscureció me quedé dormido. Ahora..." Esta última palabra, se le ocurrió al cura, podía querer decir "ahora ya *es* de noche", por lo que se apresuró a aclarar: "Hace mucho que es de noche." "No creo", dijo lacónicamente el desconocido. "Al crepúsculo yo pasaba por Olavarría", dijo el cura. Silencio. "Venía en tren", dijo aún el cura, "y descarriló". El silencio se mantuvo. Era increíble lo pesado que algunos tenían el sueño. Vio algo moverse contra el resplandor oscuro del hueco de la puerta. "¿Eh?" "¡Que no veo al caballo!" "¿Y cómo va a verlo? Se lo habrá llevado el agua." "No puede ser." "Si yo le contara..." "Lo dejé bajo el alero, pero ahora me doy cuenta de que no había alero. De haber sabido lo metía conmigo." "¡Lo que nos faltaba!", pensó el cura. "Y ahora quién sabe dónde se ha metido." Cada una de sus palabras tendía, casi con malevolencia, a quitarle importancia a la lluvia. Como si fuera una llovizna apenas molesta. Como si acabara de caer la noche. Como si todo el problema fuera encontrar el caballo para llegar a tiempo a un baile.

De pronto, su figura se recortó en la puerta, entera y decidida, contra el chispazo de un relámpago brevísimo. "¡Voy a buscarlo!" Milagro que se molestara en darle la información. "¡Pero cuidado, hombre! ¡Se va a hundir!" Se atropellaban en su lengua mil relatos, indicaciones, precisiones. Sobre todo, el tiempo, el tiempo que había pasado y que este insensato desconocía. "No se preocupe", oyó, y lo sintió salir corriendo.

El cura se precipitó a la puerta, y ya no pudo verlo. Metió el cuerpo tras la pared, y asomó un poco la cabeza, aunque se mojaba la cara, esperando el relámpago. Pero cuando se encendió, la lluvia era demasiado espesa para dejarle ver nada. ¿Se habría caído en un pozo, en una hoya disimulada por tener los bordes tapados de agua, y en este mismo instante se asfixiaba, moría, quizás pedía auxilio, como él un poco antes? Contuvo la respiración. Si el ruido de la lluvia era enorme, ahí adentro con el retumbo del techo de chapas era mucho mayor. Y sin embargo, le llegaron bien claros unos silbidos, con los que el desconocido llamaba a su bestia. Unos sonidos metálicos que cortaban la tormenta. Y, siempre dentro de la tónica de ese sujeto, eran silbos desconsiderados con la magnitud de la catástrofe que sobrellevaba la tierra, eran más bien funcionales, inmediatos, destinados a obtener un efecto tan prosaico como la localización de su caballo. Sea como fuera, y en el grandísimo fragor, no se oía nada de nada. Un tenebroso desierto. ¿Qué diferencia había entre esto y la alta mar, una noche sin luna? Había una, en realidad: el cristianismo. Una diferencia a favor del mar. Porque un pez iluminado, un pez de fósforo, podía volver claro lo oscuro. No necesariamente un tubo de neón en forma de pez, sino esa pura iluminación flotante, que sobrevuela lo nocturno; una luciérnaga grande, pero oculta; la luz misma como un pez voluble, ensimismado, fluido.

Estaba solo de nuevo. Los silbidos habían dejado de oírse. "A ése no lo vuelvo a ver", pensó. Qué extraña era la vida. Un compañero de desgracia pasaba veloz como un meteorito, un minuto era demasiado para él, aun cuando la desgracia siempre volvía permanente las compañías. Pero no. Este había surgido de lo más profundo de la tiniebla, sólo para ir a extraviarse en otras tinieblas más peligrosas. Apenas si había señalado su aparición. Debería haber aprovechado para preguntarle un par de cosas; una sobre todo a la que volvía en sus pensamientos: ¿dónde estaba? Después de la cena en el vagón comedor, había venido durmiendo hasta el descarrilamiento, y no tuvo tiempo de enterarse del sitio en que éste se produjo. Podía hacer ciertos cálculos, pero ahí terminaba su saber. Además, ese hombre debía de saber si había casas cerca, si podía contar con un auxilio, mil cosas útiles que él ignoraba y lo intranquilizaban. Y lo más probable era que no lo volviera a ver. Todo por esa obsesión del caballo. Si tanto le importaba, ¿por qué lo dejó afuera, expuesto a la lluvia y a los rayos? (porque estaba seguro de que encima tenía que ser un caballo blanco, de los que atraen la electricidad). Atavismos, atavismos. En la era del tractor, seguir fijado en el caballo. Y lo peor, pensaba, era que ese bárbaro podía encontrarlo, y traerlo aquí adentro a que les hiciera compañía. La gente de campo, lo sabía por experiencia, tenía una endiablada capacidad para lograr lo que se proponía. Eran eficaces. Pero hasta cierto punto nomás, por eso eran pobres. Y no tan eficaces como para que saliera airoso de esta prueba. La muerte sería la valla detrás de la cual quedarían las respuestas a unas pocas preguntas. Eso lo llevó a pensar en la muerte; era uno de sus temas favoritos, pero también uno de los que menos tiempo ocupaban su mente. Era una interrupción. Eso mismo le pasaba a su pensamiento. Las respuestas se manifestaban

apenas en el suspenso previo a su presencia, y entre tanto quedaba el fantasma, que no era poca cosa.

En esas ruminaciones estaba cuando se produjo un aterrorizante incidente. El desconocido volvió, entró, medio de sorpresa, medio según lo previsible, desde abajo, como el cura mismo lo había hecho; seguramente viniendo de ese lado, de la derecha, a la puerta se subía por una escalera que faltaba. Lo vio izarse trabajosamente, y llegó un momento en que tuvo la plena convicción de que no era la de él, no era siquiera una cabeza humana. Se le heló la sangre en las venas, no por primera vez en la noche. Pero no tenía la seguridad de nada. "¿Es usted?", dijo. "Sí", se limitó a responder, no de buen tono, la voz del otro. Pero no provenía exactamente del sitio donde estaba, o el cura calculaba que debía estar, el bulto. Un relámpago disipó la intriga. El desconocido, totalmente mojado (se oía el agua que llevaba encima) bajo el brazo traía la cabeza de un caballo, seccionada por la mitad del cuello. ¡Qué grande era una cabeza de caballo! Así cortada se apreciaba mejor su tamaño, mientras que puesta en su sitio, la desmesura de una cabeza de caballo se disimula. Oyó unos pasos húmedos, y un roce húmedo. La testa debía de haber sido apoyada reverencialmente en el piso. No se sentía con fuerzas para preguntar nada, pero no fue necesario. El desconocido le hizo un relato voluntario de lo que había pasado. "Mi pobre caballo, que ni siquiera es mío, ha muerto, por pura mala suerte. Una correntada lo arrastró, aquí mismo, y el molino que había caído un momento antes lo enganchó por las cuatro patas y rodó con él, no sin antes cortarle la cabeza, que sobraba del polígono. Por eso la pude encontrar. No vaya a creer que la traje de recuerdo. Tengo que mostrársela al que me lo prestó, para convencerlo de que no lo he vendido." Suspiró. "El pobre animal", se atrevió a comentar el cura, "estuvo condenado desde que

cayó la primera gota." El desconocido no lo tomó a mal. Se limitó a contestar: "Fue la mala suerte. Sucedió en un instante. Me quedé dormido porque pasé el día ocupado, haciendo cosas." ¡Volvía a lo mismo! "No fue un instante, perdóneme. Fueron varias horas de lluvia intensa. Como ahora." "No creo que haya sido tanto." "Créalo, porque es verdad." "Si usted lo dice..." El cura recapitulaba velozmente. No sabía qué podía ganar con hacerle reconocer la verdad, pero prefería que prevaleciese. "Hace largas horas, cuando yo pasaba en el tren por Olavarría, se hizo de noche y empezó a llover. Después cené, me dormí, y después hubo un descarrilamiento, y me salvé a bordo de una zorra que flotaba, y después de mucha deriva llegué aquí. Ya ve que no fue un instante." "¿No lo habrá soñado?" En efecto, todo parecía un sueño. ¿Y con eso qué? Este sujeto descontaba el tiempo que había dormido, ateniéndose a una lógica irrefutable desde su punto de vista, que era la falta de punto de vista. "¿No habrá soñado?" "¡Pero si a esa hora yo pasaba por Olavarría!", repitió por tercera vez, confiado en el énfasis de lo real del nombre de la ciudad. El silencio del otro le indicó que, directamente, no creía en "Olavarría". Era de esa clase de gente primitiva que no veía más allá de sus narices, o de su rincón oficial. Gente que decidía, de entrada, no calcular las distancias que forman el mundo, y el tiempo que llevaba recorrerlas. ¿Para qué servía nacionalizar los ferrocarriles, pensó el cura, con un pueblo así? Prefirió cambiar de tema: "Una lluvia como ésta que estamos padeciendo", dijo, "no ha de haberse visto nunca antes por aquí, ¿no?" "No sé, señor, como duermo tanto, quizás un día me perdí una más grande." Se burlaba de él. No le siguió la corriente. Irritarse habría provocado más sorna. "¿Usted es de aquí? ¿Adónde estamos, exactamente?" "Este sitio en particular no tiene nombre." "¿Pero en qué partido está?" "Habría que consultar el catas-

tro." Un silencio. "¿De qué pueblo está más cerca? Perdone la insistencia, pero como ignoro adónde he venido a parar..." "No tiene nada que hacerse perdonar, señor. Estoy para servirle." "Le había preguntado de qué pueblo..." "Ah, sí. Bueno, en este punto, no hay ningún pueblo *muy* cerca." "Pero, relativamente, supongo que alguno estará más cerca que los demás. Es para hacerme una idea nomás." "En realidad, está más o menos a igual distancia de dos pueblos. Hasta de tres, diría yo. No creo que así pueda hacerse una idea correcta del lugar." "Yo tampoco lo creo", dijo el cura, devolviéndole sorna por sorna, "pero adónde, adónde estamos, por favor." "Y yo qué sé", dijo el desconocido con un encogimiento de hombros casi audible, fastidiado por la insistencia. Se quedó callado, y el cura también.

Una hora después, seguían callados. Lejos de amainar, la tormenta había conservado su tono desmesurado. Ya no podía pensarse en términos de un alivio de las nubes, o una mera caída del agua que estaba arriba; el razonamiento mecanicista que suele acompañar a la lluvia quedaba descartado por la continuidad espantosa del meteoro de esta noche. La mecánica implica un medio y un fin; y no se veía el fin, lejos de ello. Las limitaciones de la mente, en un caso semejante, se aferraban a una idea de lo sobrenatural. ¿Existía una lluvia eterna? La eternidad, pensaba el cura, no debe medirse, como groseramente se hace casi siempre, por la mera extensión en el tiempo. Un instante basta. Por lo general, es un instante de más.



Asimismo, es un instante de realidad. Es como cuando la gente se dice: "tenía que sucederme esto *a mí.*" Porque la realidad, por definición, se sufre en carne propia, y con un cierto asombro. No era sobrenatural. Era eterno. Y el hilo blanco que recorría sinuosamente la trama, era la esperanza. Como decía un surrealista: "mañana, será de día."

Nada de día había en la noche. Los relámpagos, eran un subrayado en la oscuridad. El ruido del agua precipitándose en el agua era una gran ceguera que subía y subía. La creciente vencía a la gravedad, y aun así la gravedad insistía, se hacía terrorífica, empujaba al planeta hacia inauditas profundidades. ¿Qué quedaría de esos campos, hasta ayer fértiles (seguramente) y hoy trastornados por las sombras? En trémulos palafitos, el hombre buscaría su supervivencia entre dédalos de nubes que habrían bajado a ocultar sus miserias.

Lo que sí, la lluvia ahora parecía más regular; salvo que nunca había sido "irregular"; o lo había sido todo el tiempo, y sólo ahora percibía un concierto monótono, sin saltos. Casi podía decirse, y era un consuelo, que simplemente llovía, como había llovido tantas veces sobre el mundo. Con los relámpagos pasaba otro tanto. Ellos por su parte simplemente iluminaban la escena, con su cortejo de notorios momentos. El gran paisaje gris (agua, agua y agua) simplemente se veía, extendido allí enfrente como una visión.

Los dos hombres estaban sentados inmóviles en el suelo, cerca de la puerta, pero donde no llegaban las salpicaduras. Estaban quietos como piedras, estúpidos y musgosos. Y la cabeza del caballo, erguida. Se diría un caballo vivo emergiendo, con los ojos saltones por el espanto y la crin pegoteada, de una charca de arenas movedizas. Igual que el fragmento de bestia, ellos con-



servaban con facilidad la posición quieta, como gente atenta a algo. ¿Qué decía la lluvia? No había que descartar su murmullo; porque era eso, un murmullo, multiplicado y resonante, no una aclamación, que era lo que parecía. No eran secretos, por cierto, aunque su estruendo ocultara una melodía de partículas. Era un secreto, a su manera. No decía nada. Hay que hablar para decir algo.

El desconocido, sentado algo más adelante que el cura, le mostraba a éste su perfil abstraído. Tuvo tiempo de sobra para observarlo, y como suele suceder en esas ocasiones, la observación culminaba su ciclo y, en una permanencia aberrante, lo recomenzaba con extrañas repeticiones, con extrañeza (que era lo único que, al fin, se repetía) siempre mayor. Contra lo que había creído en un primer momento, resultó ser un hombre joven, muy joven, casi un niño grande, de esos adolescentes demasiado crecidos que se dan en el campo. El cuerpo era robusto, atlético. El rostro, muy bello, de rasgos perfectamente regulares como los de un ángel de la pintura; la barba de dos días no le quitaba su irradiación de hermosura, ni lo hacía hirsuto o cruel.

No se había quitado la ropa para escurrirla. El cura, que lo había hecho, todavía la sentía irremediablemente húmeda, con lo que podía imaginarse el estado en que se encontraba la de su ocasional compañero de desventura. No se había quitado la ropa para escurrirla... pero podría haberlo hecho. En ese caso, habría entrevisto la silueta de un cuerpo de rara perfección, un cristo despreocupado, tranquilo como un gato antes de irse a dormir, y cuya mayor preocupación, podía jurarlo, era que se le hubieran mojado los cigarrillos.

De lo que resultaba, al fin, que las visiones siempre están disponibles. Las grandes y públicas, como la visión sobrecogedora de la inundación, pero también las peque-



ñas y privadas, como la que había creído poder deducir observando al desconocido. Era: el cine. El arte de las visiones. El gran arte del cine, el más grande de todos según el cura, había llegado a su culminación cuando el movimiento se había puesto al servicio del éxtasis —cosa que había sucedido muy temprano, y no era de extrañar, pues las artes nacían perfectas, criaturas minervinas, radiantes, hijas de la excentricidad del hombre, no de su concentración. Y si las dos visiones que en este momento se alzaban en la conciencia del náufrago eran sendos efectos de la ceguera, la una por la inocultable sombra en la que ocurría, la otra porque ni siquiera ocurría, el cine como arte era el último y definitivo entretenimiento de ciegos que hubiera producido la humanidad. Por eso le faltaban los colores, que era lo que faltaba esta noche, y todas las noches. El gris era la traducción universal del mundo. Era curioso... Veinticuatro iluminaciones por segundo producían la ilusión de ver. Mil relámpagos en una noche de lluvia... Veinte palabras por minuto producían la ilusión de conversar. Todos los días de un año o de una vida producían la ilusión de un bello cuerpo vivo. El amor también producía ilusiones. El cine estaba en la base de todo. La vida nacía de la luz, pero la luz debía traducirse a los términos del entendimiento, a los mecanismos sutiles del gris, pasando por los grandes y aterrorizantes estadios de la ceguera. Y de algo más, pensaba el buen cura: estaba la muerte, por ejemplo la muerte desesperada bajo el agua, la momia pesada que arrastraban las mareas, el rebote mudo en los fondos, de donde nada regresaba. Un predicador furioso y apocalíptico parecía gritar en las pantallas blanquísimas de la noche. Cristo era un esqueleto de gestos torpes, un Buster Keaton en el fondo del mar, el rey de los peces. Encadenado en su butacón de espantos estaba, mudo y cataléptico, el espectador.

El cura tenía motivos para saberlo, porque había dedicado las décadas de su madurez intelectual (estos últimos veinte años, entre los cuarenta y los sesenta de edad) al estudio del cine. Y no es que hubiera pertenecido originalmente a ese sector del clero que podía considerarse intelectual o teólogo aplicado, sino que había hecho una carrera sui generis, y la promoción al campo del saber, que era por derecho uno de los campos privilegiados de la divinidad, la había logrado por sus méritos. Había comenzado como cura rural, de parroquia bárbara y semidesértica; fue cura de El Pensamiento durante muchos años, antes de que comenzara la decadencia de esa perdida localidad ovejera. De hecho, ése era el motivo de su curiosidad esta noche, ante el desconocido, respecto del sitio en que se hallaban: un somero cálculo le indicaba que, si había pasado durmiendo la estación de Pringles, y los declives del agua habían movido la zorra, como era lo más lógico dada la conformación de las cuencas, en dirección al sur, este refugio misterioso no debía de estar lejos de su antigua jurisdicción. Prefería no pensar en aquellos tiempos, que de todos modos habían sido fecundos en lecturas y estudios. Sus dotes sobresalientes le valieron que el Obispo lo recomendara a la Curia, y como una cosa trae otra, y el momento coincidiera con una etapa de vigorosa expansión eclesiástica en el terreno cultural, terminó instalado en Buenos Aires haciendo las veces del principal asesor del arzobispado en materia cinematográfica.

El descubrimiento del cine, tan tardío en su vida, había sido crucial para él. El arte del siglo lo había estado esperando, y él descubría, en el descubrimiento, que era un hombre del siglo, antes de cuyo comienzo había nacido. Era, al fin, la posibilidad de pensar, de la que todo lo anterior había sido una preparación. Se hizo asiduo de los cine-clubs, de todas las salas del centro y de los ba-

rrios, no se perdía estreno, reposición o función especial; llegó a ver hasta tres películas por día. Estaba en todas las privadas para cronistas, desde que tuvo el carnet correspondiente cuando comenzó a escribir reseñas para un semanario católico; sus críticas eran muy leídas y consideradas, pues a un gusto muy seguro sumaban una incomparable erudición, tanto más notable por ser nueva. Fue concienzudo lector de todo el material escrito sobre el tema que cayera en sus manos, en varios idiomas. Recientemente un editor le había ofrecido publicar en volumen una recopilación de sus artículos, pero prefería esperar, y organizar sus cuantiosas notas en un libro orgánico.

Con el tiempo, su trabajo había tomado un cariz más amplio. El estadio técnico y propiamente artístico de sus estudios había sido un entrenamiento, inmejorable como tal, para una consideración general del arte, la política y la religión. Sus superiores habían sido los primeros en notarlo, inclusive antes que él, y habían pensado en sacarle provecho en una época que se anunciaba de prueba para la Iglesia argentina. Los destinos inesperados de su persona estaban en augustas manos. Las consecuencias de su inteligencia ya escapaban de su percepción; eso sucede cuando uno se pone a estudiar. Por lo pronto, lo habían llamado a la Santa Sede, y tenía fecha para embarcarse en un transatlántico. Qué se iba a imaginar que se vería en este otro mar de improviso. El viaje en tren que con tan malhadado fin había emprendido el día anterior tenía por meta la ciudad bahiense de Punta Alta, donde vivía su única hermana. Estaba enferma de cáncer y quería despedirse de ella antes de zarpar; no sabía cuándo estaría de regreso; no podía confiar en la supervivencia de su hermana mayor, que a estas alturas ya tenía un matiz de milagro. Ella misma le había pedido esa visita; aunque librepensadora, como todas las mujeres de

su familia, había conservado una cariñosa veneración por su hermano cura. El horario de llegada del tren a Punta Alta era las once de la noche; su cuñado, o alguno de sus sobrinos, habría ido a buscarlo a la estación; ya estarían enterados del descarrilamiento; con toda seguridad lo daban por muerto.

Y no lo estaba, increíblemente. Quién sabe por cuánto tiempo, pero por el momento gozaba del irreversible don de la vida, y hasta podía jactarse de una relativa buena salud; que fuera a resfriarse era una contingencia segura pero secundaria. También podía morir ahogado: el agua lo vigilaba de cerca. Dadas las circunstancias, no tenía nada que hacer. Estar sentado mirando un rectángulo que se iluminaba con parpadeos blanquísimos. Estar quieto, pensando, mientras los demás se preocupaban por lo que no había pasado. O sea: el cine.

Toda ocasión, como suele decirse, era buena para pensar. Adagio equivocado por completo. El cine era el teorema que lo demostraba. En realidad, no había ocasión que no fuera buena para abstenerse de pensar. Pero las ocasiones eran un epifenómeno del pensamiento; de ahí podía provenir el error. El cine, cuando su estudio se agotaba y todo estaba dicho sobre él, no era otra cosa que la ciencia práctica de la producción de ocasiones. Si la mentalidad ingenua tendía a creer que éstas eran infinitas, el fluido y simplísimo mecanismo de los veinticuatro cuadritos por segundo desmentía ese razonamiento, y todos los demás. Era una suprema paradoja la suya, haber criado fama de hombre inteligente a partir del cine. La "máquina de pensar", como la habían llamado sus pioneros, no era un auxiliar para el pensamiento, todo lo contrario. En la pantalla estaban los monstruos.

Le echó una mirada a la cabeza de caballo, lo más visible de la escena (dentro de lo muy escasamente visible que era todo) por el sitio donde había quedado, o quizás

por una fosforescencia propia del cuero de caballo, o un residuo de centella que le hubiera quedado adherido. Vio algo, un movimiento que lo sobresaltó heladamente. La cabeza tenía los ojos muy abiertos, pero la boca apenas entreabierta, con el belfo cubriendo los dientes. Del centro mismo de la boca salía algo, una especie de cinta, deslizándose. "La lengua cae", se dijo el cura con un atontado tartamudeo mental. Habría sido una explicación tranquilizadora, de no haber mostrado ese objeto una delgadez excesiva para ser la lengua de un caballo. Salvo que un caballo tuviera la lengua de un sapo. ¡Ovidio! Un frenesí de terror lo aleló más todavía de lo que estaba. La cosa seguía saliendo. Ya llevaba unos diez centímetros. ¿Y si caía al piso y se perdía en la oscuridad? En ese caso, decidió que le llamaría la atención al desconocido. ¿O debía hacerlo ahora? Cuando eso estuviera reptando, fuera de su vista, sería difícil hacerse creer. Simplemente, no podría. De tanto pensar en el cine, se había paralizado. Quince centímetros. Dieciocho. Veintidós. Lo único sensato era que fuese una culebra. Pero no. Era inerte, de eso estaba seguro. Los seres vivos no caen así, lento y firme, de una cabeza cortada. Esto era una "ilusión de movimiento". Cuando estuvo unos treinta centímetros afuera se detuvo. Los relámpagos a esta altura mostraban una insistencia casi chillona. No pudo sino reconocer de qué se trataba: de su vieja amiga, la correa de la valija, ¡otra vez! Se la había tragado el caballo, o sólo la cabeza, en sus botes subacuáticos, y ahora había obedecido a la simple ley de la gravedad al endurecerse los músculos, inclusive los músculos del cráneo, de las sienes del bruto, y salía a la luz como un testimonio trivial de que estaba ahí, nada más. Largo rato la observó gotear con regularidad lúgubre.

Cuando al fin logró apartar la vista y volvió a mirar el cuadrado de la puerta, le pareció que el agua había



crecido. Ya estaba sobre ellos. Por un efecto de la perspectiva, cubría toda la superficie visible, como un muro. Hay una ilusión persistente, que podría llamarse "ilusión del mapa", que vuelve vertical lo horizontal. Es lo cinematográfico de la inundación. Al pensarlo, el cura por primera vez en estos acontecimientos llegó a decirse que su fin podía estar próximo. Era algo así como la venganza del cine; de su inveterada pasividad, el dispositivo pasaba a una actividad amenazante, la dirigía contra él, contra su persona, y lo preservaba un poco para hacérselo entender. La desesperación lo relajó, hasta los bordes de la ensoñación impráctica. Todo coincidía. Que la cabeza del caballo hubiera vomitado esa manija de cuero, ¿no era algo que pasaba sólo en el cine? Esa lentitud deliberada, la mudez, los parpadeos... Estaba en las manos de su propia creación. Hasta el desconocido cumplía esa función; en el cine todos los hombres eran desconocidos, que preparaban una sorpresa. Una película empezaba con algo reconocible: gente en una casa, tomando el desayuno por ejemplo. Pero la casa era un castillo, a la orilla de un lago. Por las ventanas se veía un árbol desnudo, y en una rama un pájaro. Los pájaros en el cine tienen una cualidad peculiar: son irreconocibles, y se mueven al azar. Sobre el lago soplaba una brisa helada, que no se manifestaba de ningún modo visible. Un bote abandonado entre las ruinas de un muellecito. La mesa sobre la que la familia desayunaba. Colgado en una pared, el retrato de una dama muerta. Era un retrato verdaderamente descomunal (tres metros por dos). Una mano que, de no mediar un truco de filmación sería titánica, lo tomaba delicadamente con dos dedos y lo introducía en el espacio entre dos tablones del bote. La madre le servía una taza de té a su hijo adolescente; pero seguía echando té aun cuando la taza, de porcelana, ya estaba llena; el té muy oscuro llenaba el platito, y después se vería sobre el mantel,



formando una mancha oscura que crecía. El padre, perfectamente blanco con polvos de arroz, y peluca, cerraba los ojos. Un cazador salía de una barraca y bajaba por una barranca boscosa, la escopeta en la mano, la coleta asomando bajo el sombrero de cuero. Llegaba al borde del lago y lo miraba.

Una película, pensaba el cura, es buena o es mala. El producto final del cine son los buenos críticos. La verdadera astucia de un productor de cine es trabajar con muertos, no con vivos. Hay que ponerse del lado de la fatalidad. Los muertos en la realidad no se mueven ni configuran argumentos interesantes, pero el cine puede crear esa ilusión, y es la que mejor le sale. Por lo menos, es la que pone al automatismo de la realidad en posición de buen combate frente al gusto. Cualquier película, la más trivial, mejora con el sencillo expediente de considerarla una danza de cadáveres. Debajo del agua, en ese mundo denso y silencioso donde no se respira, reina una cortesía automática, algo más que intersubjetiva porque es una propiedad del medio. Es el país de los viajes, amables, sentimentales, instructivos. Todo se limita a ver, en la pecera, en la lentitud, los verdaderos gags post-mortem.

Comedias de teléfonos blancos. Música de Xavier Cugat. Un mozo de smoking pasa veloz con una bandeja en alto. La bella rubia aparece, mira, y le dirige un comentario a su acompañante, que es Cristo. Treinta mil etíopes disfrazados de salmones se deslizan a media agua en el escenario. Una frívola inversión hace reír a un grupo elegante: los pesados ceniceros de cristal flotan en el aire, el humo de los cigarrillos se apoya en la mesa.

¡Náufragos, un esfuerzo más, si queréis asistir a la fiesta del fondo!

La conversación se reanudó, como no podía ser de otro modo, con el asunto del clima. No hay que apresurarse a juzgar mal esta costumbre, por muchos motivos, entre ellos el hecho probable de que la humanidad se haya puesto a conversar en razón de las variaciones meteorológicas. En este caso, no había variación alguna: seguía lloviendo, y cómo. "Qué lluviecita, ¿eh?", dijo el cura. "Qué aguacero", corrigió el otro. "No parece que vaya a parar." "En efecto, no parece. Pero quizá pare." El joven había dicho esto con acento cortés, con ánimo de colaborar en la plática. Seguramente se había aburrido de estar callado. Ya no se comportaba como un desconocido indiferente. Y algo en sus palabras indicaba la presencia del niño que había todavía en él. Debía de ser muy joven, más de lo que el cura había supuesto al mirarlo. Le pareció un poco prematuro preguntarle la edad, pero ya lo haría; se lo prometió para dentro de un rato. Por el momento, se limitó a comentar: "La inundación, no importa el alto que tenga el agua, sino la extensión que cubra. Pero la gente se ahoga con la altura, no con la extensión." "Quién sabe...", empezó el joven, y ahí se quedó. "¿Quién sabe qué?", le preguntó el cura, tratando de darle a la pregunta un acento exclusivo de curiosidad, no de reprobación. Prefería no discutir. "Quién sabe... si *será* una inundación." "¿Y qué otra cosa iba a ser, por favor?" "Por ahí a la mañana está todo seco." No pudo reprimir un estremecimiento de irritación. ¡Qué increíble inconciencia! Rozaba la ceguera, la negación. No obstante, el joven, respetuoso, accedió a explicarse, claro que en sus

términos: "Yo digo, no, que para quedarse donde está, el agua tendría que formar un arroyo. ¿Y dónde se ha visto un arroyo que cubra toda la tierra?" Algo aliviado, el cura reflexionó que esas palabras indicaban apenas falta de experiencia. Había que emplear la mayéutica. "¿Y una laguna?", dijo. "No conozco ninguna por este lado", respondió el joven, "sacando la de Mosca, y está lejos". El cura iba a responder a la primera proposición, pero la segunda despertó en él una evocación stendhaliana, y secundariamente un recuerdo vago y lejano, que lo dejó descolocado.

"Además, hace frío, ¿eh?", dijo su interlocutor. "Ah, eso sí", asintió, "estamos tiritando, ¿no?" "No tener unos fósforos, y unas gotas de alcohol de quemar." "El de tomar tampoco vendría mal, ja ja." "¿Se ha fijado las figuras de los relámpagos?" "Increíbles. Larguísimas." "Parecen piolines." "¿Cuántos años tenés, hijo?" "Veinte." "¿Casado?" "No. Soltero." "¿Vivís con tus padres?" "No. Fallecieron." "Lo siento." "He visto caer rayos en el agua." "¿Ahora?" "No. En otras ocasiones." "¿Entonces has visto otras inundaciones?" "Raras veces, cuando se desbordó el Pillahuinco. Pero no fue entonces." El nombre volvió a despertar en el cura una evocación cultural, un "valse" que había compuesto un amigo suyo de otros tiempos, Argentino Díaz González, "Pillán Huincul", la loma del diablo en idioma indio. Lo confirmó en su creencia de que estaba en la región que había habitado décadas atrás. Pero no quiso volver a ese asunto todavía. Estaba persuadido de que le convenía ser prudente, como el que pisa un suelo móvil. Esta noche, por cierto, nada en el suelo daba la impresión de no moverse.

"Si no han levantado terraplenes en los pueblos de por aquí", subrayó estas últimas palabras para recordar que seguía sin saber cuáles eran esos pueblos, "ya ten-



drán el agua bajo la cama." "Eso si las camas son altas", replicó el joven con calma. "Dios es providente", dijo el cura con sutil cautela: "hizo altas las patas de las garzas." El joven bostezó enérgicamente antes de responder: "Yo no me acostaría en el plumón de una garza." Al cabo de un momento, agregó: "De hecho, duermo en el piso." "¿Sí? ¿Cómo es eso?", le preguntó el cura, muy interesado. Pensó que el muchacho, atlético como era, podía sufrir de un problema en la columna. Como muchas personas mayores, se apasionaba inconcientemente por cuestiones médicas. La explicación en cambio le cayó tan por sorpresa como un rayo en aguas tranquilas: "Soy peón." Se hizo un silencio impenetrable.

"Más de una vaca ha de haber perecido ahogada", dijo, medio al azar. "Mucho más, señor, en efecto. *Una* vaca puede atragantarse, con sol radiante. Esto llama naturalmente a las grandes cantidades." "Y ovejas", dijo el cura gustoso del giro más civilizado que tomaba la plática. "Ovejas, miles", dijo el otro, "tienen menos instinto de conservación". "¿Sí? Nunca lo hubiera dicho. Parecen animales resistentes." "Lo son. Casi demasiado. Es la causa de que hayan desarrollado menos ese instinto." Al cura el razonamiento le pareció irrebatible. Supuso que el tema estaba muy pronto a agotarse: "Y caballos, seguramente." El joven volvió la cabeza, pensativo, hacia la cabeza del que había sido el suyo: "El pobre Turbante", dijo, "o lo que queda de él, precisamente su parte más patética, es la prueba de la verdad de esa suposición de exterminio, señor. Pero no hay que confiar demasiado en una prueba de ese tipo. Todo lo contrario. No me asombraría nada enterarme de que ha sido el único caballo que el agua mató. Siempre pasan cosas así." También en esto el cura le daba la razón. Estaba simpatizando con el muchacho. "Turbante...", murmuró pensativo: "¿era árabe?" "Para nada. Era un petiso criollo, que levantaba

los cascos para atrás al caminar. Viejísimo, por otra parte." "¿Hacía mucho que lo tenías?" "Yo no tengo, ni tuve nunca, un caballo, como ya creo habérselo dicho. Este me lo habían prestado hoy para hacer una diligencia. Era inservible para cualquier otra cosa de mayor compromiso. El dueño lo conservaba por eso, y por el nombre." "El nombre", dijo el cura, "fue lo que me llamó la atención. ¿Quién se lo puso?" "Isolina Mariani." "¿Hacés teatro?" "Sí. Pero ahora abandoné." La última pregunta del cura, a la que el joven había respondido con la mayor naturalidad, no era tan intempestiva como podría parecer. En otros tiempos él había conocido a Isolina Mariani, una dama cultísima de Pringles, cuya afición era el empresariado de grupos filodramáticos rurales. Inclusive había vuelto a verla en Buenos Aires, y se la había presentado a Victoria Ocampo. "Qué pena", comentó, "¿por qué?" "Porque era una pérdida de tiempo, y dos por tres tenía que disfrazarme de mujer." El cura asintió con melancolía: "Es el peor defecto de los folletines camperos que se dramatizan por aquí." "Es ridículo." "Estoy en un todo de acuerdo. Es abyecto, pornográfico. No me explico cómo una dama cultísima como es doña Isolina, puede insistir con ese juego." "La vieja chota", pareció murmurar el joven, pero el ruido del agua era tal que bien pudo haber dicho otra cosa. El cura no insistió. Además, había recordado por casualidad un detalle curioso: cuando él oficiaba en El Pensamiento, durante una de sus visitas a Pringles donde tenía su sede la subprefectura cural, había visto al entrar a la casa parroquial, colgado de una percha en el vano de la puerta del economato, un maravilloso vestido de fiesta firmado por Worth. Ante su atónita sorpresa, el párroco, Pedro Grande, le había explicado la visión. El vestido era de Isolina Mariani, y una vez por año se los llevaba para que las monjitas auxiliares le acondicionaran los encajes con la máquina plan-



chadora de hostias; trabajo que las religiosas hacían con sumo gusto, y muy a conciencia. El ligero matiz sacrílego se pasaba por alto, en virtud del entretenimiento y de la calidad de sublime obra de arte (pieza de museo en realidad, patrimonio de la humanidad) de la prenda, y de otras del mismo modelista, o de Paquin o Schiapparelli que seguían el mismo rumbo. Además, estaba el carácter de benefactora de la Iglesia que tenía su dueña. Quién sabe qué había sido de esos vestidos. ¿Seguirían planchándolos en la casa parroquial? ¿Habrían colgado de los hombros poderosos de jóvenes peones como éste, en las representaciones periódicas del Teatro Español? El estruendo amenazador de la lluvia no respondía a estas dudas ambiguas.

Fue el joven, insólitamente, el que volvió al tema por propia voluntad, mirando fijo el exterior, y con voz sombría: "El teatro", dijo, "es una pesadilla. No entiendo cómo puede haber gente que persista en él toda su vida, a no ser como una condena. Por suerte, me libré pronto, pero ni siquiera puedo felicitarme plenamente, porque sucedió. Me temo que impedirá siempre que mi pasado quede atrás de mi vida." En estas palabras tan extrañas el cura percibió el eco de ideas suyas, deformadas, y a la vez puestas en relieve, por la ocasión. Antes de responder, porque consideraba un deber íntimo presentar sus objeciones, echó una mirada furtiva a la cabeza del caballo; la torsión del cuerpo le hizo dolorosamente presente el peso de su camiseta mojada; lo encontró más parecido que nunca (en ese momento hubo un relámpago) a un caballo de ajedrez; la correa que le colgaba de la boca, era como si también tuviera algo que decir. Con todo, antes de hablar se quedó callado un breve lapso. No es que pensara lo que iba a decir (eso nunca se hace), pero se dio espacio, por instinto, para el miedo. En esa noche tan llena de miedo, la más cargada de motivos reales para



ese sentimiento clave de todas las que hubiera vivido, el momento lógico del miedo se presentaba en la vacilación, en la microscopía de lo trivial subjetivo. Era un momento que ni siquiera estaba allí; medida con un reloj, la pausa habría mostrado ser de una duración infinitesimal. Era inclusive la vacilación respecto del ser. En ese marco volátil, el miedo era la ilusión necesaria. "La pesadilla, hijo, es media realidad nada más. Eso es lo que la hace temible, pero también lo que puede darnos esperanza. Porque es posible hacer un aprendizaje y reconocer esos porcentuales de irrealidad sobre los que vivimos. Una vez que ha aprendido, el hombre se libera del miedo." "Yo nunca en mi vida he tenido miedo", dijo el joven con firme convicción. El cura sacudió la cabeza: "¿Y qué es la pesadilla entonces?" "Dije pesadilla", aclaró su interlocutor, "en sentido figurado. Me refería simplemente a lo horrible y grotesco." "Pero vos, niño, creo reconocerlo por tus palabras, a pesar de que no nos conocemos, sos de los que hacen del gusto, seguro y firme, de la belleza de las cosas, del mundo en general, un reaseguro de su verdad." El joven no contestó; era improbable que entendiera; además, el cura había omitido por pudor el argumento en el que se basaba su aserto: que, hermoso como era, tan perfecto y altivo, el muchacho se hubiera desarrollado en las aguas majestuosas del narcisismo. No obstante, y para estar seguro de que sería comprendido de todos modos, siguió: "El teatro es voluntario, siempre y cuando no hablemos en sentidos figurados. Es preferible comportarse de modo grotesco de vez en cuando, para tener una perspectiva más completa de nuestras posibilidades." El joven escupió hacia la puerta; la saliva salió como una bolita de plata al exterior, montada en la luz supervoltaica de un relámpago. A esto le siguió una respuesta más articulada: "En efecto, como usted dice, no es necesario hablar en sentido figurado: el teatro es la



pesadilla hecha realidad, y ante él no queda más remedio que huir. No por miedo: por repugnancia." El cura, inspirado, arrebatado: "¿Pero no es la historia de nuestras vidas? ¿No estamos sujetos a la repetición?" "No, señor, no lo estamos. Yo me mantendré alejado de Isolina Mariani. No quiero volver a probar el beso del sapo." "¡Sentido figurado!" "¿Y qué?" "Quiero decir, hijo, que algo se repite. Si la doncella besa al sapo, y el beso lo transforma en un bello príncipe..." Subrayó el adjetivo, en la angustia de querer decir algo indecible. El joven ya le respondía: "Si usted se viera en el trance de hacer el papel de la doncella, no el del príncipe, no vería el asunto con tanta filosofía, puedo asegurárselo." "Aun así, no escupiría a los elementos. No es mi estilo." "Perdón, lo hice mecánicamente, sin intención." "La creación es sagrada." Su interlocutor asintió con la cabeza, distraído, y volvió a un punto sobre el que tenía algo que observar: "No creo que yo pueda aprender mucho más de lo que he aprendido. Cuando a la gente como yo, ignorante por imperio de las circunstancias, vienen a pintarnos con los colores más salvíficos las virtudes de la educación, se olvidan de las limitaciones de la realidad, por un lado, y por otro ignoran lo que sí hemos aprendido ya: a vivir sin educación." "En eso", dijo el cura, haciendo in pectore la salvedad de que él no tenía nada que ver, "no puedo sino estar de acuerdo." "Pero no está convencido." Era agudo, el garzón. Parecía un teólogo. Hasta mostraba esa tendencia a la trivialidad típica de la teología, que a él lo desalentaba. Miró la lluvia, y la oyó. Estaba seguro de haber entendido al revés la mitad de las palabras de la conversación, por el ruido. Pero no tenía importancia; el sentido general había quedado claro, y si un malentendido interfería en el discurso, sólo podía salir ganando.

"Llueve, llueve, llueve", murmuró. "¿Eh?", preguntó el otro; "ah, sí. Está lloviendo." "Me parece estar viendo

un retablo con títeres de mercurio." "¿Sí?" "Uno no se convence de lo que ve en el teatro. Uno quiere ver otra cosa. El secreto que oculta. Y el secreto es sagrado." "Hormiga Negra disfrazado de mujer para escapar de la autoridad, no es sagrado." "De acuerdo. Pero ¿adónde huye? ¿No sale del teatro acaso, hacia el infinito oscuro donde lo esperan graves peligros?" "El más grave sería que alguien lo creyera de veras mujer." "¿Pero no estamos ahí muy lejos del teatro, en plena realidad incómoda y terrible? ¿No se hacen ciertas las mentiras?" "No creo que a un hombre de verdad se lo pueda confundir con una mujer." "Yo tampoco lo creo. Pero un hombre llamado Hormiga tiene motivos para esperar lo peor cuando se hunde en las profundidades oscuras de la tierra." El joven se rió suavemente. El cura prosiguió: "El secreto está infinitamente protegido. Los disfraces siempre están superpuestos. No hay posibilidades de atravesar esa muralla, sino con el salto arriesgado de la creencia." "Juan Moreira pretendió saltar la tapia del burdel, en la creencia de que podía escaparse... pero lo atravesaron por atrás." "Ya lo sé, ya lo sé. Con esa clase de ejemplos, no iremos lejos." "¡Por eso es que digo, señor, que el teatro vuelve!", exclamó el joven señalándolo con el dedo.

El dedo brilló durante el tiempo que un relámpago se sostuvo inclinado en el cielo. Brilló, le pareció al cura, algo más de lo que debería hacerlo naturalmente un dedo. No le habría sorprendido que ese joven desconocido fuera un robot de oro, pero debía de haber una causa más verosímil. Por el momento no se le ocurría ninguna, y le resultaba chocante, como es lógico, preguntarle a alguien, sin más: ¿por qué brilla tu dedo? Se le ocurrió que quizás fuese porque estaba mojado. Eso sí podía ser. Le dijo: "¿Tenés la mano mojada?" En el siguiente relámpago, el joven estaba mirándose la mano derecha.

"La mano, y todo lo demás." "¡Increíble!" "¿Por qué? ¿Usted está seco?" El cura se frotó las manos, y sintió correr el agua: "Es cierto. Estamos mojados como los peces. Por suerte aquí adentro no corre el viento." "Lo que más me molesta es el pelo." "¿Te lo escurriste?" "Sí, pero lo siento como un peso húmedo en el cuello. Debería atármelo." El cura buscó inútilmente un pañuelo en el bolsillo de la sotana. El joven se había inclinado y con un movimiento rápido arrancó de la boca del caballo la correa de la valija. El cura, que lo vio vagamente entre dos relámpagos, se mostró pesimista: "No creo que puedas hacer un nudo con eso." "¿Ah no?", dijo el joven pronunciando sin querer una mala palabra. Con dos movimientos decididos hizo el nudo; el pelo le quedó tirante, con la "cola" muy alta en la nuca. "Así está mejor", comentó.

"¿De qué estábamos hablando?", dijo el cura. Por increíble que fuera, no podía acordarse. "De lo que resulta ser verdad, después de haber parecido otra cosa", lo auxilió su acompañante. "¿Sí? ¿Hablábamos de eso? Qué curioso. Tengo mala memoria. En general, podría decirse que no me acuerdo de nada." El otro guardó silencio. "Pero si teníamos ese tema, no podía ser más adecuado. Ya me acuerdo. Hablábamos de tu lamentable experiencia teatral. Y yo decía, en efecto, que nada es teatro por siempre. ¿No tenía razón?" "¿En qué sentido?" "Las pesadillas son como la música. Duran hasta que se terminan, y uno nunca sabe qué pensar." "La lluvia es igual." "No, porque cuando termina se pueden evaluar los resultados." "Hay muchas clases de resultados." "No. Hay una sola clase." "Me temo, señor, que los resultados de esta lluvia serán de la peor clase." "Todavía no ha terminado", murmuró el cura con acento sombrío, y sus palabras se perdieron bajo el estruendo de la tormenta que se prolongaba sobre ellos.

"¿Habrán levantado terraplenes...?", empezó en voz más alta, pero fue interrumpido por el joven: "¡Y dale con los terraplenes! Ya le dije que no. Nunca se ha hecho tal cosa por aquí, ni sabrían cómo hacerlos, ni han pensado en hacerlos. ¿De qué habrían servido, por otro lado? ¿No ve que todo está cubierto de agua?" "Pero entonces, los pueblos se habrán inundado." "En buena hora. ¿A quién le importan estos pueblos olvidados? Que se los lleve el agua, y buenas noches." "No digas eso, hijo. Siempre hay algo que merece salvarse." "No por aquí, se lo aseguro." El cura se quedó pensando. ¿Por qué tendría este muchacho tanta animadversión contra la zona en la que vivía? Le había dicho que era pobre, pero eso no era razón suficiente. Todos eran más o menos pobres en el campo. Podía ser un caso extremo, o un extremista. Era raro, de todos modos. La gente de campo, por lo que recordaba, era muy cuidadosa con las cosas que tenía a su alrededor, y siempre estaba pensando en el bienestar de la tierra y en sus mejoras. Los años que corrían habían promovido el odio, pero no creía que hubiera llegado hasta aquí. Para eso había terraplenes más inexpugnables que los frágiles y provisorios que podían construirse mientras se agrupaban las nubes en lo alto.

"Perdón, pero uno de esos pueblos a los que nos estamos refiriendo así, de modo genérico, ¿no será El Pensamiento?" "¿Por qué me lo pregunta, don?", dijo el joven, con un repentino matiz de desconfianza en la voz, una especie de malicia vulgar que había faltado en su acento hasta entonces, y que el cura, por su largo hábito de tratar gente culta, no había echado de menos. "Te lo pregunto", replicó haciendo un leve esfuerzo por mantener el tratamiento de tuteo que antes le había salido naturalmente, en parte por la diferencia de edades, en parte por una inconciente recuperación de su investidura sacerdotal, que no había olvidado del todo durante su estadía



en la civilización, "porque hace muchos años yo viví en El Pensamiento, y me he estado preguntando todo el tiempo si, por una increíble casualidad, el accidente de esta noche no me habrá dejado en ese mismo lugar. Algunos nombres que has mencionado me lo han hecho pensar. Por eso lo pregunto, nada más." Había sido abundante en la explicación para aventar cualquier duda, incluso infundada, en su interlocutor. Después de todo, pensaba, en circunstancias tan especiales cualquiera se mostraría desconfiado. El joven respondió cautelosamente: "El Pensamiento está bastante cerca de aquí." "¡Ya lo sabía!", exclamó triunfante; "había creído que nunca volvería, y después de todo, he vuelto." Sin intención, atraído apenas por la razón mecánica de la comprobación de una trivial suposición, por ese elemento de triunfo que tienen las casualidades realizadas, aun las más oprobiosas, un acento de alegría se había elevado en su voz; el joven no dejó de hacérselo notar de inmediato: "No veo qué pueda tener de bueno." "No tiene nada, es cierto." "Yo no me alegraría de volver, si alguna vez me hubiera alejado." "¿Acaso querés irte?" "Me estoy yendo todo el tiempo, pero nunca lo bastante lejos." Una mirada turbada a la cabeza del caballito. A la luz de un relámpago, en el giro del rostro, el cura creyó ver en éste un gesto de angustia. Por eso, prefirió no insistir, y pasó a un asunto más neutro.

"¿Qué ha sido del Pensamiento en todos estos años?" "¿Cuáles años?" "Bueno, yo me fui... a ver... ¿en el 31, en el 32? Sí, hace justamente veinte años." "Son los que tengo. No sabría hacer la comparación, señor." "Supongo que no debe de haber crecido gran cosa." "Yo nunca lo vi crecer." "No, no. Seguro. Estos pueblitos fueron una apuesta equivocada. Pero cuando yo me fui, florecía en su estabilidad. Las familias tenían muchos hijos, casi demasiados. Y la existencia misma del pueblo estaba



asegurada por el ferrocarril." Se quedó pensando, memorioso: "Y estaban los pueblos vecinos, toda la línea: Pillahuinco, Las Mostazas, Lartigau, Indio Rico, Peralta, Saldungaray. . ." "Todos igual. Una desolación. Indio Rico progresó, eso sí." "¿Sí? Quién lo diría. Era el pueblo más triste de por aquí. Una sola vez fui. ¿Y La Paloma?" "Es una casa." "Claro. Una casa al borde del camino. Pero Saldungaray tenía un palacio, el de los Del Carril. Y los campos de violetas, como en el Loire. ¡Qué industria perfumista podría haber prosperado! Recuerdo el cerro Bonete, donde pacían las vacas: una montaña desaprovechada." El joven respondía a estas nostálgicas evocaciones con un terso silencio. El cura estaba lanzado: "Al Pensamiento venían los tuberculosos, por las bondades del aire. Curioso, porque es donde la llanura es más lisa. Espero que no se descubra, en esta ocasión, que estaba más abajo que el resto de la llanura; lo más liso suele tener esa propiedad, que el agua corrige sin piedad. Me pregunto qué habrá sido de los vecinos de entonces. Por ejemplo de los primos González, Julio y Valeriano, que se casaron con dos hermanas de San Jorge y tuvieron ocho hijos cada uno. Don Valeriano era el dueño de la fonda y la panadería del pueblo, y del campo al sur de las vías." "Se fue a Pringles." "¿Y don Julio?" "También." "¿Y Pensa, el que le dio el nombre al pueblo?" "Pensa se volvió loco." "Pobre. Era medio raro, es cierto. Bueno, el hijo de Vanoli se volvió loco, o lo simuló, eso lo sé porque salió en todos los diarios, después del escándalo en el Armenonville. . . ¿Los Vanoli siguen siendo dueños del campo al norte del pueblo?" "Sí." "Qué notable. Se diría que todo sigue igual. ¿A qué distancia estaremos?" El joven suspiró: "A unas dos leguas." "¡Aquí nomás! Pero entonces, seguro que se ha inundado. ¡Qué cerca, qué extraordinariamente cerca!" Se quedó murmurando algo ininteligible un rato, para sí mismo. Todo lo que

habían dicho tenía cierta magia, por lo menos para él. Cuando uno ha vivido en un pueblo, se dijo, le queda algo especial, un club de sombras con el que se vive siempre. Sobre todo lo asombraba la verdad que había detrás de esos nombres. Eran algo absolutamente real, refractario a la imaginación. Y sin embargo, la fantasía de las cosas reales se imponía... pero sin imponerse, como si hubiera rocas debajo de las pinturas levísimas de un crepúsculo. "No puedo creer", dijo, "que el agua haya cubierto el Pensamiento, que la gente esté trepada a los techos, que los cadáveres, ¡Dios no lo quiera!, estén flotando, en este mismo instante, por el rumbo de las vías." "No hay muchas otras posibilidades que imaginarse", dijo el joven desconocido, sin apartar la vista de la puerta. "Aun así, mañana el agua bajará, y todo volverá a ser como antes." "Mañana está lejos, y quizás no llegue nunca. Está lloviendo cada vez más fuerte." Era cierto. El diluvio arreciaba, los truenos se habían hecho más sordos, más apagados, el ruido del agua más agudo y rabioso. El cura seguía reflexionando, con una fijeza involuntaria de razonamiento, como el que no puede hacer otra cosa. La vida pueblerina, se decía, parece un sueño, tiene esa cualidad de tedio feérico de lo que no sucede; una gran catástrofe, por ejemplo cuando los cielos se abren y la tierra se vuelve un mar, atontan a fuerza de ser realísimas. Y sin embargo, es al revés. Esa inversión, se diría, es la que produce la vida mental de la gente; pero lo que piensan entonces, es el puro asombro de que las cosas sucedan al revés. No vale la pena maravillarse. "¿Vivís en El Pensamiento?" "Ya le dije, señor, que no tengo domicilio fijo." Ah, cierto, pensó el cura: era peón. Aun así, podría ser algo más específico. Habría podido apostar a que sí vivía en El Pensamiento, pero en este momento no se le antojaba decirlo, y no podía culparlo. Cada cual con sus pequeñas o grandes preocupaciones. Se sentía

separado de su acompañante por algo más que la hosquedad. Eran como dos figuras alegóricas aproximadas apenas por la falta de salas en un museo. A él la tormenta no le había decapitado el caballo, lo que no significaba que pusiera observarla como un mero acontecimiento estético: no podía olvidar que había estado a punto de decapitarlo a él mismo.

Para su sorpresa, el joven varió la dirección del ritmo de la conversación, haciéndole una pregunta a él. No se las había hecho antes, y el cura había dado por sentada su falta de curiosidad. Con todos sus defectos, era una personalidad de signo altruista. "¿Y usted qué hacía en El Pensamiento?", le dijo, "¿tenía campo?" Atónito, tardó un momento en reaccionar. "Era el párroco, por supuesto." "¿Párroco?" "Claro. Soy cura. ¿No te habías dado cuenta? No puedo creerlo." "¿Cura? ¿Usted es cura? No, no me había dado cuenta." "¿Pero no viste la sotana?" "No. Como está tan oscuro..." "Perdón, debí haberme presentado. Está mojada, y se me pega al cuerpo como un chiripá, pero aun así es negra, y en forma de camisón." "Tenga en cuenta que está sentado." "¿Mi modo de hablar no te llamó la atención?" "No. Habla como cualquier persona." A pesar de la seca tranquilidad de sus respuestas, era visible que estaba atónito; ¿de su propia falta de perspicacia? En realidad, parecía aterrorizado. La situación se había transformado completamente, por acción del detalle que había parecido visible sin serlo. Pero ni la distracción de antes ni el terror de ahora tenían sentido. Ser cura, para quien lo había sido casi toda su vida, era trivial. "Pero yo nunca había hablado con un padre", dijo el muchacho, esperando la coordinación. "Sí. Fui el párroco del Pensamiento. Después de mí no hubo otro, creo." "No, no lo hay. ¿Por qué?" "La parroquia se trasladó a Indio Rico." "Ah. Claro, ahí hay un cura, quiero decir, un padre." "Se puede decir cura."

Con esta aclaración el tema pareció quedar agotado. Lo dejó digerir la información con tiempo. ¿Qué estaría pensando? ¿Que había tenido suerte, o que había tenido mala suerte? No podía decidirlo por sí solo. Cada cual con sus ideas. El incidente lo había devuelto en bloque a su personalidad de cura; ahora notaba que en el intervalo, sin saberlo, había gozado de una dispersión de su persona, y eso lo había llevado a pensar muchas cosas, casi como si fuera otro. De pronto, volvía a ser un bloque, un proyectil compacto arrojado al mundo, en forma de cura. Era un efecto del campo, y la inundación no importaba en este caso. Se cargaba de una violencia que no era suya, pero que él representaba de todos modos. Constituía la fatalidad de su vocación, que el mundo rural devolvía a la superficie de modo automático. Era una sorpresa para él, y a la vez no lo era. En ese sentido, la calamidad furiosa que lo había recibido era una alegoría apropiada. ¡Así es como se vuelve a ser cura!, pensaba, ¡entre truenos y relámpagos, entre la muerte y la desolación, rodeado de peligros supremos!

"No lo tome a mal, padre, ¿pero qué funciones cumplía en El Pensamiento? Se lo pregunto porque nunca vi un padre aquí, y no me figuro para qué podría servir." El cura esperó un poco antes de contestar; dejaba que toda su violencia se enrollase en la bobina de obsidiana de su corazón. Habló con dulzura: "Te lo explicaré, y verás qué fácil es de entender. ¿Me perdonas que te dé una pequeña clase de teología práctica?" "Por supuesto, para eso le pregunté, además no tenemos otra cosa que hacer. Pero le advierto que de eso no sé nada." "No importa, sabés todo lo necesario, y más." "Entonces, soy todo oídos." "Es preferible eso a ser todo boca." "Ya lo creo."

"Toda teología, permitime que te lo diga, empieza por un cuadrivio mecánico, por lo más visible entre lo



visible, que son esas ceremonias que sólo con nosotros se hacen de verdad, y que se llaman los sacramentos. Hay algo que se explica así: una cosa que todo el mundo necesita, y que sólo una persona puede dar, termina por crear una persona entre las personas, que simplemente está ahí." "¿Como el carnicero o el panadero?" "Exacto. Pero mucho más, porque se trata de necesidades espirituales, para las que siempre hay otro tiempo." "¿Inclusive en el campo?" "¡En el campo mucho más que en cualquier otra parte! Porque en el campo se llaman sacramentos 'de urgencia', lo que los vuelve tanto más espirituales. La dispersión necesita de la contigüidad con verdadera desesperación." "Pero, ¿qué son los sa...cramentos?" "Son lo definitivo. La gente tiene hambre y sed de lo definitivo." "No lo tome a mal, pero ¿para qué sirven?" "Para confirmar a la gente en su creatividad. Son la gran invención." "¿No me había dicho que eran algo mecánico?" "Son las dos cosas, mecánicos por fuera, creativos por dentro... o al revés. Mecánicos en un seno del tiempo, creativos en el otro, que es el mismo visto de espaldas. Así el cura no existiera, así fuera una ilusión hecha de unos trapos negros, una escoba usada y unas cáscaras de plátano, aun así su administración continua de sacramentos, desde un punto cualquiera del espacio, bastaría para aniquilar la dispersión y producir una contigüidad absoluta." "Está bien, de acuerdo, pero, ¿para qué sirve eso?" "Para hacer a las personas intercambiables, para hacer el ejército cristiano. Y cuando la persona individual pierde importancia, hijo, se abre esa suprema flor del cuerpo, esa corona maravillosa, el alma. Grandes gimnastas sacramentados, como reyes, cada uno con su aureola, llenan las barricadas del cielo." "Aun así, y con todo su respeto", dijo el joven, "lo encuentro más bien imaginario."



"En efecto", asintió el cura, "lo es. Todo este asunto de los sacramentos, con ser primordial en el sentido del trabajo, es secundario. Los curas servimos para algo infinitamente más importante, para lo único que puede considerarse importante." Dejó transcurrir una pausa, para crear efecto; su interlocutor no parecía apurado por enterarse de lo importante, lo que no podía asombrarlo, porque era típico. De modo que siguió, con acento razonable: "La clave de la presencia de un cura, es sostener la creencia. A eso dedica, aun sin saberlo, sus días y sus noches, y cada momento de su vida. Tanto, que las causas y los efectos se dan vuelta, y el lugar mismo en el que vive, vive en él, ocupa su puesto en él, ¡el cura se vuelve el campo, la dispersión! Por eso pienso que..." "Perdón, creencia ¿en qué?" Seco, cortante: "En todo." "¿En Dios?" Sintió ganas de decirle: "¡Perdiste! ¡Era la palabra que no había que pronunciar!", pero dijo: "Por supuesto. Y a partir de ese punto, en todo lo demás." "¿Por ejemplo?" "En todo lo susceptible a la creencia." "Sí, pero qué." "En Dios." (Qué placer devolverle su misma moneda.) "¿Y en qué más?" "No se necesita nada más. Y aunque no se lo necesite, está: las pesadillas, el teatro, el trabajo... ¡la inundación!"

El joven respondió con el silencio. Hablar de silencio (o pensar en él) era casi una convención, dado el ruido horrendo que hacía la lluvia. Más razonable sería decir que no hablaban. Pues bien, no lo hicieron durante unos minutos, y el cura se dijo que el silencio, con todas las salvedades hechas, era de una gran ambigüedad. Por ejemplo en este caso podía querer decir que para el joven sus palabras habían abierto un insospechado horizonte intelectual, o bien que no había entendido nada y no le había interesado nada. El silencio, como tantas cosas, no tenía sentido alguno, como no fuera para Dios. Y ahí,

había que creer. El silencio era el plasma de la creencia ajena. Y de la propia. Se sintió de repente, mojado y a oscuras como estaba, a sus anchas. Por un tenebroso laberinto, había dado al fin con el santuario de su ser, de su realidad; modesto como era ese santuario, era lo suyo. Podría decirse que se repantigaba.

Se le ocurrió la siguiente conclusión provisoria de toda su aventura: esa noche, con su trastorno cósmico, con sus peligros grandísimos, formaba parte de un movimiento general, un gran movimiento, que podía llamarse el Mundo, o el Cristianismo, o cualquier otro nombre, pero en última instancia no era sino la Traducción. Lo que sucedía, era eso. Un mundo que se volvía otro, y ya no quedaban restos siquiera, ni arqueológicos, del primer mundo, y el segundo estaba más allá de la imaginación (la imaginación misma había desaparecido sin dejar rastros, por ser parte del mundo anterior). Al faltar paisajes visibles y comprobables, todo se sometía a la majestad inaudita de la creencia. La traducción era eso y nada más: creer, creer y creer. Y, en el vacío, la creencia era traducción, y nada más que traducción. De ese vaivén celeste, de ese tic-tac de la tierra y los cielos, nacía el hombre. ¡El parto de los montes! De ahí que no valiera la pena escandalizarse, ni siquiera asombrarse, de lo excesivamente grande que sucedía sobre las desamparadas cabezas de la grey humana, por ejemplo esta gran lluvia, tan incómoda: todo era a la medida del hombre.

Suspiró, con esa fatiga feliz de quien cree haber resuelto un grave problema. Se imaginó por un instante que la breve bocanada de aire del suspiro hacía retroceder las densas murallas de la tormenta... unos centímetros, y no era menos sobrenatural por ello; por el contrario, lo era más. Por alguna asociación de ideas que no se molestó en descifrar, le vino a la mente en ese mo-



mento un nombre por el que se había olvidado de preguntar unos minutos antes:

"¿Y Mariezcurrena?"

La respuesta que recibió tuvo por efecto paralizar su aparato mental durante una fracción de segundo. No es tan corriente como parece que el pensamiento se paralice. Sin embargo sucede, y sucedió en este caso, por supuesto. Es momentáneo, y a la vez para siempre. El tiempo se despega de sí mismo y parte, velocísimo, en dos direcciones opuestas. Literalmente, es un momento en el que no se puede pensar.

"Yo soy Mariezcurrena."

"Ah: no puede ser", pensó el cura en un balbuceo desorientado: "lo creo porque es absurdo." Pero era como otra voz la que repetía dentro de su cabeza, en un cacareo mecánico: "Imposible, imposible."

"¿Pero cómo...? ¿El vasco...?"

"Ah, el vasco. Era mi padre."

"¡¡Ah!! ¿Sos el hijo de Mariezcurrena?"

Junto al alivio insignificante, pero profundo, de haber resuelto ese pequeño enigma, sentía una grave inquietud inexplicable. Temía haber metido la pata, y no sabía de qué manera iba a manifestarse la consecuencia funesta de su traspié. Quedaba en su cabeza una suerte de perfume de la parálisis anterior, que lo confundía.

"Sí. ¿Usted lo conocía?"

Empezaba a darse cuenta de las consecuencias de su pregunta, pero brumosamente, sin claridad. Creyó tener algo entre los dedos: los Mariezcurrena, padre y madre, habían muerto, y él no lo sabía. ¡Como para no sospechar de una metida de pata! Era como cuando uno se encuentra con su mejor amigo y le dice "¿Y tu mamá?" y sabe, sin sombra de duda, que su amigo responderá: "Ma-



má falleció." ¡Pero es que él lo sabía! Ahí estaba la clave. ¿Pero cómo lo sabía, cómo podía saberlo, si en realidad no lo sabía? ¿Lo sabía o no lo sabía? En su aturdimiento (estaba pensando con altavoz, se atontaba a sí mismo) llegó a preguntarse si había conocido alguna vez a alguien llamado Mariezcurrena; el nombre mismo parecía imposible, un chiste, como "María Chucena". Por primera vez en esa difícil velada se sentía a la altura de la tormenta. Lo negro, lo descabellado, lo inverosímil, lo tumultuoso, entraban en él, en bloque. Debía calmarse. Debía tranquilizarse. El silencio ayudaría, y no quedaría mal en este punto, como un homenaje a los difuntos. Pero una fatalidad, que lamentaba tanto como todo lo demás, lo impulsaba a hablar.

"Claro que lo conocí. A tu padre y a tu madre. Y a tus hermanos, que eran chacareros también... Sí, creo haber bautizado a sus hijos... Pero entonces no me explico... Vos..." "Yo fui un hijo tardío. Tengo sobrinos mayores que yo." "Eso explica mi confusión. Habrás nacido después de mi época en El Pensamiento." "Es posible." "¿Cuántos años me dijiste que tenías?" "Cumplí veinte hace un mes." "Un mes..." Parecía pensar, pero no pensaba. Cuando uno intenta calcular, no piensa aunque quiera. Además, tampoco le sale el cálculo. "Entonces, es curioso. Hace veinte años yo estaba todavía aquí, si no me equivoco. A ver... en el treintaiuno... el treintaidós..." "El treintaiuno viene antes que el treintaidós", dijo el joven, entretenido. "Sí, sí... En este momento no puedo calcular." Hizo un gesto en dirección a la puerta: la lluvia, el ruido, el desastre. Podría haberse hecho la pausa que había anhelado, pero el joven dijo: "Mis padres murieron decapitados por un borracho." "Sí, sí", se apresuró a decir el cura, "lo sabía, me llegó la noticia por alguien que viajó, el año pasado, creo..." "Pero usted me preguntó por mi padre, como si no supiera nada."

"Supongo que me había olvidado, o mejor dicho, lo dije mecánicamente, como estábamos hablando de antiguos pobladores de la región."

Con todas estas últimas idas y venidas psicológicas se había creado, sin querer, una atmósfera altamente siniestra; no tenía causa real y tangible, pero el cura estaba persuadido de que la causa era él mismo, y él era un objeto real, y tangible: las manos invisibles de la lluvia lo tocaban, aunque estaba bajo techo. De un atisbo de felicidad y plenitud, saltaba a la depresión. Había un umbral, y lo atravesaba; lo peor era saber que el umbral permanecía, y que pronto volvería a cruzarlo. Ese solo hecho lo deprimía: que fuera presa de un movimiento constante, ser un cura rococó, y no el peñón desnudo e inmóvil en el océano de los sentimientos. Era, como tantas, tantísimas veces en su vida, ocasión de repetir el lema que había elegido, y al que nunca lograba obedecer: "Simplifica, hijo, simplifica" (tomado de un apólogo de su autor favorito, Constancio C. Vigil). Era inútil, totalmente inútil, y no le servía más que para amargarse; y ni siquiera se rendía a la evidencia de sus espiras y volutas, no se resignaba a no poder simplificar; ese renunciamiento habría sido una importante simplificación, es cierto, pero lo habría despojado de su barroca esperanza. Y, después de todo, ¿quién podía desear la simplificación sino un complicado como él? Se le ocurrió que quizás el nombre fuera el responsable (otro motivo no se le ocurría); un minuto antes ese joven no era nadie, era un desconocido, un ángel. De pronto, resultaba ser el hijo de Mariezcurrena. El nombre imponía las cosas, y el mundo caía con espantosa regularidad. Los relámpagos se habían acabado casi todos. Eso también podía contribuir. El ritmo irregular de los resplandores había venido disimulando hasta entonces el peso opaco del tiempo. Era como si dejaran de verse; no del todo, porque algún re-

lámpago había de vez en cuando, pero, en fin, daba esa impresión. No tenía importancia: recordaba perfectamente el perfil. Tener los ojos abiertos en la oscuridad es igual a repetirse in pectore una tabla de multiplicar mientras pasa algo terrible. Lo único terrible, en términos de objetividad absoluta, es el clima, cuya variación el ser humano presencia sentado en la nada. La muerte puede ocurrir en una instancia semejante.

Trató de superar el bajón hablando, sin mucha reflexión: "Claro que lo conocí a tu padre, y bastante, por cierto. No nos veíamos con frecuencia, porque él bajaba al pueblo, si es que puede, o podía, llamarse pueblo al caserío que rodeaba la estación, lo estrictamente necesario nada más, y el resto del día podía decirse que nos vigilaba desde su loma. Nos vigilaba sin mirarnos, trabajando, que era su modo natural de existir. Pero de vez en cuando conversábamos, y puedo decirte que fue uno de los hombres más inteligentes que haya conocido en mi vida. Con él podía mantenerse una verdadera conversación, cualidad tan rara, pero tan rara, que puede considerarse afortunado el que encuentra dos o tres personas así en toda su vida. Por eso no me he olvidado de él, ni me olvidaré nunca. Era un privilegio tratarlo, tanto más porque él no se daba con nadie. Lo que no quiere decir que fuera un mal vecino; por el contrario, era de los mejores. Mantenía la distancia, eso sí. Nunca tuvo problemas con nadie. Era uno de los clásicos de El Pensamiento. Tengo bien presentes algunas anécdotas de él, por ejemplo la primera vez que lo vi. Fue el primer día que pisé El Pensamiento; venía en auto, que manejaba Pedro Grande, de San Heraclio, donde habíamos ido a buscar la llave de la capilla y de la casa donde yo viviría. Nos habíamos demorado tomando el té, y volvíamos a una hora del atardecer en que ya no había sol pero estaba muy claro (era pleno verano). Al pasar frente a



la loma donde estaba su chacra, lo vi, sin saber quién era todavía. Estaba quieto, como pensativo, a unos treinta metros del alambrado, vuelto hacia el camino pero sin mirar ostensiblemente el auto. A unos cien metros, había una vaca. Cerca de la vaca, una garceta parada en el suelo. Del horizonte, sobrenaturalmente aproximado por la loma, asomaba una rueda de molino, con las aspas grises. Nada más. Era una especie de escenario vacío, con unos pocos personajes. Por no haber sol ya, ni él ni la vaca ni la garceta ni la rueda del molino proyectaban sombras; pero mostraban sus formas y sus colores, muy nítidos. He seguido viendo esa escena todos estos años. El cielo estaba celeste, muy claro y limpio. El vasco era una persona notable, físicamente, aun a primera vista: bajo, fornido, muy serio, intemporal. Y su alma se desprendía, en el aire silencioso de la tarde, como un disco de oro, subía al cielo con perfecta gracia. Muchas veces me he preguntado qué es la inteligencia. Mejor dicho, me he preguntado, ¿cómo ser inteligente? Los dones vienen del cielo, pero el mejor y más práctico de los dones, que es la inteligencia, me parece más bien que sube al cielo, cae al revés, de los hombres. Cada vez que la aurora de esa pregunta se ha manifestado en mi cabeza, he vuelto a ver lo que vi aquella tarde, que parecía también un amanecer antes del sol, antes de la idea misma del sol... Recuerdo otra anécdota, más curiosa, algo que sucedió unos años después. Fue cuando se había puesto de moda la laguna de Mosca, y todos los domingos se organizaban excursiones de pesca. A las que iba tu padre. Fue la primera y única vez que me dejé convencer de acompañarlos; tenía curiosidad por conocer el lugar, ya que no interés en el deporte. Resultó ser una de las más atroces lagunas que he visto en mi vida: ni un solo árbol en la orilla, ni en ningún otro sitio que alcanzara la vista, ningún accidente en el suelo, nada: la tierra, y el agua, y un sol

abrasador. Hicieron un asado, comimos, tomamos vino, y los pescadores debieron conformarse con dientudos y bagres mezquinos, aunque, eso sí, en gran cantidad. Salvo tu padre. El sacó un pescado que en comparación con las naderías de los otros parecía gigante. No quiero mentir, pero podía medir medio metro. Una presa descomunal, que valía el viaje. Todos lo admiraron, y el vasco lo dejó a sus pies y se puso a encarnar otra vez. Entonces pasó una cosa por demás curiosa. El pescado resbaló, nadie supo cómo, lentamente, muy despacio, con ese desplazamiento imperceptible que tienen las agujas del reloj (es probable que el suelo tuviera allí un declive) y llegó hasta el agua. Allí, recién, lo vimos todos, atónitos, y no hubo tiempo para nada. La lentitud se había transformado en una prodigiosa precipitación: el pez ya estaba en el agua, y lo vimos nadar, con un par de coletazos elegantes se perdió en la profundidad. Nos había dejado paralizados. Era uno de esos escamoteos que suelen asociarse a la medianoche, pero era pleno día. Y, por haberlo soportado como pocas veces he tenido que soportar un día, un largo día de verano, puedo asegurarte que era el día de la luz, de la claridad. Allí estaba tu padre, burlado de la manera más increíble, con la boca abierta, y un gesto que contradecía de modo definitivo su esencial perspicacia. Debe ser por eso que la anécdota se me quedó grabada en la memoria. Ahora que lo pienso, lo común a todos los recuerdos que tengo del vasco como figura, es la extrema claridad, la transparencia, la desnudez del aire. Así era él. Nunca lo vi de noche, seguramente porque se acostaba temprano. Tenía fama de gran trabajador, además, pero eso no constituía una recomendación especial en aquella época, porque todos lo eran."

Habría seguido contando historietas toda la noche, si en ese momento no hubiera sucedido algo bastante espantoso. Oyeron algo así como un trueno, salvo que



mucho más próximo y desorganizado en su sonido, y a la vez más profundo, con resonancias acuáticas. Pero no fue sólo el ruido, sino el sacudón, el temblor, que se coló hasta lo más íntimo de sus carnes mojadas. Era un derrumbe, y no les faltaban motivos para creer que era el del refugio en el que se hallaban; al menos fue lo que creyó el cura, que alzó la vista con pavor; el joven Mariezcurrena en cambio pareció saber desde el primer momento de qué se trataba, porque miró a su espalda; siguiendo esa dirección el cura pudo ver cómo caía la pared del fondo. Sólo la pared: la persiana metálica quedó en su lugar, y a un costado de ella la cadena que servía para izarla, agitándose locamente con un tintineo que los demás ruidos volvían mudo. El vasto galpón adyacente se había reducido a la nada, y ahora la lluvia caía sobre el agua. Era increíble que el habitáculo de ellos quedara en pie, aun sin la pared. Era un milagro. Pero las paredes se habían resquebrajado, las chapas del techo saltaron y volvieron a su lugar, la forma apenas iluminada de la puerta había cambiado su rectángulo por un vago trapezoide, y un aroma helado de intemperie atravesó el espacio. El siguiente relámpago, al dibujarse en la gran pantalla de la pared ausente, los iluminó mucho mejor que antes; habían quedado paralizados. Además, pudieron apreciar la magnitud del anegamiento: estaban enteramente rodeados de agua, el nivel de la cual había subido hasta igualarse al del piso en el que estaban sentados; de hecho, parecía estar más alta que el piso. Llovía con más violencia.

Una vez que pasó la conmoción física, y en pleno desarrollo de la moral, que sobrevino, volvieron a hablar. Tuvieron que vencer el enmudecimiento algo paradojal que produce el miedo, pero no les costó mucho trabajo. No habían hecho, antes, otra cosa que prepararse para esa superación. "¿Qué pasó?", tartamudeó el cura, recu-



rriendo a lo obvio. "Pasó lo que pasó", dijo Mariezcurrena: "se vino abajo todo." "Bueno, todo no." "En efecto, esto ha resistido por el momento." Era inquietante pensarlo en esos términos. El cura se estremeció. "¿Tiene frío?", le preguntó el joven. "Un poco más que antes. ¿Vos no?" "La verdad que sí." "Tendrías que haberte sacado la ropa y haberla escurrido, como hice yo", dijo el cura. No había nada que hacerle: seguía en la suya. Sin saberlo él mismo, seguía en la suya, a despecho de las urgencias desesperadas del momento. La gente es así. "Con todo, sigo aterido", concedió. "¿No te parece que el agua ha subido?" "No podría decirlo, pero no me extrañaría. Sería raro que no subiera." "Sí, sería rarísimo. El problema somos nosotros." "¿Por?" "¡Por! ¡Por!" "¿Cree que podríamos perder pie?" "¿Adónde vamos a meternos, si sube hasta aquí?" "Eso no me preocupa tanto. Nos mojaríamos los pies pero no nos ahogaríamos. Lo grave sería que se caiga esto." "Sí, eso sería *grave*", comentó el cura subrayando con cruel ironía la última palabra. Parecía culpar al joven Mariezcurrena por lo que le estaba pasando; ésa también es una reacción común, sobre todo en personas de edad. El otro ni le prestaba atención, pues a pesar de sus respuestas tranquilas también tenía su preocupación. Es que, sin contemplar los devaneos subjetivos de ninguno de los dos, deteniéndose sólo en las condiciones objetivas de la situación (y esa objetividad era un devaneo al que ambos se entregaron con frenesí), no se podían reconocer sino los rasgos desesperados, que se proyectaban fuera de la noche, como una forma que, aplicada contra una tela negra y opaca, se mostrara con claridad a quienes estuvieran del otro lado, y sin verla, pudieran adivinarla. ¿Adónde terminarían? Habían estado pensando en el techo todo el tiempo: los protegía de la lluvia, y llegado el caso podía hacer de azotea. Ahora esto último quedaba descartado, tanto se



habían torcido las paredes y desapatarrado las chapas. Y lo primero, se tornaba problemático, porque entraban por las recientes aberturas torrentes de agua que, si no les daban directamente a ellos, los salpicaban y encharcaban tanto el piso de baldosas que era sólo verlo, a la luz de un relámpago, y temer que el campo, es decir el océano, hubiera entrado. Afuera, las aguas bramaban, se abrían con rugidos en ondulantes surcos para recibir las arremolinadas rociaduras de la lluvia, y se cerraban sobre los toneles llenos, para explotar acto seguido en carcajadas de rayos o en lloros de ventolinas. El nubarrón espeso, por su parte, se rasgaba por todos lados, se deshacía en negro sobre negro, y malignamente, persistía en su lugar.

Con ojos arquitectos el cura evaluaba lo que podían durar esas cortinillas de adobe que ya eran lo único. Entre el clamor de las chapas se oía el repicar de la cadena; contra la persiana de chapa acanalada, daba la lluvia con bastante estruendo. El viento que ahora corría entre la pared disuelta y el hueco de la puerta arrastraba innúmeras gotas que ellos recibían. Ya no podía hablarse con propiedad de refugio. Estaban en el medio de esos pasajes glaciales; quizás si se pusieran en los dos rincones que quedaban... Decidió que era más peligroso hacerlo, por la eventualidad de un derrumbe. La luz de los relámpagos también entraba por el techo, entre las chapas corridas. Al examinar estos daños, el cura creyó notar algo raro, pero al principio no supo explicarse qué era. El muchacho no lo miraba, quizás molesto por el último intercambio de palabras. Pero seguía siendo el mismo, e inclusive seguía en el mismo sitio. Tardó un instante todavía en caer en la cuenta: ¡la cabeza del caballo había desaparecido! Soltó una exclamación, y como miraba fijo el punto en el que había estado, el otro no tuvo inconvenientes en hacer el mismo descu-

brimiento. Hubo entonces una serie de movimientos confusos. El joven Mariezcurrena hizo el gesto de levantarse para ir a buscar los despojos del pobre Turbante, el cura hizo el gesto correspondiente de impedírselo, todo en el intervalo entre dos relámpagos y en la prolongada resonancia de un trueno. Al final, ni el joven se arrojó a las aguas ni el cura tuvo que lamentarlo. Pero, por alguna razón, habían quedado los dos de pie, a escasa distancia uno de otro, y esto último, curiosamente, era lo único posible. Después de las horas que habían pasado sentados, dando por supuesto que se hallaban en un ambiente amplio, descubrían que los albergaba una casita de muñecas, en la que ni siquiera habrían podido gesticular con amplitud, ni dar un paso. Sus cabezas rozaban el techo, y de haber estirado los brazos habrían tocado una pared con cada mano. Al cura esto le resultaba muy raro. Recordaba haberse desplazado por esta habitación, cuando todavía tenía sus cuatro paredes en pie, con pasos cautelosos en la oscuridad, y aun haber evitado sin saberlo al joven durmiente. No, era un cambio en las dimensiones. Era como si la cabeza del caballo, ya perdida, hubiera sido un patrón. Por supuesto, había una explicación racional también: el cambio de lugar de las chapas del techo, consecuencia del derrumbe, había incluido un deslizamiento hacia abajo. Y las paredes se habían inclinado. Eso lo explicaba. De todos modos, el cura no dejaba de sentirse un gigante, mágicamente aprisionado en un castillo estrecho. Y no lo deprimía, todo lo contrario, lo sentía como una revancha de la que podía gozar, al menos en el secreto de su historia; pues siempre había sido muy bajo de estatura, muy bajo "para su edad" mientras fue niño, y cuando dejó de crecer, muy bajo para su especie. El joven Mariezcurrena a su lado, era mucho más alto que él, pero debido a la pequeñez algo deforme del cubo que los contenía, la diferencia se neutralizaba:

eran dos cuerpos enormes envarados en la oscuridad, en una torsión estatuaria, ocupando todo el espacio disponible. Aspiró con fuerza, llenó el pecho de aire. Sabía que era un ensueño trivial, pero de todos modos se sentía poderoso. El cambio de posición lo desentumecía. Sólo ahora se le ocurría, después de haber pasado tantas cosas, que al vigor de la tempestad se le podía oponer una especie de fuerza, de energía. Los relámpagos mismos eran descargas sensuales corriendo por el tejido de músculos titánicos. Por lo pronto, le dio los ánimos que le habían faltado hasta entonces para plantear el tema de la supervivencia.

"¿Te parece que si aguantamos aquí hasta el amanecer, podríamos salir en alguna dirección?" "¿En cuál?" "Bueno, sos vos el que conoce esta región. ¿No hay alguna altura cerca, una loma por ejemplo, o un sector del terraplén del ferrocarril especialmente elevado? Creo recordar que en la salida oeste del Pensamiento, el tren corría por una altura verdaderamente de montaña." "Si el terraplén del ferrocarril es alto, es porque el terreno es bajo. Usted debe saber que las vías conservan su nivel. Así que no veo qué ventaja podría tener encaminarnos hacia una depresión real." "¿Y una loma? Las lomas pueden ser alturas absolutas, es decir, elevarse en un terreno ya de por sí elevado." "He estado pensando en lomas. Cada momento que no pasamos hablando, que fueron pocos, estuve haciendo un esfuerzo por acordarme del lugar donde se levantan lomas. Porque coincido en que en lo alto de una de ellas estaríamos a salvo, por lo menos mucho más que en esta demolición. Pero no obtuve ningún resultado, y me preguntaba por qué, hasta que lo que usted acaba de decir me ha dado una plausible explicación." Pese a lo ocioso de tales disquisiciones, el cura quiso conocer esa explicación. "Usted dijo que una loma puede estar en terreno elevado tanto como en

terreno bajo, y es muy cierto. Puede estar en cualquier parte. Y cuando uno anda de acá para allá, en la vida corriente, no advierte dónde está 'cualquier parte'. Apenas si lo sabe en relación a otras partes igual de cualquiera: por ejemplo, una loma está atrás de una vaca, o a la derecha de donde pasamos, o en línea recta entre nosotros y un monte, al que justamente nos impide ver. Se imaginará que, siendo así, es imposible que las encuentre hoy." El cura se quedó pensativo. Pensaba: "Qué parecido es al padre." No se le ocurría qué más preguntarle. Hizo un comentario cauteloso: "Entonces, nuestra única esperanza es que deje de llover. Y de eso no hay ningún atisbo." "Nunca se sabe." "No, nunca se sabe. Pero debemos prepararnos para lo peor." "Lo peor es la muerte, padre." "A eso me refería." "Ah." Hubo un silencio. "Decime una cosa: si nos quedamos sin este refugio, ¿qué harás?" "Me agarro de algo que flote y trato de aguantar lo más posible." "¿Y si no hay nada que flote?" "Trato de hacer pie, y camino para donde el terreno suba." "¿Y si no hacés pie?" "Nado." "Por lo menos, vos sabés." "¿Usted no?" "No." "En realidad, yo tampoco sé, pero por lo menos creo poder flotar, en la desesperación." "Qué consuelo." "Y si hay que morirse", concluyó el joven, "es porque nos llegó la hora."

El cura se sobresaltó: el gigante que era él comprendía de pronto que el gigante que tenía al lado no creía en lo que estaba diciendo. Era un privilegio de la juventud: no hacerse cargo de las posibilidades infinitas, no creer. Tenía que tocarme a mí, se dijo, compartir este momento supremo con un incrédulo. Y, en realidad, tenía que tocarle. La idea de la muerte lo alcanzaba por primera vez en toda su inexorable exactitud. La gente dice "me llegó la hora", y no se da cuenta de que es una hora como las demás, una de esas horas a las que estamos habituados. La hora no llega, ni la muerte se produce.

Aunque la elasticidad, que la oscuridad de la noche no permitía verificar, de los tamaños relativos, contaminaba de cierta fantasía la situación, de todos modos seguían estando en una casa, o en los restos de una casa, y no era cuestión de pensar que se irían a pique. Y sin embargo, se irían a pique. Todo pronosticaba un hundimiento. El tornasolado desfile de las ideas, de las ocurrencias, de las felicidades innumerables del pensamiento, tocaba a su fin y se resolvía en un gris suceder presidido por el tormento intelectual. Esta cruel sinrazón se prolongaría un buen rato, y lo peor es que no tenía un término visible. El cura se sentía oprimido, y no sabía bien por qué. No podía ser por la proximidad de su fin, porque toda su vida había estado encaminada a esa proximidad; ¿no debería sentir más bien una liberación? A su lado, en la negra sombra estriada por los relámpagos, el joven se agitaba imperceptiblemente, respiraba con regularidad, estaba atento a lo que sucedía en el mundo, como un hermoso animal dispuesto a algo, no se sabía a qué. Era más o menos como si hubieran agotado los temas de conversación. ¿Les quedaba algo por decirse? Lo dudaba. En este momento, no se le ocurría. Y cuando no hay nada que decir, pensaba, todo lo demás fluye hacia lo indistinto. Atendía él también a lo que sucedía afuera. El estruendo de la lluvia aumentaba; horas antes, al llegar aquí, le había parecido un intolerable clímax de fragor; ahora comprendía que había sido el primer paso de un crescendo que no había cesado. Y aun así, en el aturdimiento del ruido, le parecía inconcebible que algo, un agente misterioso, no fuera a disponer para su uso alguna especie de máquina que lo levantara por los aires y lo dejara a salvo en algún lugar lejano y seco. El cura no podía dejar de reconocer el hecho de que todo lo que había sucedido desde el momento en que descarrilara el tren, pertenecía a esa categoría de cosas que

"sólo suceden en la realidad." No estaba en condiciones de levantar el acta, o hacer el relato detallado; pero desde ya sabía que era imposible, la aventura del náufrago, la escenografía pavorosa y sostenida en un máximo de intensidad, los cuadros vertiginosos de horror, lo pintoresco general que permeaba las sorpresas; sólo faltaba, eso sí, la grandísima casualidad, y hasta a ella creía percibirla en la coincidencia de que el drama hubiera sucedido en la misma región donde él vivió décadas atrás, y en que le hubiera tocado de compañero de infortunio el hijo de un viejo conocido ya casi olvidado. Y, dadas todas las condiciones, el hecho sucedía, escandalosamente, en los bordes exteriores de la conciencia, pero no del todo fuera de ésta, suspendido del hilo tenue de la creencia. Y aquí estaba, o volvía a estar, la clave del asunto. Del tema sobre el que había creído poder enseñarle a su joven acompañante, él mismo tenía mucho que aprender todavía. Recordaba la famosa anécdota del chino que leía un libro en la fila del patíbulo; ¿no estaba en el mismo caso? Salvo que aquí no tenía un libro entre las manos, él, que había tenido tantos; y sin embargo, sí lo tenía. Este joven a su lado era su libro. Los jóvenes, aun cuando no sean todo credulidad, que es lo habitual, son todo creencia. Eso es la juventud: un impulso de la persona entera, en bloque, que obedece a los simulacros de una inteligencia que todavía no es tal. Después, ya maduro y desengañado, el hombre se mueve en forma fragmentada. Pero él, precisamente él, en razón de su trabajo, era una especie de joven profesional, una quimera hecha de inteligencia y no-inteligencia, un monstruo tendido sobre la humanidad para hacer reales las más locas ocurrencias mentales. En varias ocasiones del diálogo había creído advertir notas de ironía en las réplicas del joven Mariezcurrena. Se había equivocado, cada vez. Había estado frente a la más sólida sinceridad, y había tardado todo este tiempo en darse



cuenta. No eran sutilezas: era la brutalidad de la vida misma que se expresaba. Y lo hacía sin dividirse en partes, sin parcelar sus significados. Considerando el conjunto, estaba frente a un relato anterior a todos los relatos, a una razón previa a la razón, una ciencia de las totalidades que constituía una memoria del mundo. Y lo que a él le faltaba era justamente una buena memoria con la que hacer funcionar los tesoros de su inteligencia; lo había observado, y deplorado, tanto en los hechos importantes de su propia biografía, como en los argumentos de las películas, aun las que más le habían gustado, que se evaporaban de su recuerdo sin dejar el menor rastro. Lo que sí percibía era la cualidad de dispositivo memorialístico de lo que tenía cada vez frente a las narices, esas colecciones casuales de elementos finitos, como ahora la noche, la lluvia, el joven Mariezcurrena. En este último, había algo más. Era una memoria personificada: el cuerpo glorioso de un bello espécimen humano, el más bello con el que se hubiera topado jamás, el desarrollo completo, y, podía decirse, perfecto, de las posibilidades de un cuerpo, el poder que encerraba, el vigor, par de las fuerzas del cielo, ¿qué eran sino su propia memoria, puesta fuera de él, recordatorio de la vida que se le aparecía en el momento en que sólo podía esperar razonablemente la muerte? Es que ni siquiera tenía la oportunidad de recordar nada. No podía recordar él, con su persona, o con su razón. Recordar también era creer, y él no creía en esta fábula. Era un cura, lo había sido toda su vida de hombre, y lo sería hasta el final. Y si el cristianismo era la creencia, lo era por ser el más completo e indudable sistema contra la creencia, contra el nacimiento casual, en la realidad, de la creencia. Ahora sólo le quedaba esperar la salvación, pero en eso habría una ambigüedad hasta el final. Sabía que si le hacía la pregunta al joven, como una adivinanza, le respondería: la salvación es: que pase

por aquí un paquebote. El mencionaría a Dios. El otro diría: que pase por aquí Dios, nadando en estilo crawl. Dios tenía estilo. La salvación no. La muerte tampoco. Eran la clase de cosas que ocurren cuando no hay tiempo para observarlas. Se acordó de la anécdota que había contado él mismo un rato antes, la del pez que se le había escurrido de la tierra firme al viejo Mariezcurrena. Era una buena ilustración, pero casi todas las anécdotas lo eran. Sólo había que recordarlas, y él en eso era malo. Milagro que hubiera acudido a su ruín memoria. Tantos cuentos prefiguraban a la muerte, tantísimos, y estaba seguro de que aun cuando hubiera hecho el esfuerzo, se habría olvidado de los más pertinentes. Alguna vez había leído que en el momento de la muerte, en el peligro supremo, la memoria se abre mágicamente y en un instante reviven todas las escenas del pasado. No creía en eso. Sólo podía aceptarlo como una metáfora que, convenientemente invertida, señalaba la cualidad mortal de la memoria. "Si recuerdo, ya estoy muerto", pensó. Por eso la gente sobrevivía, "para contar el cuento". Sus pensamientos se atropellaban, como una gran enumeración. Los relámpagos se sucedían. La casilla parecía hacerse más pequeña a cada minuto. Si estaba sucediendo un verdadero proceso de miniaturización, y eso era imposible, se hallaban en otro compartimento de la memoria, el de lo imaginario, la creación. La colección se irisaba con los colores del arte. La fábula los sustraía de la cruel necesidad de responder con sus pulmones a la creciente de las aguas. Pero la miniatura tenía también su costado terrible: por ejemplo, que en este momento apareciera el barco que podía salvarlos, una lancha de la prefectura completa con su tripulación, sus expertos en rescate, sus salvavidas de corcho... pero todo en otra dimensión, pequeño como un juguete, un barco al que pudieran alzar en la mano y examinar, ya no con curiosidad esté-

tica, sino con la pavorosa nostalgia de no poder usarlo; gigantes y enanos, náufragos como torres y salvadores como insectos, se comunicarían con gritos desesperados, intercambiarían mensajes del todo fútiles: todo estaría a punto para la salvación, salvo ese detalle de los tamaños.

Insensiblemente, mientras este prolongado soliloquio del cura se hacía y deshacía en su mente, habían vuelto a conversar, aunque más no fuera para darse ánimos, sin intenciones serias de encontrar un tema. Cuando su agitación interior se calmó un poco, el cura pudo atender a algo de lo que se estaba diciendo. Dijo entonces: "Debo lamentarlo más por vos que por mí. Yo he vivido toda mi vida... Bueno, por lo menos casi toda." "No se preocupe por mí, padre. Todavía no estoy muerto." "Debemos pedirle ayuda al Todopoderoso." "Sí. Se diría que es nuestra última esperanza." "Siempre lo es, hijo, y afortunadamente seguirá siéndolo. Yo lo espero todo de su compasión." "Yo también." El cura sintió un coletazo de irritación por estos asentimientos fáciles. Le dieron ganas de decirle: "Vos te vas a ir directo al cielo. Yo, no estoy tan seguro." En cambio, le dijo: "Estás bautizado, por supuesto." "Sí. De hecho, me bautizaron la misma noche que nací. Porque era una criatura tan enclenque y deforme que mis padres temieron que no sobreviviera." "¡No puedo creerlo!", exclamó el cura echando una mirada, bajo el resplandor del último relámpago, al torso poderoso del joven; "qué pronóstico tan equivocado." "Al menos, es lo que me contaron. Quizás fue una broma." "No es motivo para bromear." "Mi padre era librepensador." "¡Qué esperanza! Mariaezcurrena era un..." Iba a decir "chupacirios", pero se corrigió a último momento: "...un santo." La frase le gustó, le pareció una auténtica *trouvaille*, y al instante olvidó esa impresión, y la frase misma. Pero, con esa especie de inercia que suelen tener las personas intensamente preocupadas por otro asunto, la

repitió dos o tres veces: "era un santo, era un santo." La distracción, precisamente, le daba un tono de convicción que no habría tenido si hubiera pensado lo que decía. Levemente conmovido, el joven dijo, con gran cortesía: "Es probable que mucha gente diga lo mismo de usted." "¡Qué va! Ya no hay verdaderos santos."

La lluvia aumentaba ferozmente sus clamores. Los truenos, al fin, se habían acercado. Los relámpagos también, pero eso sólo hacía más negra la oscuridad intermitente. El agua caía en cortinados espesos, con monstruosos desflecamientos que se introducían en la tapera por la puerta y la pared faltante, cubriéndolos con un rocío violento. A cada fogonazo el agua mostraba trémulos picos, en la amenazante inmovilidad de una fotografía. Se agitaba a espaldas de sus ojos, durante los breves sueños de la oscuridad.

"Los pobres tenemos uno", dijo el joven. "¿Un qué?", preguntó el cura, desconcertado. "Un santo de verdad." "¿Sí? ¿Quién? ¿San Francisco?" "No. Perón." La boca del cura se abrió tanto como la de un hipopótamo bostezando. No podía creer que hubiera oído bien. Pero no había dudas. Estupefacto, no acertaba con una respuesta coherente: "¿Perón? ¿Perón? ¿San Perón?" "Sí." "Pero vos... vos... sos pe... pe... pero... peronista?", tartamudeó. "Sí, padre. Como todo argentino que no sea un oligarca o un vendepatria." "¡No me vengas con esas consignas totalitarias!", gritó el cura, fuera de sí. Trató de decir algo, pero no le salía nada. Recurrió a su propia estupefacción: "¡Pero es algo monstruoso, es una aberración! Lo que me estás diciendo es algo más que una blasfemia... ¡Jamás me habría esperado una cosa así! ¡Qué diría tu padre si te oyera! ¡Cómo puede caer tan bajo un joven sano, de buena familia, un creyente! ¡Es abominable...!" "Me parece que está exagerando, padre. Si quiere, retiro lo de santo. De todos modos, era una

metáfora." "¡No me refería a eso! Eso no tiene importancia. Lo grave es que hayas renunciado a tu decencia..." "Lo siento, pero es al revés. Perón nos ha dado la dignidad que no teníamos." "¡¿Qué?! ¡¿Qué?! ¿Dignidad? ¿Ese demagogo...?" "Es el único que ha hecho algo por nosotros." "¡Engañarlos! ¡Uncirlos miserablemente a sus fines maquiavélicos, a su codicia! ¡Dividir a la Argentina en ricos y pobres!" "Ya estaba dividida." "¡No! ¡No!"

Seguía tartamudeando. Cuando quería pensar, su sorpresa volvía a renovarse como una llamarada de indignación, y la lengua martillaba el paladar como un badajo de hielo. Debía calmarse. Era imposible que le faltaran argumentos. La sorpresa lo había desquiciado. Sin saberlo, se había estado haciendo una idea equivocada del joven Mariezcurrena. Siempre hay motivos para equivocarse, y más una noche de éstas. Y ahora le declaraba, con suprema desvergüenza, que era peronista. Ah, no, aquí debía ser firme, firme como la roca, el peñón contra el que se quebraban todas las veleidades; era su oportunidad, su revancha contra el agua.

"De modo que te considerás un pobre." "Lo soy." "Pero de la pobreza se sale trabajando, no poniéndose en manos de un mentiroso y un canalla." "No sé de nadie que haya salido de pobre trabajando." "¡Típica respuesta peronista! Pues yo sí conozco gente que se enriqueció trabajando." "Robando, querrá decir." "¡No! ¡Quiero decir trabajando! ¿Y qué va a darte tu general payaso? ¿Acaso él te va a hacer rico?" "Ya me ha dado algo más importante: leyes sociales." "¿Qué? ¿Pero cómo es posible que te hayas tragado el anzuelo? ¡Qué lamentable estado de barbarie, Dios santísimo!" "No es ningún anzuelo: son hechos." "¡Hechos, ja! ¿Y la ética?" "¿Qué ética?" "¿Pero acaso no ves que ese hombre es un ladrón, un vulgar ratero?" "Pueden ser rumores infundados." "¿Es un rumor



que es un fascista, un nazi, un dictador?" "Sí, también podría ser un rumor." "¡Pero no digas sandeces!"

Otra vez la exasperación lo había apartado de los razonamientos más conducentes. Trató de serenarse: "Lo que me indigna", dijo, "es que vos, un hijo de una familia trabajadora, normal, sin antecedentes de delincuencia o degeneración, termine arrojándose fuera de la sociedad, a la infamia, a la abyección. Y sobre todo, que lo hagas porque sí, por distracción, enajenándote de todos los valores de la razón y la cordura. Eso es más de lo que puedo consentir, como ciudadano y como sacerdote. Un instante de reflexión te bastaría para apartarte de la seducción de la masa." "Siempre seré peronista." "¡Eso es un capricho, una manía!" "Como usted quiera, pero es lo que yo pienso." "No, perdoname que te contradiga, pero es todo lo contrario. Si pensaras..."

Pero era inútil. El que se revelaba como un peñón era el otro. En política, la persuasión era imposible, era una mera ilusión; la persuasión ya se había dado antes, y era irreversible. El daño se había adelantado; el bien caminaba, el mal volaba. Era inútil hablar.

El cura sintió una profunda depresión, la melancolía plena del fracaso. Ya no podía siquiera mover los labios. Ni siquiera pudo sacarlo de esta postración un acontecimiento que había tenido lugar entre tanto: había amanecido, y la lluvia había amainado hasta hacerse una tenue llovizna. No moriría, después de todo, pero eso lo dejaba indiferente; podía ser el cansancio, la falta de sueño, el hastío.

Sin embargo, en el fondo de la depresión, y sin sacarlo de ella en absoluto, había algo a su modo consolatorio: los dos habían recuperado su humanidad, y eso al menos era algo después de tantas extrañas fantasmagorías. El joven no era otra cosa que lo que era en reali-



dad: un muchacho ignorante al que había sorprendido la lluvia sobre un caballo prestado. Ni ángel ni demonio, en la fría luz de la aurora: un joven alto, bien formado, de rasgos lindos, con la belleza mística de una inocencia presa de todos los engaños. Un Apolo, sí, pero como tantos Apolos de veinte años que se encuentran en el campo, con la tersura infantil todavía en las mejillas, en la frente, en los brazos, un niño grande desarrollado por la vida sana y los aires puros. Un alma limpia a la que infectaba la mentira, pero qué otra cosa esperar. Con la edad le crecería la barriga y se le arquearían las piernas; la vida brutal y monótona le haría estúpida la cara. Un hombre, en fin, un hombre, al que habría podido darle su bendición en esa hora pálida, en el blanco de la mañana.

4 de enero de 1987

INDICE

Este libro se terminó de imprimir
durante el mes de marzo de 1991 en
Del Carril Impresores,
Av. Salvador María del Carril 2639/41,
Buenos Aires